

Gustavo Adolfo Vaca Narvaja

EL SANTO PADRE

Novela 2008



**Todos los derechos quedan reservados a su autor
2009**

El Santo Padre
© Gustavo Adolfo Vaca Narvaja

Abril 2009

Diseño: *Paolo Astorga*

Editorial Electrónica Remolinos
<http://es.geocities.com/editorialremolinos>

Licencia Creative Commons



Lima, Perú
2009

Dulce Persona: ~¿Qué va a suceder pronto en la novela?

Quizá genio: ~Te lo diré... cuando yo sea el autor.

Macedonio Fernández

La historia que relato es tan cierta como prudente. Transita en una época de milagros y misterios con protagonistas cargados de vida. Aquello que es una verdad termina en mentira. Y la mentira se hace verdad. La mujer, esclava del amor, es capaz de todo; aun de volar. El hombre, incapaz de volar, peregrina; aunque nunca sabrá hasta dónde llegue su destino, porque siempre será un misterio.

G. V. N

I

CONOS Y BASTONES**Sentencia:**

Rudecinda Belamate Castaño murió por accidente. No caben dudas. A esa edad una joven mujer tiene pocas enfermedades acumuladas en su haber, y son más los secretos postergados los que dañan, que una patología imprevista. Sana era Rudecinda. Fuerte. Linda mujer. Deseada, envidiada. Ese día contemplaba la naturaleza desde una gigantesca colina que custodiaba Piedra Linda, su pueblo natal.

Custodio y Bendita

Un pueblo, cuyo fundador Custodio Castaño bautizó así porque en el centro de ese valle imponente, permanece impávida, una piedra gigante, brillante, solitaria, rodeada por un intenso verde. Su primera exclamación fue: ¡Ah... Linda piedra! Sus acompañantes —que saben las contradicciones de su jefe— decidieron invertir las palabras para conformar un definitivo nombre fundacional: Piedra Linda. —¡Sííí!... me gusta ese nombre!, dijo Custodio eufórico aprobando la propuesta.

Custodio es un hombre que va a contramano de la realidad. Si el día se presenta frío, él usa ropa de verano; si hace calor, aun en exceso, los abrigos no

alcanzan para cubrir su humanidad. Si tiene hambre, no come; si tiene sed, evita líquidos. Se podría decir que es un hombre absolutamente previsible; goza con destacarse así. Contradecirlo, significa la pérdida del trabajo temporal y condena a quedar desocupado. Debe considerarse entonces a Custodio como el fundador de Piedra Linda, simplemente por esa interjección espontánea. Custodio en su larga trayectoria de invasor, usurpador de tierras ajenas, no tiene rivales. A pesar de su edad y su deterioro físico, mantiene una férrea política de apropiación por la fuerza de bienes ajenos. Independientemente de su fortuna mal habida, Custodio es un déspota, autoritario y a veces, un hombre caracterizado por actos de crueldad inimaginable.

El descubrimiento de Piedra Linda encendió su ambición y calculó desde el inicio, el tiempo que tendría para adueñarse rápidamente de esas tierras fértiles. Su banda, insaciable de violencia, arrasó con todos los pequeños propietarios y con suma crueldad sometió a los campesinos. En pocos meses, extendió sus alambrados que delimitaron el ochenta por ciento de la tierra fértil, desarmó la guardia civil local de veinte hombres semiarmados, arrasó con las viviendas precarias de campesinos y confiscó, por propia ley, viviendas de terratenientes que no aceptaron su protección: disentían de su metodología. Dio rienda suelta a la apropiación de mujeres solteras y casadas para su irregular tropa civil, e implantó su propia bandera: su rostro incrustado en el centro del paño amarillo. Los pocos habitantes que huyeron del lugar, no alcanzaron a salir de la frontera de alambrado; porque fueron ultimados sin más trámites por el equipo de caza veloz que tenía preparado para estos avatares. Los pobladores tributarían, de ahí en más, a su propia organización que se posesionó del lugar y de su riqueza. Hombre temido, no cabe duda, y también, de frondosos antecedentes. Determinó que el agua de regadío y agua

potable pasara a su administración y solo pudiera ser utilizada o bebida con su anuencia, de acuerdo a una previa certificación de comportamiento del solicitante. Estableció así un sistema de contralor cívico absolutamente arbitrario: mandó colocar carteles donde confirmaba que el único derecho de los habitantes de Piedra Linda sería el que él determinase. Sin embargo, este hombre tenía también debilidades. Nunca permitió que sus más cercanos ayudantes lograran liderar su tropa de forajidos. Cuando esto ocurría, o él presumía que esto se daba en otros niveles, enviaba a su tercero a matar al segundo. Durante años, esto había sido no sólo efectivo, sino también provechoso. Lo mantuvo vigente, porque estableció definitivamente la pena a un juego de traiciones para escalar posiciones entre sus subalternos.

El dinero lo obnubilaba. Satisfecho de conseguirlo por medio de acciones violentas, amaba la violencia, de otra manera, no disfrutaba. Llevaba en sí mismo el estigma de la violencia y la perversidad, incrementadas por los años. Piedra Linda se transformó en leyenda temida y despreciada. Y sin embargo, nunca nadie osó enfrentarlo.

Custodio se jactaba de no tener sentimientos; pero en Piedra Linda, encontró su primera derrota. Avanzado en edad y soltero por motivos que nadie se atrevía a investigar, desposó a una lugareña solitaria y prudente, nacida y criada en Piedra Linda; llamada Bendita Celeste Belamate, una joven mujer que nunca había perdido la esperanza de ser pedida en matrimonio. Los treinta y cinco años menor que Custodio no fueron impedimento para que este histórico hecho se concretase. Bendita dio rápidamente el -¡Sí! || entusiasmada ante la propuesta de matrimonio, encandilada por la audacia del forastero y, fundamentalmente, por su dinero. El matrimonio se celebró con todas las pompas y festejos populares. La

ceremonia en el atrio de la iglesia rodeada de hermosas y exuberantes flores daba un marco imponente, con invitados que no respiraron cuando el cura preguntó a Custodio en voz alta si tomaba por esposa a Bendita. El anciano logró extraer una emotiva voz de trueno desde su interior, con un sí categórico y orgulloso; mientras que el sí de Bendita fue tibio, temeroso y débil. Así, aunadas sus almas y bendeciendo el amor por sentencia bíblica –Amarás a tu esposa hasta que la muerte los separe||, la Iglesia cumplió el objetivo de fijar la temporalidad del matrimonio, desmintiendo que el amor es eterno. También cubrió con un manto de sospecha esas sobrevidas; porque nada dijo el cura de si esa muerte tenía que ser espontánea, provocada o natural. Por primera vez, Custodio sintió miedo a la vida y, también, de quienes envidiaban su matrimonio.

La senilidad de Custodio quedó encandilada por la juventud y belleza de esa joven mujer. Custodio calificó esa etapa de vida en una carta a su madre inválida y lejana —anexada al testamento como mensaje a sus descendientes—: –¡Madre, vivo el éxtasis de una primavera!||; ella contestó —coherente con su depresión crónica—: –Hijo, cuídate del otoño||. Paralelamente, Bendita escribió a su padre que vivía a algunos kilómetros del pueblo: –¡Papi... estoy en un infierno!||. Su padre, no muy afecto a retrocesos contestó: –El infierno no existe... y si existe, tú me sacaste de él con ese casamiento.|| Sin embargo, ese matrimonio que

se mostraba feliz en fiestas y homenajes patrios, llegó a su término por obra del Señor, que no necesitó mensajes escritos. Bendita no imaginó que ese hombre, casi anciano, podía cambiar toda su vida. Es comprensible que ella al conocerlo se diera cuenta de que era buen partido, como se dice en esos lugares, pero los celos enfermizos y la manía de perseguirla día y noche para saciar sus instintos animales en su cuerpo lograron transformarla, en poco tiempo, en una mujer cansada,

ojerosa e insomne. Su deber marital la consumía y la bestialidad de su marido parecía nutrirse de su vitalidad cada vez más extinguida.

Pero los primeros síntomas que devolvieron a la vida a Bendita se manifestaron cuando, en una madrugada de feroz relación sexual, el hombre bestia perdió por primera vez el conocimiento por breves minutos y ella, asustada, lo apantalló con un cartón al que echó mano y refrescó su rostro con agua fría. Custodio regresó a su conciencia, pero notó que su mano derecha y la pierna del mismo lado obedecían con poca fuerza a su mecánica orden de moverse. Nada dijo ella de esa observación, así como tampoco Custodio comentó su disminución física. Se levantó tratando de disimular tomándose de los bordes de muebles cercanos. Esa noche Bendita durmió profundamente porque el anciano, luego de caminar unos pasos para demostrar que estaba aún vital, se desmoronó diciendo que estaba cansado y que tenía que dormir. Ella se acurrucó en su lado, mientras él roncaba profusamente con la boca abierta, dejando caer por las comisuras una saliva teñida de rojo. En la mañana, ambos despertaron sometidos a un movimiento en sus brazos realizados por terceros, que entraron en la habitación presumiendo lo peor: la muerte de los esposos, pues nadie respondía a los pedidos verbales de –Sr. Custodio, ¿se puede? ||; ni tampoco a los golpes en la puerta. Custodio cambió a partir de ese episodio. Se volvió huraño, dejó de perseguir a Bendita por unas semanas. En las siestas, se dedicó a rehabilitar su brazo y su pierna con ejercicios y ayuda de una quinesióloga cargada en años y experiencia. Ese procedimiento, realizado en la penumbra de su habitación por espacio de dos horas, se prolongaba. Nadie debía molestarlo. Bendita tampoco podía entrar y menos aún, preguntar. Ella observó que su esposo durante el día quedaba ausente por escasos segundos, con la mirada quieta, alejada del lugar, para recobrar su actitud hostil en pocos segundos.

Bendita acudió por segunda vez a su padre, a quién envió una carta explicando el hecho y solicitando absoluta confidencialidad. Su padre contestó a las dos semanas, recomendándole a Bendita más interés en su señor, más atención y que le diera hijos: muchos y sanos. Culpó a Bendita del estado de Custodio, diciendo que un hombre se aburre en el matrimonio cuando la mujer mata sus fantasías. –Si notas que él se queda ausente por segundos, es porque lo aburres || y recomendaba esmerarse en nuevos entretenimientos para que el esposo recobrara la confianza en ella. Bendita lloró durante horas, a escondidas, con sus pañuelos mojados de lágrimas saladas. Su padre tenía razón: ella era culpable. Trató de enmendarlo. En el final de la carta —en la posdata— advertía: –Bendita, si eres una buena hija, debes serlo ahora más que nunca. Ni que se te pase por tu mente separarte de ese hombre que nos ha brindado el dinero y tranquilidad suficiente... Si tienes que sufrir... ¡sufre!, porque tu padre está sumamente contento || . Bendita le dio la razón, modificó su vida. Trató de seguir los consejos de su padre, pero algo

no estaba bien. Ella era una mujer joven, llena de impulsos y deseos. Su esposo estaba transformado en un ser casi indiferente. Bendita llegó a extrañar a la bestia; y él, la juventud de su esposa. Bendita duró sólo dos años en ese tormento, aunque no la pasó mal en los últimos doce meses; porque Custodio adquirió una enfermedad diagnosticada como narcolepsia. Las veces que se quedaba dormido en distintas posiciones, ella aprovechaba para desahogar sus instintos exacerbados con jóvenes amantes, siempre cercanos al sueño del patrón. Ella se ocupaba de mantenerlos muy cerca con alguna tarea rural, como excusa. El pueblo sabía de esta tan pícara como digna situación y contribuía a la felicidad de Bendita acercándole sus hijos más dotados. Se puede afirmar, entonces, que ese matrimonio estuvo defini-

tivamente arraigado en ese terruño y contó, además, con la absoluta solidaridad de sus habitantes.

Bendita heredó una fortuna después de que el médico de cabecera, traicionando ese título, tironeó los pies de Custodio para lograr desmontarlo de esa habitual posición encima de su esposa —se puede decir que era su vicio—, pero esta vez muerto por infarto orgásmico en su última noche de amor. Lo encontraron rígido, aferrado vergonzosamente a las caderas de su esposa, con dos manos incrustadas en los generosos glúteos de Bendita, simulando dos tenazas ante la desesperada paciencia de su esposa que llevaba algunas horas soportando el peso de la historia. Pero lo más curioso para la policía y el médico fue la posición de la cabeza de Custodio: levantada, mirando fijamente la pared, el pelo desordenado, mejillas rubicundas, orejas ardidadas y ojos abiertos con exageración; mientras su rostro denotaba un gesto de inocente sorpresa, como tienen los héroes cuando mueren después de grandes batallas, preguntándose antes de sucumbir: —¿Y esto? ||. Nadie pudo responderle porque ese cuerpo estaba vacío. El exceso de placer lo mató. El vicio cobró otra vida y Custodio pereció como una víctima más del desenfreno. Un héroe, silencioso ahora, del fogoso juego amoroso. Ese gesto ausente y de gran interrogación de su rostro habita como una constante en los grandes hombres públicos y, también, en las historias de grandes batallas; porque esos señores han sido siempre sorprendidos por la muerte absurda y temprana, como si se les quisiera quitar, en forma definitiva, el éxito de sus misiones temporales. Bendita quedó marcada en ese pueblo como la mujer araña, por remedar la historia amorosa de ese insecto, que mata al macho después de la mecánica cópula. Y por cierto —debe agregarse— también temida por un sinnúmero de potenciales candidatos a su amor.

Custodio fue velado según su voluntad previamente escrita y resguardada celosamente en la sacristía de la iglesia, el mismo día del casamiento: el velorio se realizó en el dormitorio. Él permanecía inmóvil —como corresponde a un finado— con su pijama de invierno a rayas que alguna vez perteneció a su abuelo y unas medias de invierno rojas —contra la envidia—. En la pared de la cabecera, colocaron tres cuadros con su figura inmensa, pintados al óleo. Desde ese privilegiado lugar, miraba fijamente a los visitantes, ofreciéndoles una sonrisa irónica y triunfal. Abajo de su almohada floreada —siempre por indicación previa y escrita—, la ropa interior que usara por última vez sin lavar, las fotos de sus parientes más queridos y de sí mismo, cuando gozaba de radiante salud. Debemos sumarle un trozo de cola de perro, que guardó celosamente desde su infancia, cuando el maldito —para él— rayo, mató a su caniche al orinar debajo de un árbol. El rayo subió o bajó —nadie puede afirmarlo— aprovechando esa columna líquida de la orina; lo cierto es que el caniche explotó en luces fosforescentes. Custodio estaba naturalmente extendido en su propia cama, ubicado en el centro de la misma, para que los concurrentes a su despedida, supieran que, aun él muerto, ese lugar y esa cama no cambiarían de dueño y menos todavía, se apropiarían de su esposa. Desfilieron amigos y enemigos para dar un último adiós, o el último insulto. Acudieron traidores al velorio de aquél a quien traicionaron, simulando llantos de dolor, bajando su cabeza como si llevaran entre sus manos el recuerdo de quien admiraran en vida. Venían seguramente acompañados de otros aduladores que ya no tenían más enemigo que su propia historia e hicieron que surgieran de sus ojos enrojecidos lágrimas que no eran cristalinas ni puras; solo lágrimas, producto del esfuerzo de mostrarse al resto, como dolientes arrepentidos del abandono; lágrimas de olvido. Buscaron palabras para justificar cada acto, cada traición, que envolvió

una permanente conspiración subterránea desde el comienzo hasta el evidente final. Fueron también capaces de llevar a sus familiares de la mano, al entierro y sin que lo vieran muchos de los presentes, dejaron escapar alguna palabra piadosa para el que fue en su momento su ejemplo. Todo esto, mientras en sus ámbitos y penumbras festejaban con bailes movidos, el fin de su enemigo. El final de una lucha para ellos. El objetivo deseado. Sentado seguramente estaría el sucesor, aunque no lo supiera; pero asustado, porque las conspiraciones que supieron gestar, ahora parecían revivir entre medio de sombras contra ellos.

Custodio era un lector nocturno de Nietzsche, quien habla por Zarathustra. Llevaba en su bolsillo definiciones escritas como si fuesen una oración para la memoria, donde el escritor hunde el puñal en el corazón cristiano y desafía tormentas de venganza divina, porque su coraza, ante los problemas graves, los sintetiza en un ejemplo simple –Yo hago de los problemas profundos lo que con baño frío: entrar y salir en seguida||. Y lo que más divertía a Custodio era la curiosa postura ante la mujer y las comparaciones con el mundo zoológico cuando sostenía que: "La mujer aún no es capaz de amistad; gatas, he ahí lo que son las mujeres. Gatas y pájaros... y cuando las cosas no marchan bien: vacas... ||. "El hombre tema a la mujer, cuando esta odia, porque en el fondo, el hombre no es más que perverso; pero la mujer, mala||. "La felicidad del hombre es: 'Yo quiero'; la felicidad de la mujer: 'Él quiere' ||. Custodio gozaba con la lectura lenta del Zarathustra y registraba en su papel estas máximas que él consideraba conveniente llevar consigo. Y así, entre tantas frases irónicas, a veces agresivas, desempolvaba una frustración, que no acompañaba el brillo de su inteligencia; pero en ese lugar todo era válido. En el cementerio, fue recordado con las últimas oraciones del cura, que lo

despidió con emotivas y falsas palabras, antes que la pala de tierra cubriera el foso.

Custodio debería sentirse orgulloso de ese final cuando el representante de la Iglesia sentenció: —Era un hombre de vitalidad increíble, pero fue abandonado por su ángel —no sabemos por qué— en momentos del deber marital consumado con hidalguía ||. El cura, acostumbrado a despedir, recitó esas palabras compungido y hasta se puede decir envidioso. Lo enterraron en una ceremonia donde se destacó que aún en esa notable y llamativa posición su honor permanecía intacto. Mientras la viuda Bendita lloraba su desconsuelo, él ,como no podía ser de otra manera, la ignoró.

El desconsuelo se mantiene fugazmente, hasta primaveras de solitarias tardes. Pocos meses después —como es natural por su belleza y edad— se cruzó en su vida lánguida un joven recién llegado al pueblo de quien se enamoró perdidamente. El joven, artesano alto, delgado, robusto; absolutamente bruto e inútil, especializado en copias de joyas naturales, deslumbró a la viuda cuando le obsequió una pequeña imagen hecha de plata de una pareja fornicando —su última imagen consciente—. El luto duró lo que una tormenta en el Caribe y la joven mujer, vestida de negro ceniza, no tardó en quitarse ese legado sombrío con agilidad desmesurada y floreció como una primavera anticipada. A pesar de no encontrar en él un solo destello de inteligencia, amó a ese muchacho vacío de mente y se casó con él para retenerlo a su lado; porque quedó grabado en su mente la sentencia de la Iglesia, —... hasta que la muerte los separe ||, que reiteró el cura cuando legalizó su segundo matrimonio. Pero tuvo mala suerte Bendita: Poco tiempo más tarde, no fue la muerte quien los separó, sino la huida del artesano con su fortuna. Demostró el mozalbete que era un bruto, experto caza fortunas. La dejó en la miseria,

pero le obsequió una hija y le exigió que le impusiera el nombre de Rudecinda en honor a su abuela fallecida en época de la peste. Su abuela había sido muy bella, hasta que decenas de bubones florecieron en su cara y su cuerpo, transformándola en una masa de pus. Su pestilencia la marginó de la sociedad, que además se encargó de declararla ausente y olvidada. Ese joven había jurado reparar ese castigo injusto. Una sed de venganza se incorporó a su vida y en sus años de conquistas y vagancia, fue dejando víctimas en distintos lugares de esas lejanas tierras. Fue entonces que la sombra de Custodio la rodeó para siempre, castigándola con rápido olvido y Bendita no tuvo más alegrías que criar a su hija nacida en decadencia. Sin embargo, no protestó nunca, porque se sabía nuevamente culpable e hizo de Custodio el escudo perfecto a su tierno corazón herido y anulado para siempre.

Bendita trabajó en los lugares más inverosímiles para sostenerse y comprar indulgencias —hectáreas— ofertadas en el cielo intermediada por la Iglesia, hasta llenar sus arcones de madera con títulos celestiales a modo de reparar su pecado. El pueblo asistió a la transformación de las mujeres que pueden hacer de su dolor, una ceguera. Así, Bendita dedicó sus energías a la asistencia perfecta a misas santas, regresando al negro luto que la convirtió en una mujer oscura. El finado y la imagen forense de Custodio fornicando fueron tomados de ejemplo en el pueblo; ese rostro absorto por su final violento con un interrogante sin repuesta se reprodujo fielmente en estampitas y cuadros, bendecidos por el cura del responso que logró sumar ingresos extras a su pequeña iglesia empobrecida y algún dinerillo en sus bolsillos. Custodio pasó a ser venerado como el -Santo del amor|| y también como ejemplo del orgullo varonil, que siempre corona la muerte en el campo de batalla. Nadie se acordó de sus crueles actos y tampoco de los robos de bienes y tierras. Pudo más la imagen de víctima sexual, que la de ladrón serial. El mozalbe-

te desapareció de su vida, pero no de la vida ajena en otros lugares. Dedicado al ocio y la vagancia, vivió engatusando cuanta mujer ingenua encontraba y luego de vivirla la destrozaba con una nueva huida. Caído en desgracia y sin nadie que pudiera sostenerlo ni alimentarlo fue internándose en un desierto de arena, caminando sin rumbo y sin agua, hasta que su imagen desapareció de la vista del último poblador que dio ese testimonio. Caminando, sentenciado (En cuanto el hombre se aleja del hombre/ viene el viento/ que ya le dice otras cosas/ abriéndole los oídos y los ojos/ a otras cosas —afirma Alberti—), dicen que se desintegró en arenas del desierto.

Dagoberto y Rudecinda

La niña Rudecinda, como es natural, cruzó los años con rapidez asombrosa y siempre fue señalada como niña del desamor. Muchos hombres se persignaban al verla y muchas mujeres suspiraban por ver esa niña como el triunfo del pecado. Heredó de su fugado padre la seducción y el alboroto del sentimiento y no le costó matrimoniarse en dos oportunidades con grandes beneficios económicos que llevaron a su madre y a sí misma nuevamente al sitio de Respetable. Bendita, nuevamente, recuperó su honor y posición; y entre las dos forjaron una envidiable repuesta a la agresión sufrida por años, hasta que Rudecinda conoció a Dagoberto, de quien se enamoró esta vez sin pensar en su riqueza. Rudecinda renunció nuevamente a la lógica y por ese amor nacido de las profundidades de su hermoso cuerpo, se entregó a la incertidumbre del futuro, a pesar de los ruegos de Bendita que recordaba su vida sufrida.

La pequeña historia de este hombre tendría influencia en sus actos futuros. Dagoberto, un joven longilíneo, delgado, arqueado en su espalda y barbudo, trabajaba desde los catorce años en distintos y variados oficios. Sabía lo que era estar desocupado y también sufría cuando no había pan en la mesa de su familia. Su ímpetu y deseos de progresar lo caracterizaron siempre y tuvo la suerte de aprender oficios gracias a su rápida adaptación. Pero también había una veta artística en este muchacho, nacida de su trabajo en talleres de escultores famosos. Mientras limpiaba, observaba detalladamente como se trabaja la madera, el mármol y la piedra; recordaba perfectamente los procedimientos para soldar hierros viejos que lentamente se transformaban en figuras mágicas y un día, aprovechando la ausencia de los artistas, tomó una piedra de un metro y comenzó a esculpir sin tener noción del tiempo. Horas enteras pasó en esa tarea hasta que se dio cuenta de que la madrugada estaba a su lado. Dagoberto sintió el cansancio y se retiró olvidando guardar la escultura en el rincón.

Al otro día, el maestro lo recibió con curiosidad y preguntó quién había realizado esa obra. Dagoberto compungido se hizo cargo. Nunca esperó felicitaciones del maestro. -Sabes, Dagoberto, ¡tienes arte en tus venas!||. Esas palabras fueron acompañadas de un palmada en su espalda. -Sigue así, muchacho|| y se retiró a continuar su obra en el centro del galpón. Dagoberto estuvo casi tres años en el taller. Durante ese tiempo, aprovechó sus momentos de ocio para tallar, reproducir y crear nuevas esculturas, pero por razones económicas tuvo que conseguir otro trabajo.

Nunca abandonó el arte. Aun con otros trabajos, siempre encontró tiempo para tallar madera o pulir una piedra. Cuando entró en una farmacia, al poco tiempo, se dio cuenta de cómo era el negocio. Estudió farmacología, aprendió lo bási-

co y luego de cuatro años decidió buscar nuevos rumbos, pero esta vez como propietario de una farmacia. Dagoberto apareció súbitamente en el pueblo Piedra Linda como referente de farmacia y colocó su primer botiquín frente a la plaza del pueblo. Con sus propias manos —porque no tenía cómo pagar ajenas—, acondicionó un viejo local en una carrera frenética contra el tiempo. Necesitaba ingresos. Adecuó las viejas maderas abandonadas lustrándolas con aceite de deshecho, luego pintó de amarillo las paredes y confeccionó una mesa que servía de escritorio. Inventó un pequeño cuarto al fondo del local para instalarse y dormir sin tener que pagar alquiler. En pocos días, estuvo listo para abrir e inaugurar su fuente de trabajo. Confeccionó unos pequeños folletos en la imprenta local que anunciaban FARMACIA DE DAGOBERTO PARA UNA SALUD GENIAL, anunciando de ese modo, que de ahí en más, velaría por la salud del pueblo y se proclamó único capaz de distribuir las invitaciones a la inauguración.

Luego de lavarse con cuidado y esmero, se colocó el traje gris, una lánguida y vieja corbata, lustró sus zapatos gastados y con unos cientos de papeles caminó por el pueblo derrochando simpatía y folletos, hasta que, por acción del destino, tropezó con un tablón y en esa caída brusca y desordenada, llevó consigo abruptamente a una señorita que, justamente, caminaba en sentido contrario: Ruedecinda. Cayeron ambos en la vereda, tan cerca uno de otro, que sus corazones no supieron a quién pertenecían, ni tampoco podían determinar en dónde estaban las piernas de uno y otro, pues se habían entrelazado posiblemente por el temor al golpe. Ellos se entregaron, sin saberlo, en una mirada prolongada, como las películas de románticos finales. Capturados por retinas límpidas por la edad, fundieron espontáneamente conos y bastones sin darse cuenta, dejando marcas definitivas. Los conos y bastones, habitantes naturales de la retina, son en definitiva

quienes permiten visualizar imágenes por luces. Meses más tarde, esta fusión sería la señal o la prueba de un amor inesperado: Rudecinda y Dagoberto, en un emblemático accidente —presenciado por los vecinos admirados por el silencio y la quietud de esos dos jóvenes que no se quitaban la vista de encima y, curiosamente, tampoco sus cuerpos— permanecieron unidos sin protestar y con placer. Dagoberto, espaldas al suelo, sostenía encima de él a la joven. Las miradas confusas de los transeúntes masculinos y réprobas de las mujeres mayores, coincidieron en los comentarios: —¡Esta juventud... ya no respeta los accidentes!||. Rudecinda y Dagoberto en la calle; en el suelo; uno encima del otro; quietos, paralizados por el contacto físico y en permanente imanada mirada dejando interrogantes. ¿Es una señal?; ¿el destino? o ¿el diagnóstico tardío del oculista viajero, que cuando realizó el fondo de ojo a los dos enamorados sentenció: —El amor no es más casualidad; se manifiesta para la ciencia con la fusión de conos y bastones de dos retinas encontradas||.

Este diagnóstico desató una tormenta. Jóvenes núbiles del pueblo hicieron colas para ser diagnosticadas precozmente en este tema del amor, que ahora —por fin—, encontró la científica y certera manera de descifrar el misterio. Todos, y fundamentalmente las jóvenes mujeres, acudieron inquietas, para que se estudiara su retina y conocer por la ciencia si alguna vez el amor fundió sus conos y bastones, sin darse cuenta. Temen haber perdido un amor; esa zona enigmática en los seres humanos que escapa a la conciencia, la sensación casi visceral, incontrolada, espontánea, escapando del lecho colectivo y la promiscuidad, para encontrar en la intimidad el templo deseado. El amor secreto, el saber oculto del otro incrustado en la conciencia. El recuerdo de un *déshabillé* transparente cubriendo el cuerpo desnudo. El deseo creciente que se apodera de la voluntad; el valor erótico de la

piel, la palabra, y ahora, la mirada. La virginidad en la mujer, el lirismo y castidad del hombre; toda una contradicción arrebatada al secreto. Un juego eterno del cual nadie puede escapar: el descubrimiento del amor ignorado. Rudecinda, sin proponérselo, ha cambiado contundentemente la radicación de esa maravilla, que ya no pasa más por corazones simbolizados en paredes y papeles de enamorados, y menos aún, heridos por esa flecha burda, que los atraviesa, anunciando que también el amor hiere ese noble órgano. Los conos y bastones, pasaron a ser en ese pueblo símbolos más respetados que la propia bandera.

El hallazgo científico trascendió la frontera pueblerina para transformarse en un acontecimiento nacional y luego mundial. La Iglesia prontamente requirió de un concilio para tratar el tema, porque las imágenes del sagrado corazón corren peligro de ser eliminadas. Hubo una crisis en el Vaticano, el Papa reunió a sus cardenales para estudiar el problema que los afectaba en forma directa. La industria de santos, estampas, imágenes que ostentaban como símbolo de amor y misericordia el corazón entró en crisis. Estaba en peligro la economía del Vaticano; hubo cardenales que acusaron a Dagoberto de hereje y a los oculistas de cómplices. Sin embargo, la realidad se impuso y en forma inmediata ordenaron la incorporación de nuevas imágenes: la retina en signos sagrados. Los partidos políticos se nuclearon para modificar el lenguaje, porque ya no podrían enviar mensajes de amor al pueblo representando corazones con el nombre del candidato. Los creativos comenzaron una competencia vertiginosa a los fines de reemplazar al corazón en todos los documentos gráficos y discursos, incluso, al hablar del amor no debían señalar el corazón con sus manos, sino los ojos. Las organizaciones no gubernamentales de caridad, obligadas a desterrar figuras y dibujos de corazones usados para solicitar aportes económicos por amor a niños y ancianos, acudieron también

a los publicistas. Todo se transformó. El mundo giró enloquecido en torno a la imagen enviada por Internet y celulares de esos dos jóvenes aún encimados en la calle, con la mirada eterna del amor, todo debido a que el oculista local diagnosticó con un fondo de ojos ‘la fusión de conos y bastones en las retinas de esos enamorados’. El mundo ahora puede comprender que nada tiene que ver un corazón, y sí una humilde retina; una oculta retina que dejó sellado como antecedente haber encontrado el amor de su vida en esa delgada membrana o peor aún, la ignorancia de muchos de haberlo encontrado y no darse cuenta. Los oculistas tuvieron que realizar fondo de ojos a millones de jóvenes. Los colgantes de plata u oro con corazones, fueron reemplazados por pequeños ojos enfrentados, cruzados por el título ‘El amor se ve, no se siente’ ||. Las propagandas de todos los artículos para el día de padre, madre, abuelo, tía, amigo, novia, perro, abuela, cerdo, etcétera, tuvieron que quitar el corazón como emblema de ternura y reemplazarlo por ojos colgantes con párpados semicerrados. Las parejas de jóvenes imitaron a Dagoberto y Rudecinda en todo el mundo. Y en esas semanas de locura amorosa, todos estaban encimados, tratando de contagiarse de esa pareja accidentada en la calle. Ya no se visitaban, no tomaban café; ni salían a bailar. Los muchachos directamente encimaban la joven mujer que creían amar en las calles, en los cines, en los autos, en las plazas, en los bancos, en el zoológico, en las almacenes, en los súper. Las jóvenes mujeres, desesperadas por encontrar amor o destino, caminaban las calles abriendo los ojos desmesuradamente, tratando de impactar las retinas de jóvenes que deambulaban encimando mujeres. No hay en el mundo lugar donde esa representación no se acompañara de conmoción, porque el tema tocado era clave. Siglos enteros el mundo había sido engañado. ‘El amor no es corazón, es retina’ ||. Tamaña definición generó un movimiento a nivel mundial de encuen-

tros y desencuentros. Las parejas casadas concurrieron a sus oculistas para certificar que no se habían equivocado en la elección y la frustración apareció con signos de tragedia. Los poetas, los escritores, los músicos, rompieron furiosos sus poesías; despedazaron canciones; rescribieron novelas; porque todas hablaban del corazón, ninguna de la retina. Los artistas del teatro tuvieron que aprender a obviar la palabra corazón y, más grave aún, ignorarlo en su vocabulario. Las editoriales decidieron reemplazar sus portadas por otras imágenes más cercanas a la retina; por ejemplo: pestaña, párpado, saco lacrimal, córnea. Pero los que más sufrieron fueron los poetas porque para ellos el corazón era fuente de toda inspiración. Hubo muchos suicidios por estar ausente el corazón de quienes habían confiado ciegamente en ese importante órgano. Caminaban tristes, desorientados, su historia de canto amoroso por años sostenida a sangre y fuego se desmoronaba. Nadie se atrevió a rimar con las retinas. Ningún poeta pudo sostener su mirada sin hacerse el reproche de haber perdido el tiempo...

Y así, el mundo olvidó temporalmente las guerras, porque los gobiernos tuvieron que concentrarse en el fenómeno del amor que, misteriosamente y por casualidad, había sido finalmente identificado. Las fronteras imaginarias de los países se abrieron a quienes buscan una repuesta y un cambio. Los mártires no podían golpear más su pecho buscando el corazón para el castigo. Peregrinos, peregrinas, penitentes religiosos, políticos; dominados y dominantes, todos, unidos en búsqueda de certificar este categórico como imprudente descubrimiento. Los estadounidenses acudieron a los musulmanes para mirarse, para encontrarse, para ver si ellos eran o no la razón de su existencia. Los judíos acudieron presurosos a Palestina, buscaban retinas, buscaban amor, buscaban el encuentro negado por las guerras. El corazón entró en una seria y difícil descalificación mundial y

los cardiólogos tuvieron que esconderse de sus pacientes que acudían a la consulta, desorientados y confundidos por el descubrimiento. Los infartados supieron que ese órgano estaba vacío. Hubo crisis en los gobiernos. Los ministros encimaron sus secretarías. Los presidentes, sus ministras y los generales, las sargentas. El mundo se representaba uno encima del otro, mirándose, dejando que los dedos reconozcan los cuerpos después de la mirada fija.

Llovieron ofertas económicas para Dagoberto y Rudecinda que vendieron sus historias a las revistas más importantes del mundo; pero no estaban sus fotos en las tapas, solo sus retinas. Hasta que Dagoberto inventó un calidoscopio: un tubo de caña hueca, dos lentes opuestas, una lente interna bicóncava y arenilla en la parte basal; humo de cigarrillo en las áreas vacías y un pequeño espejo orientado al sol para dar luz al interior de la caña. Estos elementos permitían la visión directa de las retinas y por ende, el conocimiento de la fusión de conos y bastones y el posible encuentro, donde las parejas colocaban sus ojos deseosos de certificar ese estado, para verse y admirarse durante horas.

Su farmacia entró en la época más progresista; agregaron rápidamente infusiones y colirios de perpetuidad amorosa, preparadas junto a su nuevo amor, Rudecinda. Comenzaron a ser las más solicitadas y consumidas del pueblo y luego exportado a las regiones y países limítrofes. Entusiasmados por este salto económico y reubicación social, se concentraron en entregar recetas extrañas, que por boca de sus ancestros, habían sido depositadas en sus memorias. Las infusiones fueron tan demandadas que en poco tiempo la farmacia se transformó en una importante fábrica llamada R - D &Cía. en honor a sus iniciales. Comenzaron también a generar accesorios para el amor: anteojos de retina fija, lágrimas de mujer enamorada; pañuelos usados de mujeres casadas exitosamente; lentes de

contacto simulando retinas humanas; fotos de retinas familiares, colirios para fortalecer conos y bastones; vitaminas para retinas nostálgicas; pestañas de ojos enamorados; secreción de conjuntivitis de enamorados; sábanas y fundas usadas por enamorados confirmados; toallones y colonias hechas con el sudor de enamorados; hasta lagañas de hombres y mujeres enamorados y confirmados; incluso el pus de los orzuelos de enamorados se industrializó a un precio superior. La industria accesoria ganó impulso, mientras que los dinerillos para las guerras caían sin remedio. Por primera vez después de largos siglos, el amor generó ganancia antes que gasto. El cura insistió, cambiando el mensaje y sentencia del casamiento hasta que la muerte los separe por hasta que la retina los separe. La vida sonríe a esta nueva pareja y a Rudecinda en especial, que se anexó rápidamente al éxito. Para certificar su estado amoroso utilizó todos los accesorios posibles después de que el oculista certificara que ella nunca había fundido sus conos y bastones, convirtiéndose repentinamente, en una nueva virgen del amor, con el beneplácito de Dagoberto.

Sin embargo, la codicia se apoderó de los empresarios —para variar— que de manera imprudente y traicionera fueron desplazando a Dagoberto del negocio en crecimiento. La ignorancia; sumada a la ingenuidad, determinó la pérdida de la empresa. No se amilanó Dagoberto; era un hombre emprendedor y rápidamente se dedicó a otros menesteres. Rudecinda era su apoyo incondicional y ambos iniciaron el nuevo camino convencidos de que si la vida avanza, ellos también. Bendita se hizo cargo de la venta y promoción de los accesorios para el amor retiniano, le dio grandes frutos.

Pero años más tarde, la ciencia nuevamente pulverizó la teoría de la retina. Hubo dos congresos mundiales de oculistas para reconfirmar la teoría de conos y

bastones; presentaron sus experiencias logradas en este asunto tan sentido. Ellos pasaron a ser los árbitros de los conflictos matrimoniales y sentimentales, daban consejos, decretaban el fin o el comienzo de un amor, miles de jóvenes se inscribieron en la especialidad, seguro de futuro. Paralelamente, otros dos congresos mundiales de cardiólogos frustrados y arrinconados en el desprestigio surgieron imprevistamente a los cinco años de este hecho. Si aparece una nueva teoría, también aparecen detractores, y lo primero que dijeron los cardiólogos —tardíamente— como síntesis de su estudio fue: —¿Cómo explican entonces el amor en ciegos, el amor de tuertos, el amor de quienes padecen cataratas o lagañas, el amor de aquellos que la vida les ha mezquinado cruelmente sus dos ojos?‖. Y comenzó la guerra de la ciencia y de los intereses mientras el mundo seguía sorprendido con parejas encimadas; las carreteras bloqueadas, las cabinas de los camiones, ómnibus, aviones y todos los medios de transporte paralizados, porque las parejas no dejaban de apilarse como monedas, mirándose fijamente al margen de hacer otras cosas necesarias dada la proximidad de los cuerpos. Nadie cede a la orden del „¡basta!“. Las Naciones Unidas intervinieron organizando y financiando el último congreso de cardiólogos contra oculistas, por la necesidad de tener supremacía en la explicación de lo que realmente es el amor Esa sesión en el ámbito del consejo de seguridad ampliada, quedó registrada para la historia, porque los embajadores, secretarios y representantes de distintas etnias estaban imposibilitados de reprimir el ensimismamiento, motivo por el cual, los hombres delegados encimaron las mujeres; las mujeres a los hombres y todos terminaron encimados en sus pupitres. Las fuerzas de seguridad anularon un sexo, porque al reprimir, los agentes equipados para antimotines abandonaban sus uniformes para encimar a sus compañeras oficiales o a quienes iban a reprimir. El mundo estaba envuelto en

un caos. Los legisladores retenidos en sus bancas por cintas de embalar pudieron sesionar y definir acciones. Un comité internacional de oculistas y cardiólogos tuvieron inexorablemente que enfrentar esta situación que ya había deteriorado la economía mundial. Se había globalizado la retina y el mundo industrial estaba paralizado. Hubo conflictos raciales; judíos y musulmanes encimados, buscando también el amor y no la guerra. Americanos y cubanos encimados, buscando el calor del amor. Hasta el mismo Bush encimó a la hermana de Ben Laden y el Papa, persiguió a las carmelitas descalzas que, por casualidad, visitaban los salones cercanos a su despacho.

El mundo convulsionado por el amor y, lo más triste, se olvidaron de la guerra. Las empresas de armamentos durante cinco años no vendieron un solo fusil, una sola bomba, un solo avión de combate, hasta que decidieron fabricar anteojos bélicos del amor para peleas entre parejas felices. Los movimientos de liberación quedaron sin combatientes porque al dar el primer grito de ¡avanzar! si había mujeres abandonaban su arma para encimarlas. Los oculistas a su vez denostaron el poderío de los cardiólogos bufándose de ellos porque si el corazón es realmente el amor, la flecha lo ha matado antes de nacer. Pero todo tiene un final en esta vida. Los cardiólogos sostuvieron que fue una casualidad mal intencionada, y los oculistas, no pudieron explicar el amor de ciegos y tuertos, o quienes llevan cataratas de por vida. De nada sirvió que algunos mantuviesen esa teoría en vigencia. Nuevamente los cardiólogos se adueñaron del amor, y reinstalaron las imágenes tradicionales del corazón, como el símbolo insustituible de ese estado.

Los oculistas vencidos y humillados decidieron de común acuerdo, negarse a seguir investigando la retina, y el mundo fue rápidamente recuperando tradiciones y leyendas. La violencia y las guerras reaparecieron, los conflictos religiosos y

étnicos florecieron. La gente no se encimó más en la vía pública. Las jóvenes mujeres nuevamente dejaron de mirar de frente en las calles, en los bares, en los lugares públicos. Las invadió una profunda tristeza y desazón. La Iglesia restableció la flecha como el símbolo de su poder, atravesando el corazón. Los políticos nuevamente hablaron con el corazón en la mano. Las compañías comerciales restituyeron el corazón como símbolo del amor eterno. La costumbre justificada de encimarse antes de conocerse fue derrumbada y prohibida; se llevó a la población joven al tedio y aburrimiento. Una frustración sentimental invadió el planeta y la persecución a Dagoberto y Rudecinda fue implacable. Tuvieron que escapar y buscar en el anonimato la paz y nuevas formas de vida e ilusiones.

Después de cinco años de fuga y desencuentros, regresaron a Piedra Linda, pero con trabajos distintos. Dagoberto se reencontró con la escultura y su intención al deporte; Rudecinda con sus funciones de ama de casa temía salir a las calles y, en sus horas de soledad y aburrimiento, aprendió a tocar el piano viejo que estaba arrinconado en una habitación. Bendita ya no estaba con ellos. Los últimos años estuvo enferma de su diabetes que fue invadiendo lentamente todas sus arterias, cerrando circulaciones fundamentales en brazos y piernas lo que obligó a amputaciones progresivas, que fueron reduciendo su tamaño y también su cama, pero aún en estas condiciones reparó un cochecito de niña y se dejó llevar por las rutas y pueblos empujada por un sirviente fiel y de tantos años como ella. Se perdió en esos violentos tumultos de encuentros retinianos, buscaba en ese entonces un nuevo amor. Nadie supo decir si lo encontró. El sirviente también desapareció con ella.

II

El nadador

Recordatorio:

–Rudecinda Belamate Castaño murió por accidente. No cabe duda. A esa edad una joven mujer tiene pocas enfermedades acumuladas en su haber y son más los secretos postergados los que dañan, que una patología imprevista. Sana era Rudecinda. Fuerte. Linda mujer. Deseable y envidiada. Ese día contemplaba la naturaleza desde una gigantesca colina que custodia Piedra Linda: su pueblo natal. ||

Años después, es la misma Rudecinda embargada de emoción quién permanece en la cumbre de esa gigantesca roca. El paisaje maravilloso, lejos de provocarle evocaciones de felices nostalgias, la entregó a una belleza brutalmente natural que nubló abruptamente su mente. El pie derecho removiéndose sin darse cuenta una piedra sin base y por supuesto sin posibilidad de sostenerla. Cayó con ella. Roca y mujer compitiendo espacios sin redes. Un abismo sin fin, cuya fractura sombría termina justamente en el cauce de un arroyo a más de doscientos metros de profundidad. Ese tope natural la contuvo en su lecho como una piedra más, donde el agua se encargó de acariciarla y consolarla, lamiendo por horas su piel, cada vez más fría y pálida. Cayó al vacío con ojos abiertos, absortos, temerosos. Ella no pudo recordar su pasado. Tampoco fue capaz de memorar épocas feli-

ces y menos aún —y esto es lo más trágico de su destino —, llevarse la imagen de su tercer esposo Dagoberto. Rudecinda pagó un alto precio a su felicidad transitoria.

Murió por accidente. No cabe duda. Tal vez su único reclamo hubiese sido eso: morir en soledad, con memoria ausente. Siempre supuso —como toda mujer— que sería viuda, antes que finada, lo que permitiría despedir a su esposo al cual devoraba con un amor enfermizo. Dagoberto fue un sobreviviente de los celos. Una víctima innecesaria de sospecha. Un esclavo abnegado bendecido por el Señor y un inocente condenado a mujeres que lo acechan sin pudor. Rudecinda nunca aceptó ese trágico y pesado legado que lleva su amado y decidió luchar contra ese destino. Hizo de esa tarea una cruzada eterna que desgarrar muchas veces su corazón. Rudecinda quiere luchar con un fantasma que la atormenta. Dagoberto sufre incompreensión. Por eso, asegurará años más tarde, que ella cayó vacía de mente, llevando un cuerpo sin alas a ese trágico final. ¡Pobre Rudecinda! Amaba la vida. Todos los días renunciaba a la muerte con una oración recitada de memoria en las mañanas y también en las noches antes de convertirse en generosa esposa y fogosa mujer. Rudecinda cumplió la promesa hecha antes de la competencia. Concurrir a la colina y tocar con sus dos manos la Cruz del Penitente y luego descender por el camino del calvario agradeciendo el éxito deportivo de su esposo mencionado y galardonado con la copa Agua al mérito.

Dagoberto intervino por primera vez en los juegos olímpicos locales. Dagoberto tuvo gran mérito: concursar natación sin saber nadar. Solo atinó instintivamente a sumergirse en aguas tibias de la pileta olímpica hasta tocar fondo con sus dos manos quedando las delgadas piernas asomando en la superficie, hasta que algún voluntario abnegado, ayudó a regresarlo a una posición natural con la cabe-

za afuera del agua. Dagoberto mantenía la cabeza en el fondo de la pileta en una posición ridícula, interpretada por el público, como la búsqueda de una salida de emergencia en el fondo de la pileta. Desde niño deseó nadar, pero era tan agreste el clima y tan seco, que ni las nubes visitaban el poblado. El agua por él conocida era subterránea. Dagoberto amaba las competencias; podría decirse que era un fanático de los juegos olímpicos anuales, pero nunca aprobó exámenes de ingreso. La suerte ayudó esta vez, porque en esta especialidad, quedó un lugar vacante en natación y nadie del pueblo se inscribió, salvo Dagoberto que evaluó: –Si puedo nadar en esta vida tormentosa, puedo hacerlo también en el agua||. Nunca pensó que esa competencia cambiaría su vida. A Dagoberto le interesaba poco ver cómo sus compañeros competidores iban o venían una y otra vez, de una punta a la otra de la pileta jadeando, haciendo brazadas a un ritmo vertiginoso. Desde la profundidad de la pileta, veía con curiosidad nada más que las piernas de los atletas aleteando como mariposas, dejando una estela de agua burbujeante, normalizada en segundos. Dagoberto apenas se mantenía a flote. Pero era tal su obstinada y copiosa voluntad de participar, que al llegar a la meta, el público lo ovacionó, despertando en los organizadores del evento una curiosa intriga por esa inexplicable reacción, motivo por el cual inventaron esa nueva medalla por mantenerse a flote con digna espontaneidad y sin ayuda. Compitió con atléticos jóvenes que entrenaron un año entero. Así y todo, concursó. Todo fue por su propio mérito y tuvo su premio. Los brazos más que ayudarlo a movilizar su cuerpo, trataban de sostenerlo en superficie con mediano éxito. Las burbujas en el agua revelaban la cantidad de líquido ingerido. Esa batalla del pulmón para evitar la invasión de líquido clorado demostró que su estado físico podía considerarse óptimo, y esa medalla premió justamente el mérito y también: su tesón deportivo.

Rudecinda estaba orgullosa. Entrañablemente exultante, rejuvenecida y anhelante. Admiraba el valor de su esposo, y suponía que ese acto de arrojo, tenía un solo destinatario: ella. Así pudo llorar cuando Dagoberto subió al podio todavía mareado de tanto cambiar posiciones y vomitar líquidos. El oxígeno transformado en agua estaba inutilizado. Dagoberto agradeció al público que lo vivaba y extendió, sobre el final del homenaje, sus dos brazos en dirección hacia su esposa Rudecinda, quien invadida por la emoción estalló en lágrimas —frecuente en mujeres enamoradas—. La Rude, sentada humildemente en los escalones de madera de la tribuna, seguía al detalle la competencia. Pero el gesto contundente de su esposo la obligó a levantarse. Tomó sus dos manos, las unió y las llevó a su corazón en agradecimiento. Era el lenguaje del amor con señales, un lazo inventado cada día, para manifestarse sin palabras y más aún después de la confrontación con las retinas. Brazos elevados hacia ella, manos entrelazadas conteniendo un corazón agitado.

El amor insólitamente mudo, ciego y sordo permanecía mágico y también hablaba. Fue allí, justamente en esa tribuna de madera, donde ella ratificó su promesa de visitar la imagen santa entronizada en rocas de la colina, que más tarde terminó inesperadamente con su vida. La colina del calvario dejaría a Dagoberto en un duelo imprevisto, confirmando que hay amores que matan; mientras que otros producen agonías eternas. Esta vez así fue: Mató. Pareciera que la trágica ecuación ‘éxito trae desgracia’, confirmó los vaticinios de su amigo Prudencio quien, compungido, ahora trataba de consolarlo. Dagoberto indudablemente amaba a esa mujer, porque le arrancó lágrimas a un rostro endurecido por la vida, mientras su mano derecha apresaba la medalla ganada hasta lastimar su palma. La

sangre tibia se desparramó caprichosamente en su pecho, como si encendiera la flor roja del dolor.

Prudencio Carmos, jefe de policía, tocó la puerta en casa de Dagoberto; mientras Mocho, el perro fiel del famoso nadador, mordía los talones del visitante como era su costumbre. Prudencio ostentaba exceso de educación, acumulada en su rigurosa infancia a latigazos. Prudencio y Dagoberto habían compartido la infancia y adolescencia. Fueron casi hermanos; ambos vivieron el último tramo de la escolaridad en una humilde pensión para poder terminarla. Eran jóvenes; sus vidas estuvieron siempre signadas por la carencia. La vida se encargó más adelante de separarlos y cada uno inició un camino distinto. En ese entonces trabajaban esporádicamente repartiendo propaganda o llevando valijas desde la terminal de ómnibus. Prudencio ahora ya es un hombre formado, rubicundo, obeso, de ojitos pequeños y vivaces. Como buen compañero de Dagoberto en la adolescencia, recordó cuando llevó a Dagoberto a su primera experiencia. Prudencio era un año mayor que Dagoberto, sin embargo reconocía que él era más infantil. En la adolescencia, un año es una eternidad y por si fuera poco, la maduración de ambos tenía grandes diferencias, pero lo cierto fue que Prudencio anticipó a Dagoberto y a los 16 años incursionó en ese mundo fantástico del deseo. A esa edad, el acné comenzaba sus primeros estragos: Prudencio tenía muy pocos barritos, Dagoberto en cambio parecía un choclo y vaya si era importante. La explosión hormonal era algo digno de tener en cuenta. No eran solo los cambios anatómicos los que se iban manifestando lentamente, también las sensaciones y los actos de rebeldía que inconscientemente se expresaban. Indudablemente los padres no estaban preparados para enfrentarlos, teniendo en cuenta que ellos también habían sido víctimas de esos cambios fisiológicos. Prudencio trabajó regularmente desde los dieciséis

años, era algo así como un asistente de radio; una radio en ese entonces, muy importante por sus programas culturales y también sus noticieros. Llevaba a veces a Dagoberto para ver como era su trabajo, los cables llegaban por intermedio de máquinas inmensas, llamadas teletipos. Lanzaban metros y metros de papel impreso automáticamente, desde una agencia de noticias lejana; ellos receptaban, clasificaban y preparaban programas claves para la radio. Prudencio regresaba a la una de la mañana y dormía hasta las ocho en que se levantaba a estudiar. Dagoberto le envidiaba, no solo su trabajo que lo llevaba a una calificación muy alta con respecto a él, sino también por el hecho de que él salía a veces hasta el amanecer. Dagoberto lo considera como su hermano grande, al menos así piensa. Un día, o mejor dicho un amanecer en la pensión donde ambos vivían Prudencio despertó a Dagoberto cuando regresó de su trabajo quería comunicarle que esa noche había estado por primera vez con una mujer. Estaba exultante. En voz baja para mantener el secreto, contó los detalles de esa relación. Había una prostituta aparentemente muy bella de por medio y Prudencio había consumado el acto. La imaginación de Dagoberto multiplicó su relato, parecía fascinante, quedó con la boca abierta y mudo porque le preguntó si estaba escuchando. En realidad no lo estaba escuchando, estaba registrando cada uno de los detalles contados. Se sintió más lejos de su edad y luego de reaccionar comenzó a preguntar cosas para él novedosas. ¿Quién a esa edad no estaría así ? Prudencio evacuó todos esos interrogantes; en la madrugada cortaron. Prudencio estaba agotado, Dagoberto en cambio estaba con insomnio, repasaba mentalmente todo lo contado. –¡Increíble! ||, pensaba. Una aguja filosa se clavó en su corazón. –¿Y yo?... ¿Cuándo ? ||, se preguntó. Despertó sobresaltado, después de una o dos horas de sueño profundo con el mismo interrogante. Llamó a Prudencio que dormía en la cama del lado.

—¿Y yo? ¿Cuándo? —preguntó.

Prudencio abrió sus ojos; estaba totalmente dormido y cansado. Dagoberto volvió a repetir su pregunta hasta que se su amigo despertó de mala manera, enojado; poco le importaba a Dagoberto. Sentándose en la cama, se pasó las manos por el rostro y le prometió:

—En tu cumpleaños te pago una. ¡Te juro que te pago una! Será el regalo de cumple.

Como si esas palabras fuesen el final del diálogo, se dio vuelta para seguir durmiendo.

Dagoberto estaba excitado, ansioso y temeroso. A las prostitutas las había observado muchas veces en la calle principal donde ejercían, le llamaban la atención sus vestimentas provocativas y que estuvieran siempre al acecho de algún hombre que pasara cerca de ellas. Algo le decían. Algunos paraban, conversaban, pero otros hacían un gesto negativo y seguían. En ese entonces ambos sacaron distintas conclusiones. Dagoberto no tenía trabajo fijo de manera que pocos planes podía hacer. Calculó mentalmente cuánto faltaba para su cumpleaños; tres meses parecían una eternidad. Aunque también pensó que esto le daba tiempo para averiguar algunos detalles de cómo hacerlo, cómo negociar y cómo pagar el hotel. Su acné se desarrolló aún más, sus hormonas viajaron a cien kilómetros por hora. ¡Qué lento pasaban los días! Durante esos meses pudo extraer varias enseñanzas y mentalmente fue generando la fantasía del primer encuentro. Dagoberto creía en él. Investigó la anatomía de las mujeres en algunas revistas. ¡Fantástico!, le fascinaban, aún con fotos bastantes burdas.

Finalmente, un día antes del cumpleaños, Prudencio ratificó el ofrecimiento y más aún, le dijo que su prostituta tenía una amiga que estaba avisada. Le fas-

tidió a Dagoberto un poco el hecho de que hablaran sin su consentimiento; pero sabía que no estaba en condiciones de exigir nada. No tenía —para variar— dinero y faltaban apenas veinticuatro horas para su cumpleaños. Aceptó la propuesta tal como la había planificado Prudencio. Qué nervios tiene Dagoberto; lo consumen. El plan es perfecto, a las once de la noche Prudencio lo busca, de allí al club de la calle principal, donde encontrarán a las prostitutas. Las piernas le tiemblan. Las once de la noche, no llega nunca. Ese día no comió. Tomaba agua a cada rato y orinaba más veces que de costumbre; tampoco recibió las felicitaciones de rutina por teléfono, porque la voz no le respondía. Pasó la tarde en la terraza analizando fotos. Cuando finalmente llegó la hora, salió a buscarlo. Caminó, sintiendo que la gente lo miraba como si fuese un delincuente reconocido o bien porque se percataban de que esa noche tendría a su prostituta. Subió las escaleras, confundió peldaños. Salieron. Prudencio trata de tranquilizarlo; le dije que él arreglaba el asunto del pago por prostituta y hotel. Le recomendó pedir preservativos cuando llegara a su habitación. ¡Que confusión tenía Dagoberto! Una cuadra antes de esa esquina, desde lejos se veían tres o cuatro prostitutas, buscando clientes. Dagoberto preguntó cómo era la mujer para él; Prudencio la describió detalladamente. Dagoberto temblaba, sudaban sus palmas y sentía náuseas. Prendió un cigarrillo y notó su pulso alterado.

La prostituta de Prudencio era bajita, rellena, de minifalda exagerada, prácticamente se le veía toda su bombacha negra. El escote dejaba ver cómo nacían dos exuberantes senos, casi perfectos. A su lado, había una mujer inmensa. Toda su anatomía se multiplica por diez. Fue su impresión y no era que Dagoberto fuese bajo; ella lo triplicaba.

—¿Será esa? —balbuceó con voz entrecortada. Prudencio no dijo nada, siguió avanzando como si tal cosa. Dagoberto envidiaba esa tranquilidad, pero pensó que después, en sus futuras incursiones actuaría igual que Prudencio. Siguió temblando, ahora frente a las dos mujeres. Se equivocó al acercar el cigarrillo y se le cayó de su boca. —¡Que ganas de orinar! || , pensó, mientras lo presentaban.

La mujer de Prudencio era realmente hermosa. En un momento se le ocurrió que tal vez si cambiaran de monta, sería menos impresionante, pero se contuvo. Un orgullo tonto. Dagoberto parado al frente de esa gigantesca mujer la miró sin disimulo. Dos impresionantes senos se descolgaban como higos; el derecho dejaba ver el semicírculo del pezón. Se puso más nervioso, miró hacia arriba hasta llegar a la cabeza de esa mujer, cuya cabellera frondosa y enrulada combinaba con sus labios rojos y gruesos. Parecía un incendio. Ella se acercó y lo abrazó. A Dagoberto le faltó aire; su cara se pegó al pecho hundiéndose entre los senos. Ella comentó por su cumpleaños:

—Te daré el regalo esperado, Bebé.

Dagoberto trataba de mostrarse calmo, pero estaba peor. Fueron al motel. Dagoberto creía que debían conocerse antes de ir a la cama, pero el trato era _vereda- cama-vereda_. Durante el trayecto el chofer lo miró por el espejo, se rió y comentó entre dientes algo con las chicas. Dagoberto registró la palabra _desvirgado_ o algo similar. Sus piernas parecían estar bailando salsa. Llegaron a un motel casi destruido, entraron; en el corredor había puertas separadas por una pequeña ventana, una a continuación de otra. El taxi paró y bajaron. Prudencio guiñó el ojo y entró en la primera, pero antes señaló la que le correspondía a él.

Dagoberto quedó a solas con esa enorme mujer que le decía Bebé. Entraron. Número 17; Dagoberto pasó directamente al baño a orinar. En la mano iz-

quiera tenía dos preservativos que el encargado le había dado, sin que se los pidiera, cuando abrió la puerta con su llave. Mientras orinaba, escuchó que la mujer se quitaba algo porque caían sus zapatos haciendo ruido. —¡Se está desnudando! ||, pensó excitado. Terminó de orinar y miró los preservativos. Estaban en dos sobre-citos plateados. Pudo reconocer el borde de un aro flexible. Regresó a la habitación y encontró a la enorme mujer tirada en la cama, vestida. Se había sacado los zapatos y las medias oscuras. La miró como diciendo ¿y ahora qué? Ella dijo:

—Bebé, veinte con ropa y cuarenta en bola.

Prudencio le había dado efectivamente cuarenta —no sabía que podía ahorrar—. Imagina un sándwich de milanesa y confirma seguro:

—Veinte.

Ella se desprendió la blusa y el bretel del corpiño. Dos enormes senos se desparramaron ante un Dagoberto embelesado. Luego, levantó su falda hasta la cintura; quitó su bombacha: Dagoberto detectó los detalles anatómicos que había soñado, pero multiplicados por mil. Parecía estar ante un mapamundi gigante y él, a su lado, nervioso, excitado por tanta generosidad. El mundo se dividió en un antes y un después. Así lo sintió cuando todo terminó y ella se levantó a lavarse.

Dagoberto, cabalgando con furia se había caído dos veces de la cama y se había golpeado otras tanto la cabeza contra el fierro de la cabecera. Era un animal salvaje. Olvidó el preservativo y los cuidados que tanto le habían recomendado. Se encontró pleno; exultante, potente y orgulloso. Había sorteado esa primera vez tan temida. Incluso; se permitió ver a esa mujer de enormes piernas y un trasero gigante, con otra expresión; como si fuese un gladiador triunfante. Lo único que le molestaba es que siguiera llamándole Bebé; aún después de haber debutado exitosamente como hombre. —Así son las mujeres ||, pensó confiado y agrandado. Ella,

lavándose con la ropa puesta en el baño; Dagoberto tirado en la cama con los pantalones bajos enrollados aún en las piernas.

Descubrió dos cosas: primero vio los preservativos encima de la cama, y luego que se había olvidado de quitarse los zapatos. El temor lo invadió, recordó que las relaciones con prostitutas sin condón podían terminar en infecciones; miró su miembro agotado, descansaba, dormía. No vio nada raro; tampoco bichos ni secreciones raras, pero se levantó igual al baño sin recordar que estaba maniatado con el pantalón bajo, lo que produjo su primera caída; ella se reía sentada aún en el bidé y Dagoberto avergonzado. —Bien, Bebé, ya pasó, ahora me tienes que pagar cuarenta.

El emparedado reapareció con furia en su imaginación y rápidamente asumió su defensa.

—¡Veinte! ¡No te desnudaste! —aseguró con voz firme. Ella aceptó el dinero de mala gana y ofreció un adicional con la boca. Dagoberto se negó, porque eso no estaba programado.

—¡Qué tonto! —dijo ella. Tampoco confiaba Dagoberto que fuese gratuito. Pensó que quería sacarle los veinte pesos que se había ahorrado. Salieron. Se despidieron.

Se fue caminando. Era otra persona. Se sentía poderoso. Miró las prostitutas que se ofrecían sin sentir que las piernas le temblaban. Pero lo mejor fue que ahora miraba con suficiencia. La siguiente meta era comer su emparedado para saciar el hambre que se había despertado después de veinticuatro horas de ayuno. Fue su mejor cumpleaños, agradeció a Prudencio. No todo fue bueno: estuvo una semana lavándose con agua y alcohol, porque cuando contó a Prudencio que no había usado preservativo, éste ordenó higiene total. ¡Cómo ardía el alcohol!...

Pero sabía que el dolor era parte del crecimiento. Temía que le salieran gusanos o bichos. Pero no, solo tuvo cientos de ladillas que mató con DDT luego de afeitarse. Como conclusión de esa etapa es que su acné comenzó a disminuir, pero sus deseos aumentaron. Se vio obligado a buscar trabajo para poder mantener una chica. Ya era todo un hombre y a los dieciséis años no fue difícil conseguir trabajo.

Prudencio abandonó los estudios e ingresó como cadete de policía en época muy temprana. Fue agente de policía raso, hasta ser ascendido luego de capturar a dos cuatrerros *in fraganti* desmontados en caballos robados que se negaban a moverse a pesar de los latigazos que recibieron. Robar caballos los condenó; Prudencio los atrapó sin resistencia. Ellos fueron parcos en sus declaraciones de arrepentimiento porque el término *‘in fraganti’* ofende. Decidieron no confesar hasta que esa extraña palabra no fuera sacada del papel. Como ladrones rurales, ellos tenían vigente un código de honor y un lenguaje. Estaban decididos a obligar a la autoridad a borrar esa palabra extranjera de la denuncia. Prudencio aconsejó el retiro y los dos asaltantes partieron orgullosos a la cárcel. Poco tiempo después, cuando renunció su jefe por jubilación, Prudencio por ser el oficial más antiguo y efectivo lo reemplazó.

Prudencio es respetado en ese pueblo; se siente obligado a prestar servicios personalizados, para comunicar casos especiales de fallecimiento. Se puede afirmar que le agrada dar noticias trágicas. Sostiene que atrás de una mala noticia, siempre llega una buena. Las malas noticias le fascinan, despiertan una rara excitación, se deprime si en la semana no tiene alguna para dar. Prudencio mantiene memorizado un discurso de condolencias. Lamenta que sea él quién tenga que comunicar a su amigo la desgracia. Con tono bajo y ceremonioso, relata el acci-

dente en forma detallada, como si recitara una poesía, haciendo hincapié en el cómo había pasado esa tragedia y cuáles habían sido las últimas palabras del finado. -Murió Rudecinda...||, sentencia compungido. Luego respira hondo, mira el piso y continúa: -Tocó la cruz y cayó al vacío ||. Antes que el asombro invada al familiar, atenúa: -No sufrió. La muerte llegó durante su caída, por lo tanto, ella nunca sabrá cómo se estrelló ||. Aunque no puede explicar cómo obtuvo esas afirmaciones, agrega serenamente: -Murió con la emoción de lo imprevisto ||. Al finalizar esa casi confesión, coloca la gorra contra el pecho y acompaña el llanto desconsolado del deudo sorprendido. Dagoberto tiene puesta la camiseta de competencia y también los laureles en la cabeza prematuramente calva. No se mueve. Es

tal el impacto, que llora sin lágrimas. Tampoco emite otro sonido de reemplazo. Queda mirando a Prudencio, esperando que su amigo levante la vista y diga: -Fue una broma ||. Mientras tanto, Mocho no suelta el tobillo izquierdo del policía que por educación no patea, pero indudablemente el dolor producido por los colmillos incrustados en su carne lo ha puesto lívido y sudoroso. Prudencio repite el mensa-

je dos veces más. Piensa que Dagoberto ha quedado sordo de tanta agua en sus oídos. Pero no logra que modifique esa postura tan digna como incomprensible: quietud pétrea que anticipa el dolor. Prudencio se mantiene silencioso y formal. Es nuevamente un privilegiado espectador del dolor humano que finalmente aflora.

Días más tarde, Prudencio comentó en la comisaría que Dagoberto quedó transformado en una estatua de sal; ajeno a esa realidad que se oponía férreamente a aceptar. Luego del tercer anuncio, Prudencio se retiró en silencio arrastrando a Mocho prendido aún de su pierna izquierda. Dagoberto estuvo dos horas parado.

Quieto, sudando cloro de la pileta que caía a sus pies, formando una lámina espe-

jada en el suelo. Atinó a respirar sin pestañear, sin mover un solo músculo de su rostro. Su mente invadida con imágenes de Rudecinda lo inmovilizó. Repuesto del asombro, dio media vuelta y regresó al living, donde se sentó en su sillón preferido y pasó allí el resto de la tarde, mirando por la ventana la colina donde su esposa había sufrido esa desgracia. –Asesino ||, sentenció mirando su propia imagen reflejada en el espejo ovalado colgado en la pared hasta que la escupió. Mirando la colina, Dagoberto imagina a Rudecinda cayendo desde la punta del peñasco, gritando lo injusta que ha sido la Cruz del penitente. Jura que al día siguiente arrancará la base de la misma y la tirará por el mismo espacio donde viajó violentamente su mujer como repudio. –Si ella cayó, la cruz también lo hará||, dice en voz alta. Mocho está a sus pies, cruzando las dos patitas delanteras, mirando al amo en silencio y ladra de vez en cuando para decir que está a su lado en ese duro trance y que puede contar con él para lo que considere necesario. Mocho es más humano que animal. Su comportamiento a lo largo de su vida así lo demuestra. Tiene el color de la tierra, con algunos manchones más oscuros en su cuerpo y el hocico aplastado, como si fuese alguna secuela de choque contra algo muy duro, cuando era solo un cachorro. Las orejas apenas se levantan y los colmillos asoman entre la carne caída de sus mandíbulas en forma ridícula. Si alguien tiene derecho a protestar por su imagen, es precisamente Mocho. Dagoberto comprende el mensaje, con la mano derecha acaricia la cabeza del animal ahora reconfortado.

Rudecinda fue velada en casa prestada. Desocuparon el living comedor y en lo que sería la parte más importante de la casa colocaron el féretro lustrado. A su alrededor, las coronas, que siempre huelen a nada ya sean flores frescas o de plástico barato. Dagoberto nunca entendió el porqué de las flores en los velorios, si las flores eran obsequios de amistad o a veces la gentileza del amor. ¿Por qué

regalan flores a la muerte? Al comienzo del velorio los presentes están compungidos y silenciosos. Desfilan mirando al viudo con tolerante ternura; a la finada, con curiosidad. Tratan de captar la última expresión de asombro. A medida que pasa el día, el velorio se transforma en reunión social. La compostura por el dolor es reemplazada por reencuentro de amigos y parientes, quienes se ocupan de recordar. Los muertos tienen una característica especial en su rostro inmóvil: el gesto de despedida. Difícilmente haya dos cadáveres iguales —referido a la expresión naturalmente—. La última sensación queda siempre marcada en el rostro. Rudecinda esta conmovida, emocionada, pero también disgustada. Cerrar los párpados fue tarea difícil, porque nadie quiso tocar el rostro en el barranco y así quedó varias horas hasta que la llevaron a la funeraria. Estaba dura, rígida y cada vez más fría. Se nota que una emoción la mató rápidamente. No tuvo tiempo para sufrir ni cerrar párpados. Ese gesto alivió a Dagoberto, que sintió menos culpa y decide colocar como acto de amor, la medalla de agua sobre el pecho de Rudecinda. Homenajeó y premió a la muerta. Si alguien tenía algún mérito en este evento, había sido ella, por insistir en que se presentase. La medalla le pertenecía y Dagoberto entendió que así debía ser. El entierro fue rutinario. El cura Zoilo, delgado como tallo de invierno, rezó los responsos. Los familiares conmovidos estaban en semicírculo, arrojando flores frescas sobre el ataúd. ¡Pobre Rudecinda!, se fue bajo tierra llevándose su alegría. Mocho observó el funeral a unos diez metros de los deudos, en total y absoluto silencio. El cura del responso, Zoilo, acostumbraba hacer ayunos eternos para ofrecer al Señor sacrificios que templaran su noble alma, sumó uno para Rudecinda. Los ayunos consumieron su carne y no quedarían dudas de que las ánimas existen, con solo observar a ese hombre santo en las mañanas cuando cruzaba en calzoncillos el patio para mojarse con agua fría. El apodo de

‘Alambre’ era justo. Zoilo mantenía una férrea predilección por las hostias, era un adicto a ellas. Su alimento preferido.

Rudecinda o la Rude, como solía decirle cariñosamente su esposo, era una mujer bella y sacrificada, que vivió para Dagoberto, como se estilaba en esa época, olvidándose de sí misma y de sus cualidades para la música y el arte. Solía acompañar al esposo tocando piano en esas largas noches de invierno, mirando cómo esculpía piedras y mármoles en momentos de ocio. Había colgadas sobre la vetusta pared, láminas de Canova, *Teseo y el Minotauro*; *La Beata Ludovica* de Bernini y *La Ninfa* de Salmacis de Bosio. Mientras esculpía, observaba las figuras buscando los detalles invisibles del maestro. Las proporciones, los rostros de expresión lejana, la sutileza de los movimientos; el erotismo de los encuentros de estas figuras pétreas lo conmovían. Anesina envidiaba a Paulina, pero ella aún en el mármol, apreciaba la realidad de esa vida y amaba su entrega. Dagoberto era un artista, un orfebre y, sobre todo, un buen hombre. De esos que hoy llamaríamos ingenuos. Rudecinda se había casado luego de operarse. Un cirujano reconstruyó su himen con un laborioso trabajo; consagró su éxito dejándola nuevamente virgen, para que entregara ese regalo, en la primera noche de amor; sin saber que por situaciones desconocidas desataría en ella, una furiosa lujuria sin control. El médico le diagnosticó en esa oportunidad calentura acumulada. Dagoberto recordaba esa noche como algo épico, porque supo reconfortar a su mujer y mostrarle los caminos del placer. Desató en ella una furiosa pasión que lo asustó. Era el tercer matrimonio del artista. Las dos esposas anteriores murieron de muerte siempre trágica. La primera asfixiada por un bocado de carne que quedó definitivamente en la laringe, en el primer aniversario de matrimonio. –Murió de festejo || rezaba el certificado de defunción. Con el rostro abotagado, la mirada desesperada y sus

manos llevadas a su garganta para decirle que algo la atragantó, que algún elemento extraño quedó inerte en su garganta tapando la cañería aérea. Las maniobras para quitar ese cuerpo extraño no fueron menos violentas, porque una pinza de aro gigante exploró la base de la lengua, tratando de quitar el bolo alimenticio adherido a las paredes del esófago. La segunda; decían que de rascado intenso por un brote alérgico tan furibundo en su cuerpo, que se deformó en manchas negras y bubones rojos gigantes y tensos, luego de ser picada por dos inmensas tarántulas en celo. Pobre mujer, el veneno de la araña subió rápidamente por la sangre y de allí bloqueó el centro respiratorio muriendo por asfixia.

Como Dagoberto sentíase culpable de tantas muertes, se propuso en ese entonces renunciar a nuevos amores por el bien del vecindario que ya lo observaba con dudosa curiosidad, por los extraños finales de sus amadas. Devoto de ellas, aún en ausencia, Dagoberto las inmortalizó en el mármol con una delicada belleza que llamaba la atención. La primera esposa semejaba una virgen —puesto que la recordaba tratando de vomitar el bolo alimenticio que la había matado—, cuya desnudez se reclinaba sobre el borde de otra piedra más rugosa, con dos brazos sumaban el esfuerzo al rostro oculto que solo atina a babear boca abajo. La segunda esposa había quedado tan deforme, que decidió imitar a Bottero, vistiendo de mármol esa humanidad gordamente deformada por la hinchazón. Y ahora la Rude... No tenía a quién emular porque era tan reciente, que el mármol estaba entero sobre una base de madera del taller, esperando una inspiración póstuma. Curiosamente, amaba aún a las tres; porque esos amores cortos nunca se desgastan. Un amor intenso tiene la opción de inmortalizarse. Nunca muere. Dagoberto asumió ese estado de permanente y renovada viudez, acompañado de las tres esposas, como si fuesen flores petrificadas justo en su esplendor. Pero reconoce que les

teme, porque el sumar tanto desconsuelo, lo convierte en un ser débil y vulnerable. Decide entonces dormir con ellas en lo sucesivo, para transformar su corazón, sobre una piedra. Aparecieron grandes hematomas por los golpes ocasionados durante las pesadillas en peleas nocturnas al chocar con el frío mármol. Aún así, Dagoberto es considerado por Linda Mapala —criada— como el Hombre de mármol blanco. Calificativo que luego recorrió calles del pueblo, despertando curiosidad en hombres y mujeres, quienes comenzaron a discutir si encargaban su propia escultura antes de la muerte, para certificar que sus rasgos fuesen respetados.

A Dagoberto lo admiraban fundamentalmente aquellas que siempre soñaban con un hombre tan duro como el mármol. Dagoberto esculpía en el taller, acompañado de sus tres esposas, incluida la Rude en etapa de piedra bruta. En los descansos, conversaba con ellas, gesticulaba, las acariciaba. Otras veces, las llevaba a pasear en el carro de madera especialmente construido en tres niveles, para que todas disfrutasen del paisaje, mientras la mula pintada de cebra, Dunka, tiro-neaba correajes de cuero persiguiendo senderos en la montaña, trepando caminos; Dunka era la única mula carnívora de la región, por ello fue sometida a encierros prolongados para estudio, lo que ocasionó que los barrotes de su jaula dejaran marcas lineales en su cuero, que Dagoberto pintó para disimular luego de liberarla. Mocho siempre atrás de Dagoberto, como si fuese su propia sombra. Dagoberto muchas veces trató de esculpirlo, pero cuando Mocho se dio cuenta de que la escultura era posterior a la muerte, temió por su vida, de manera que aprovechaba la noche para derribar su doble de piedra, produciendo destrozos irreversibles en la escultura. La frecuencia de estos actos motivó que Dagoberto olvidase su intención. Mientras Linda Mapala —casi 100 años— cuidaba del escultor como si fue-

se su propio hijo o tal vez su frustrado esposo. A veces, lo descuidaba en horarios de rosarios fijos, y debía reconocer Linda que tuvo celos de la última esposa de su amo, porque la Rude era tan cariñosa, que no la dejaba tener expresiones de afecto, lo cual molestaba y martirizaba. Esa enfermiza obsesión de ser la única en la vida de Dagoberto deterioró su mente, pero no afectó a su longevo cuerpo.

III

Anesina. Su historia

Anesina Namur ha cumplido veinte años. Esa edad no se lleva sin tener una historia. Ella tenía una historia campesina: nacida en la estepa, tierra alta, árida, solitaria, donde se vive o se muere desde un comienzo. No había otra alternativa y Anesina fue una sobreviviente sin lugar a dudas, a pesar de la soledad y la pobreza que la rodeaba. Sus padres recorrían las montañas arreando el piño de cabras y algunas ovejas. Tres perros ganaderos amaestrados en la rutina de la montaña acompañaban a los hijos de esa pareja, peleándose entre sí para ser el responsable de esa tarea. Abandonaban el rancho en la madrugada, apenas amanecía. La luz mortecina de la noche que se despedía no alcanzaba para alumbrar el interior de la humilde vivienda. Sin embargo, los cinco hermanos estaban listos para salir, abrir el corral y comenzar el día en las laderas de las montañas. Antes de salir, ordeñaban una cabra, tomaban el jarro de aluminio lleno de leche tibia y

dejaban en la olla un resto para que su madre hiciera manteca y queso de leche cuajada. El caballo envejecido estaba presto para la excursión y asentaba voluntariamente su cabeza en la tranquera de alambres viejos.

Anesina tenía solo siete años, cuando acompañaba a sus hermanos. Era la menor y calzaba sandalias de cuero de chiva que su padre había confeccionado como regalo de cumpleaños. Ella se encargaba de preparar la pequeña lonchera con pan casero, charqui de cabra y una botella de agua de vertiente. Llevaba también un pequeño libro de poesías que leía y releía sentada en las piedras mientras sus hermanos jugueteaban en las praderas. Cargabann el morral de alimentos, dos frazadas para el piso, una canasta vacía para recoger fruta silvestre y un atado de leña cortada para hacer fuego. Anesina era feliz con pocas cosas, pero fundamentalmente, con sus pequeños libros que guardaba celosamente debajo de su cama. Se puede afirmar que fue autodidacta, ya que sus primeras letras las aprendió cuando la escuela de internados funcionaba cerca del rancho. Ella tenía solo tres años; concurrió de oyente lo cual no le impidió estar en las clases donde enseñan a leer y escribir. A los cuatro años, sin querer, se había contagiado de ciencia. Leía y escribía en forma rudimentaria; a los seis, la pusieron como maestra de lectura. En escritura, poco avanzaba por la dificultad de su mano, levemente inhabilitada por una fractura de muñeca mal consolidada. Su padre era un hombre solitario, adusto y silencioso, aparentaba más edad de la que en realidad tenía y mantenía en su comisura derecha, un cigarrillo apagado. Había sido un peón de campo hasta que pudo hacerse de unas hectáreas de tierra fiscal; a partir de allí, comenzó a sembrar con arado de mano, y también, a construir el rancho de adobe que sería más adelante su vivienda definitiva. Plantó árboles autóctonos en la periferia de su campo que sirvió más tarde, para que se hermanaran con alambres parchados. El

día que finalizó de alambrear y colocar la última varilla en el techo del rancho, decidió que estaba listo para formar una familia y buscó compañera, no por amor, sino por vecindad. Así fue que su mujer le dio seis hijos sanos. El más grande murió en un accidente por desbarrancarse a edad temprana en la ladera de una montaña filosa de piedras. Cinco quedaron y la número cinco era Anesina de la cual se sentía orgulloso.

Anesina creció sana, sin temores y sin conocer maldad. Su inocencia era tan brutalmente pura, que contrastaba con el mundo que los rodeaba, absolutamente ajeno a sus vidas. Los conocían como la familia de la montaña, sin referenciar sus nombres. Ellos ignoraban los nombres de los encumbrados habitantes de ese pueblo, sencillamente porque solo iban al pueblo montados en viejos caballos para vender cuero, charqui, y luego, comprar mercadería básica.

Cuando tuvo su adolescencia, Anesina comenzó a sentirse extraña y notó su pecho creciendo ajeno a su voluntad, dos pequeños senos; en el pubis, unos vellos negros marcaban el inicio de sus muslos. Siente una extraña vergüenza que se apodera instantáneamente de ella. Sin querer, se ruboriza y corre a los lugares más secretos de la vivienda; los placares rústicos donde la oscuridad reina cuando dos puertas de madera se juntan para cerrarse. Nadie comprende lo que pasa; solo su madre se da cuenta cuando ve que su niña comienza a tener forma de mujer. Se estremece. Los años han pasado y esa niña, hoy una púber confundida, ha iniciado el camino irreversible de la vida.

Su madre siempre había soñado que su única hija mujer debía encontrar un lugar en el mundo distinto al de ellos. Solía hablar con los patrones sobre la posibilidad de mandarla internada a una escuela de monjas en la ciudad. —Cuando tenga doce —confirman las monjas— debes traerla para evaluarla ||. A los doce, Ane-

sina ingresó a esa escuela de internas para pasar sus mejores años. Allí devoraba libros enteros durante el día y la noche; tirada en el suelo leía a escondidas; aprovechaba las rendijas de la puerta del dormitorio que dejaban entrar un halo de luz. Cada quince días, tenía permiso para salir y regresar a su casa solo por cuarenta y ocho horas. Anesina acudía las primeras veces con entusiasmo, deseosa de ver a su familia, pero se dio cuenta de que las cosas no están muy bien: sus hermanos buscaban una salida rápida con la excusa de trabajo en el pueblo; su madre sorprendentemente atacada por una artritis deformante estaba casi inválida; y su padre, definitivamente abandonado al alcohol. Su propia madre bendecía su partida; siempre aconsejándole evitar esas visitas, porque el futuro no estaba más en ellos. -La desgracia nos ha visitado hija||, repetía con voz monótona una y otra vez, mientras con dificultad le servía una taza de té. Anesina supo entonces que ese lugar estaba realmente vedado para ella; trataría de espaciar y disimular sus visitas. Poniendo excusas en la escuela de que sus padres viajaban, se queda en la escuela donde se apropiaba de la biblioteca, y se daba el lujo de escribir en un cuaderno las primeras líneas de su historia de vida. Sin embargo, la edad comenzaba a sentirse y a manifestarse. Ella se transformó en una hermosa joven adolescente, y con la edad suficiente para iniciar una vida distinta. Transitó los seis años de escuela sin una sola falta, con puntaje excelente y con ejemplares dedicatorias de sus maestros en las fiestas de fines de cursos. Anesina teme el final de sus estudios porque al perder su casa paterna y sin hermanos, quedaría aislada del mundo.

Lamentablemente ese año llegó. Su regreso a la casa fue una mala experiencia. Durante un año, su madre se agravó de la artritis, hasta el punto de transformarse en un ser absolutamente dependiente de segundas personas. Su padre

falleció a los cuatro meses, luego de vomitar sangre y coágulos, producto de hemorragia digestiva. –Las venas del esófago reventaron||, diagnosticaron los médicos del hospital cuando lo llevó agonizando. Su madre se fue marchitando lentamente, secándose como una flor, achicándose sin pausa, hasta quedar tan quieta y dura, que Anesina nada pudo hacer para ayudarla. Y con esos dos entierros, quedó sola en la casa, porque sus hermanos no dieron señal alguna de vida o preocupación. Anesina pasó varios meses en esa soledad hasta que decidió vender las pocas pertenencias que quedaban y los animales, reducidos al mínimo. Temía por el futuro de su caballo que, cuando fallecieron sus amos, se había escapado del corral e internado en la montaña, sin dejar rastro alguno. Quedaron de él las riendas que tantas veces Anesina le había colocado cuando salían al campo al pastoreo. Nada restaba de su infancia en ese lugar, solo tristeza.

La púber Anesina decidió cortar con el pasado y buscar nuevas posibilidades en otros pueblos. Así fue que llegó a Piedra Linda en la mañana de un domingo. Ese día conoció al cura Zoilo que justamente hablaba con Bendita Celeste Belamate. Zoilo simpatizó con la joven que estaba en el almacén comprando fiambre y pan. Una casualidad importante en la vida de Anesina porque Zoilo, luego de interiorizarse de su situación, le propuso ir a su casa como ayudante del ama de llaves. Esta mujer, cuando conoció a Anesina, dudó en dejarla en la casa porque era muy joven. Sin embargo, Zoilo fue suficientemente contundente como para imponer su posición y Anesina, quedó como ayudante del ama de llaves por un año, hasta que fue enviada, por sugerencia del ama de llaves, al convento de las carmelitas descalzas, a seiscientos kilómetros de Piedra Linda.

Años más tarde, una muchacha de 34 años, Anesina Namur, regresó a Piedra Linda, trabajando con una pareja de protestantes, quienes ignoraban su pasa-

do. Nada les había dicho de su origen; tampoco de su vida anterior. Pasaron muchos años. Ahora vivía en ese pueblo sin ser identificada. Pero fue allí, donde encontró a Dagoberto y conoció en silencio a Linda Mapala, convertida en una anciana.

Dagoberto en su infancia fue uno de los mejores dibujantes de la zona; su destreza motriz y su especial concepción de la naturaleza y el arte lo llevaron a tallar en madera y mármol a edad temprana. Aseguraba que para lograr la inmortalidad, debíamos entrar en el mármol, y ponía de ejemplo a los grandes maestros neoclásicos como Canova y Bernini a quienes admiraba y emulaba. Como es lógico, nunca pretendió esculpir la sensualidad de Venus y Marte; o las mágicas figuras de Cupido y Psyche. Pero reafirma a sus más cercanos amigos que era posible, con una buena constitución muscular y el manejo presto del cincel, esculpir una *Paulina Borghese* o la *Magdalena Penitente*. Anesina admiraba al escultor y también su historia. Sabía de Rudecinda. Anesina era ahora una mujer muy bella. Con delicada indiscreción y admiración observaba cómo Dagoberto paseaba sus bellas estatuas en el carro de madera tirado por la abnegada mula Dunka. Ella lo definió como El carro del amor. Conmovida diariamente por esa imagen, suspiraba cuando espiaba detrás de las cortinas blancas. Pasaba el carruaje con la figura estoica del artista, el hombre destinado a recrear imágenes y mitología para las generaciones futuras. Emuló de Bernini aquel tratamiento especial del mármol para semejar textura en la piel o delicados trazos en rostros. Desprolijo, con su ropa empapada de polvo, se paseaba despreocupado por las calles. Muchas veces, ella lo esperaba sin disimulo en el portal de su casa, para ofrecerle un botellón de agua fresca o unas mazas caseras hechas con sus propias manos. Dagoberto aceptaba ignorando su belleza a pesar de que Anesina se preparaba diariamente con sus mejores pren-

das para llamar su atención. —¡El hombre de mármol! ||, pensaba, suspirando cuando lo veía alejarse. Anesina soñaba con ese escultor mayor, porque para ella, el amor no tenía un tiempo, sino un momento. Anesina consideraba que después de tres finadas, llegó su turno y, seguramente, rompería el hechizo de alguna mujer cargada de maldad que había condenado a Dagoberto. Como su gentileza exagerada al paso de Dagoberto por el frente de su casa no produjo efecto alguno en el viudo, Anesina, decidió aprender escultura y le pidió a Dagoberto clases en forma particular, a lo que el artista asintió con indiferencia y estableció dos días a la semana con tres horas diarias para tomar lecciones. El primer día concurrió Anesina nerviosa, asustada. La recibió la criada Linda en la puerta del taller mirándola — sin reconocerla—, desconfiada a pesar de que Anesina no dejó trascender sus intenciones. Pero sucede que las mujeres descubren entre ellas con más facilidad la verdad. Linda, con sus largas décadas entregadas a Dagoberto, sospechó — intuitivamente— desde el primer día, que Anesina estaba decidida a quitarle nuevamente su lugar; pero esta vez con una diferencia: la jovencita encontró a una anciana decidida a todo. Linda Mapala cumplía sus primeros 98 años. Su nombre no condecía con su aspecto: pequeña, con un ojo blanco, dos cejas despobladas, su dentadura amarillenta y con varias piezas faltantes que quedaron en ese siglo de vida sacrificada. Las manos se veían delgadas, afiladas, con las uñas estriadas, chatas y frágiles. Sin embargo, no había perdido la fogosidad de sus años pasados. ¿Amaba esta mujer? ¡Sí, amaba! Amaba a Dagoberto desde hacía muchas décadas; tal vez, desde cuando descubrió que el niño a su cuidado se había transformado, en poco tiempo, en joven y luego en hombre. Su vida transcurrió en esa tarea.

IV

Linda Mapala y el cementerio

Linda Mapala nació en los pantanos; una zona misteriosamente lúgubre, húmeda y cálida. Los padres de Dagoberto la encontraron por casualidad junto al aguazal espejado. Era una niña—mujer delgada, joven, con lenguaje desconocido. Astuta, alerta, desconfiada. La primera reacción que tuvo, fue esquivar. Saltó con facilidad felina y trepó por el tronco de un generoso árbol cuyas ramas colgaban como serpentinillas a pocos centímetros de sus pies que cuidadosamente mantenía en el agua, descansando del asedio del barro. Los forasteros asombrados por ese gesto de brutal agilidad, quedaron absortos de ver cómo esta joven coordinaba sus manos y pies como los monos. Linda, una vez lograda la altura de seguridad, observa con delicado asombro. Los padres de Dagoberto quedaron acampando en la base misma del árbol donde desplegaron su carpa y enseres, preparándose para una espera natural, no forzada. Colocaron algún alimento sobre una mesa desplegada y un botellón de agua, a espera de la curiosidad de la joven que naturalmente se fue acercando ante la indiferencia de esos extraños. Bastaron tres días para que ella tocara cada elemento del camping que los forasteros pusieron como señal de amistad. Poco tiempo después, los tres compartían alimento y líquido, con singular displicencia. De allí en más, se llevaron a Linda, sumándola a la familia, integrada luego de haber aprendido los quehaceres domésticos de una casa civilizada. Aprendió el idioma y dejó de expresarse con gestos. Linda dio ese paso espontá-

neo a la civilización gracias al encuentro fortuito con aquellos extraños que transitaban sacando fotos de animales exóticos que habitaban en los pantanos.

El nacimiento de Dagoberto despertó el instinto natural de hembra. Linda lo cuidaba, lo protegía y estableció un vínculo extrañamente cercano hasta que el correr de los años decretó que el pequeño Dagoberto era un hombre. Ese mismo día, Linda se dio cuenta de que algo más sucedía; a partir de entonces luchó férreamente por él, pero en silencio, contra las tres esposas finadas. Con la primera, muerta por ahogo, ella colocó bajo la nuca cerdennio molido, usado en la selva para matar animales de gran volumen. El polvo grisáceo no podía ser diferenciado de un polvillo natural en cualquier piso de madera o mosaico. Con la segunda esposa, —muerta por rascado—, se encargó de darle una infusión de Portutarca, sustancia líquida —preparó el brebaje como té—, incolora que potencia la acción de los venenos animales. Con Rudecinda, no pudo hacer nada porque ella murió por accidente. No se puede afirmar que ella asesinara, pero sí, que por sus creencias y manejo de yerbas naturales, favoreció la mala evolución. Con Anesina, su mala acción no se limitó al uso de yerbas; incrementó su venganza. En esta oportunidad, le robó a Anesina su pañuelo, se lo llevó a Mocho, quién lo olfateó hasta odiarlo. Esto trajo algunas consecuencias, como la de ser detenida por el perro en la puerta, amenazada con morderla si entraba. Linda veía desde la ventana su obra y agradecía a Dios, haber amaestrado el perro.

Sin embargo, la acción se volvió en su contra. Al observar Dagoberto la actitud del perro, lo ató y colocó a Linda a cuidarlo durante las dos horas que Anesina pagaba para aprender a esculpir. Linda no podía contener su enojo y trató muchas veces de cambiar la conducta del perro; pero ya era tarde: Mocho adquirió ese vicio de odiar a esta joven mujer. De manera que tuvo que darle su propio

pañuelo para neutralizar este odio, con el consiguiente resultado contrario. Ahora era ella la odiada por el perro, mientras la joven se paseaba por el taller y los jardines con Dagoberto en franco tren de seducción.

Cuando Dagoberto se dio cuenta de las intenciones de Anesina, recomendó suspender por un par de meses su aprendizaje, como una medida adecuada para tomar distancia. Dagoberto permanecía aún muy confundido y dolido por sus finadas esposas. Aunque reconocía que esa joven mujer alteraba sus sueños. Dagoberto estaba decidido a terminar la escultura de su última esposa. —Es mi prioridad ||, sentenció. Anesina dejó tres meses de concurrir.

Dagoberto tardó tres meses en esculpir a Rudecinda. Había logrado inspirarse abruptamente. La imagen de Rudecinda inmortalizada en mármol produjo en Dagoberto cierto bienestar, porque, sin duda, era Rudecinda la que permanecía estática, con mirada serena y alerta. No le costó cincelar el cuello y parte del rostro; el último mes se dedicó a los ojos y boca, que no podía reproducirlos por la imagen póstuma que vio —al reconocer el cadáver. Sin embargo, Dagoberto completó su trabajo y pulió las otras dos esculturas, para que las tres tuviesen el mismo color y misma textura. Linda Mapala aprovechó los descansos de su patrón, para prender velas y humedecer la escultura con sales de Burtta —rascada de acantilados y laderas—; colocó además, debajo de cada base, papeles con leyendas contrarias a sus ex patronas escritas con tinta de cerdo, para evitar que descansasen en paz. Linda consideraba que había sido humillada en estos últimos años, al ser descubierta su devoción por Dagoberto. No obstante, Anesina continuó acudiendo a sus horas de escultura sin importar la opinión o las actitudes de Linda. Sabía de sus celos, como así también, que le haría la vida imposible para que no frecuentara a su protegido.

Dagoberto tenía mucho trabajo Los pobladores encargaban sus esfinges. Él las reproducía sin inconveniente y también cobraba lo suficiente como para reponer mármoles y tener para gastos. Los días que no enseñaba, los dedicaba a trabajos fuera de su taller: domicilios y también cementerios. A esos lugares Anesina no concurre. Un escultor de su calidad y de su capacidad, no puede quedar librado al azahar, porque los mármoles también son para los muertos: arte en lápidas blancas. Esa tarde Dagoberto trabajó con entusiasmo tratando de inmortalizar no solo las palabras póstumas señaladas por los deudos, sino también la imagen del finado tallada en mármol; antes, lo hacían en piedras grises y blandas, hasta porosas; otros con moldes de barro cocido y los menos con aleaciones de metal fundido en hornos caseros. Ese día, el calor y los rayos del sol hicieron dificultosa su tarea y luego de varias horas soportadas estoicamente, creyó conveniente un descanso. La sombra escasa obligó a buscar un lugar para reposar; no había otro que un importante y antiguo panteón a su derecha, con la vieja puerta de madera abierta. «Visita obligada», piensa Dagoberto. Entreabrió las dos hojas de madera respirando un aire viciado y húmedo, observó cuatro ataúdes apilados como libros en estanterías de madera en los costados de la bóveda. Al centro se destacaba una pequeña mesa rectangular, cubierta con una gastada loza azulada y despulida; con dos candelabros plateados, manchados por la cera derretida de velas inexistentes. Pasó su mano suavemente notando una fina capa de tierra, recordó cuando le contaban cómo vendían polvo de los cementerios y cenizas de urnas, para explotar los muertos. Con su pañuelo limpió la superficie y, trepándose, se estiró sobre la loza con cuidado. Las dos piernas quedaron colgando, pero el fresco del mármol confortó su espalda. Colocó su campera enrollada a modo de almohada y lentamente quedó dormido en esta posición, entrando en un extraño sopor.

No era frecuente que Dagoberto utilizase bóvedas para descansar, pero esa vez el agotamiento y el calor lo llevaron a invadir el recinto sagrado. Acostumbrado a imágenes marmóreas, nunca le afectaron las bóvedas; tampoco los cementerios. Al contrario, muchas veces acudía a estos lugares en busca de descanso y reflexión. Las esculturas de sus ex esposas permanecían a la intemperie sin importar el impacto del sol. Esas esculturas siempre lo acompañaban, aún, en sus trabajos más delicados. Ellas sabían que no requerían cuidados especiales. Dagoberto tuvo un sueño extraño. Una pequeña mujer de sotana marrón le llama con gestos; con su mano derecha le indica el camino para que él se acerque sin peligro, porque un increíble abismo sin fondo lo separa de ella y solo una rama gruesa de árbol seco cruza el vacío para comunicarlo con esa imagen bondadosa, entusiasta y atenta. No se escucha sonido alguno y toda esa visión se aprecia claramente sobre un fondo naranja intenso. Por el cielo, pasan amorfas nubes marrones sin detenerse, como si lo estático de la mujer contrastara con un movimiento insólito de vientos que a ella no la afectan. Solo se desplaza el cielo. Dagoberto se ve a sí mismo cruzando con sumo cuidado sobre la rama del árbol gigantesco, siguiendo las indicaciones de la mujer vestida de marrón. Cuando él cruza toda la rama, ella se acerca sonriendo, estirando sus dos manos, las ofrece a Dagoberto en señal de amistad y también de apoyo; queda un último espacio, separa la punta de la rama con el vacío del precipicio. Dagoberto dirige su mano derecha y logra tomar ambas manos de la mujer. Un estremecimiento lo sacude, como si hubiese tocado la punta de un rayo del cielo. Su cuerpo se enciende con una luz blanca muy intensa. A partir de ese momento, el cielo naranja se transforma en colores brillantes que cambian de tonalidades. La mujer vestida de marrón lo abraza y en su oído murmura: -Yo te bendigo, muchacho || . Dagoberto atinó a corresponder al abrazo en

agradecimiento por haber sido ayudado en ese paso final, sintió una profunda paz interior al primer contacto. Sin darse cuenta se encuentra flotando entre nubes marrones sin la compañía de esa extraña mujer a quién nunca pudo ver claramente su rostro. Dagoberto durmió tres días, en la madrugada del cuarto, se retiró con extraña sensación. Tres días completos en un cementerio escasamente visitado, por ser días no laborales. Pocas horas después, como es natural, el personal de mantenimiento ingresó a sus tareas habituales.

Al cuarto día el encargado del cementerio, Hércules, un extraño hombre del silencio, advierte —en esa bóveda— la puerta entreabierta. Se asoma; descubre sobre la mesa una imagen extraña, semeja un cuerpo humano cuyos rostro y manos brillan. Piensa en una visión maligna. Cierra bruscamente y sale corriendo para dar parte a seguridad; poco tiempo después llega una patrulla. Hércules los acompaña, luce una palidez intensa; un sudor frío en la frente brota sin cesar. Llegan a la bóveda. La puerta cerrada; las manijas de bronce despulidas, la pintura verde sobre la madera de la puerta da mala impresión. Hércules mira a los policías sometiéndolos a un interrogatorio silencioso. Espera le den la orden de abrir. Uno de ellos indica con su mano que lo haga. Hércules abre con temor la puerta. Su mano tiembla. Sobre el mármol gastado azulado no hay nadie. Esta vacía. La cara del encargado es de asombro. No coincide con los policías que atinan a enfundar sus revólveres y mirarse con signos de despreocupada burla. Hércules entra buscando en la mesa o en las estanterías algún detalle de su visión anterior. No hay nada. Pone su mano sobre el mármol azulado y con expresión casi de alegría grita:

—¡Toquen..., está caliente!

Los policías ponen la mano sobre la mesa. Notan que efectivamente la temperatura esta más elevada, se miran un solo instante antes de exclamar:

—¡Y...? —Ambos le dan dos palmadas de consuelo y se retiran en silencio.

Cuando Hércules queda solo, todavía sin poder moverse, observa el féretro del medio. La tapa esta entreabierta. Presuroso, sale a buscar a los policías. Ya no están. La curiosidad puede más, introduce la pequeña barreta de acero que cuelga de su cinturón de cuero entre las dos superficies, haciendo palanca. La abertura permite entrar luz natural; el cajón esta vacío. Suelta la barreta y lanza un grito. Sabe que no hay nadie más en el cementerio. Lo cuida hace treinta años, esa bóveda pertenece a los curas jesuitas. Puede asegurar que había cuatro ataúdes de larga data; pero ahora, solamente son tres los cadáveres. Falta uno: el cura Zoilo. Así lo certifica la placa de bronce. No hay peor castigo para un cuidador de cementerios que se escape un cadáver. Hércules sabe que ese pequeño detalle será su desgracia, porque el alma del finado lo perseguirá para siempre. Un ánima sin cuerpo en reposo es igual al demonio, la furiosa venganza por su negligencia hace que piense en escapar de ese lugar por un tiempo. Hércules traficaba en el cementerio. Una vez terminada la ceremonia y los deudos abandonaban el lugar, él se encargaba de quitar las coronas de flores, negociaba los arcos, la ropa, las alhajas olvidadas y los dientes que extraía uno a uno para venderlos a los estudiantes de odontología. Lo que debería ser un descanso en paz, se transformaba en el saqueo del finado. Hasta el féretro es cambiado por uno de baja calidad. Hércules se acostumbró a convivir con los muertos. Se lo conoce como un hombre solitario de raras actitudes, pero nadie se ocupa de él. Hércules se retiró a la misma hora de siempre, apesadumbrado por lo sucedido.

Las actitudes de Dagoberto cambiaron desde aquel sueño de tres días. Supo que durmió tres días, porque al despertar y regresar a su casa, Linda, alarmada

y sin dormir, le reclamó a Dagoberto su ausencia de tres días. Dagoberto sin dar importancia al comentario y ataque de histeria de Linda, subió al dormitorio, se dio un buen baño. Mientras lo hacía, pensaba que si realmente había estado ausente tres días, tendría hambre y sed. Al repasar esos hechos, se enjabonaba. Observó sus dos manos decoloradas. Lucían muy blancas, del mismo color que la toalla o la sábana. La decoloración llegaba hasta los codos, de allí en más, el color era normal. Se dio cuenta de que algo había pasado en esos tres días. De repente, una sombra se proyectó en los azulejos del baño: el rostro de Zoilo se dibujó con absoluta claridad junto a una mujer cubierta de tela marrón. En un momento dado ambas imágenes quedaron quietas, paralizadas; hasta que el brazo derecho de la mujer se despegó de la pared, extendiéndose lentamente hacia Dagoberto. Un brazo cubierto de tela marrón, la mano de esa mujer se abre y cae una medalla con una imagen santa. Una de sus caras tiene grabado el rostro de Dagoberto; y la otra, cubierto con una sotana marrón, a Zoilo de la Cruz. Las medallas religiosas no son amuletos de buena suerte. Son sacramentales, llenas de simbolismos, como la medalla milagrosa con la Virgen parada en la mitad del mundo implica poder sobre las naciones, continentes y sobre todas las almas. Lejos estaba ésta de ser una medalla de ese tipo, para ello, debían ser bendecidas. Sin embargo, Dagoberto entendió que era una premonición.

Linda tocó la puerta, interrumpiendo la revelación; sin entrar, le dije a Dagoberto que Anesina había dejado un recado.

—¿Cuál? —preguntó Dagoberto, dudando.

—Que se fue de viaje —respondió la mujer y se retiró. E

Efectivamente, Anesina dejó de concurrir a sus clases. Dagoberto no se animó a preguntar su destino. Estaba seguro de que había cumplido una etapa en

ese lugar y sintió una rara e imperiosa necesidad de viajar. Debería cruzar el mar, era el preciso mandato que había recibido. Alguien dirigía su destino. Se abandonó en esa dirección. Por otra parte, la imagen de Zoilo aparecida tan misteriosamente en compañía de esa mujer de túnica marrón y la medalla despertó en él un sentimiento sublime, casi místico, que se fue acentuando en las semanas siguientes, previas al viaje. Una extraña mística que implicará el grado máximo de unión de su alma a lo sagrado, durante su existencia terrenal. Sabía que podía generar milagros. Dagoberto pasó horas estudiando compulsivamente imágenes de santos; había una rara atracción obsesiva. Sus esculturas comenzaron a tomar formas de cruces. Dagoberto retiene en su mano una tela marrón y una herida en la palma de su mano derecha. —Un estigma || , piensa conmovido. Una herida no percibida por dolor lineal y sangrante lo subyuga.

A partir de ese día, un comportamiento extraño invade a Linda; su aislamiento se acentúa y durante la rutina de sus plegarias, tiene raptos de violencia injustificada. Los celos la enfermaron hasta llevarla a la ridiculez en sus actos. Pero ahora, el odio y necesidad de venganza —un estado desconocido para ella por su origen y por sus años— la invaden con voracidad, como si fuese una enfermedad sin cura que se agrava día a día, llamando la atención de quienes la rodean. Pero todos coinciden que probablemente la causa sea una demencia senil, por sus años.

V

Zoilo. Su historia

Zoilo de la Cruz era joven cuando tuvo la primera aparición de la Virgen. Muchas vírgenes aparecidas milagrosamente a humanos viajan como leyendas por el mundo. Algunas de ellas merecieron su confirmación. Otras, como esa de las imágenes que aparecieron en las cacerolas, tenedores y cucharas, fueron desechadas. Zoilo asegura que en la cascada de agua, la Virgen se descolgó. En la mitad de su viaje al vacío quedó absolutamente quieta; dice el joven Zoilo que no puede precisar si tenía un halo de luz rojiza o llamas. Pero sí identifica la baba verdosa y amarilla que cae de los pies de la Virgen. El rostro iluminado mira al joven que quedó boquiabierto observando ese fenómeno sin ansiedad y con absoluta admiración. Las aguas convirtieron la cascada en gruta y en esa gruta, la Virgen intacta, con sus túnicas secas, mueve sus brazos dirigiéndolos hacia Zoilo y le habla en un idioma que él no comprende, pero asegura que tiene un contenido musical agradable. Tanto, que no movió sus pies de la piedra lisa que aflora a superficie en la orilla del río. En pocos minutos, esa imagen se encendió con una luz tan blanca, que Zoilo tuvo que cubrir sus ojos con las manos, porque le provocaba una irritación extraña. Así estuvo presente la Virgen, hasta que con palabras más claras pronunció su nombre y le dijo, en castellano:

—¡Tú eres el elegido! Es tu deber consagrar tu vida a Dios.

Zoilo esperó que esa imagen desapareciera y que la cascada de agua cubriera nuevamente la gruta misteriosa. Cuando todo volvió a la normalidad, Zoilo

sin apresurarse se arrodilló y se persignó. Su rostro está distendido, invadido de paz; su boca muestra una sonrisa de contagiosa bondad. El milagro se ha producido. Él lo supo en ese momento. Zoilo regresó a su casa tarareando una canción desconocida; al llegar, anunció sin preámbulo a su familia que sería sacerdote. La madre llora desconsoladamente, es feliz. Su padre salió bruscamente asustado a la calle. Está absolutamente confuso.

No tardaron sus vecinos y los vecinos de sus vecinos en enterarse del milagro, y por cierto, de quién había sido bendecido. Largas filas en la vereda de gente deseosa de tocar al infante santo se hicieron presente y pidieron por sus enfermedades, salud, trabajo y fortuna. Zoilo solo colocaba una mano en la cabeza del poblador, y ordenaba que se retirasen en paz. Con estas palabras los inválidos caminaron; los sordos escucharon; los mudos hablaron; los idiotas se volvieron inteligentes y los tontos, sabios. Zoilo llegó al seminario envuelto con ese manto de santidad, vestido con una túnica blanca, que su madre había confeccionado con una costosa sábana. El cuello, bordado con su nombre y también el de ella. Los pies calzan sandalias de cuero, prendidas por hebillas doradas. Los primeros meses, Zoilo peca de silencio; diariamente asienta su cuerpo en la pared de su habitación, abre los brazos y llora sin parar. Luego de una pausa, ora y las palabras se dibujan misteriosamente solas en la pared con sus lágrimas, como si fuese una extraña tinta china. Al poco tiempo, las paredes de esa habitación están manchadas regularmente con sangre y organizadas en palabras pulcramente escritas en latín; idioma que no habla ni escribe. Sus compañeros no tardaron en informar a las autoridades del seminario esta novedad, el Director y cinco sacerdotes vocales concurren presurosos a esa habitación. Leyeron silenciosamente cada oración

escrita y en forma progresiva se arrodillaron asustados, buscando encontrar una explicación racional a algo que indudablemente no la tenía.

—Zoilo será un problema de Fe — dijo el Director emocionado.

Ellos no tardaron en sospechar que ese milagro sería una posible buena fuente de ingresos e inmediatamente pusieron en marcha la remodelación de la celda del infante santo para las sanaciones y fundamentalmente para recaudar donativos. Zoilo obedece porque ese es su destino. Así transcurrieron tres años, hasta que la iluminación celestial se fue apagando a causa de los malos pensamientos para dejar a Zoilo desconsoladamente solo. La luminosidad en su rostro quedó abolida; sus manos, que antes sanaban, comenzaron a ser cuestionadas con palabras, más tarde por frustraciones acompañadas de piedras e insultos. Los mismos que agradecieron antes con fervor, empuñan esas armas caseras del reclamo.

Las autoridades del seminario decididamente comprendieron que la etapa milagrosa del joven seminarista había terminado; pero, como ya estaba por ordenarse, decidieron promocionarlo meses antes enviándolo a un pueblo que no tenía posibilidades de conocer su historia. Lo destinaron a Piedra Linda, un pueblo curiosamente aislado e ignorado por el mundo. El seminario logró que la furia de los feligreses se fuese marchitando.

Zoilo comenzó un nuevo camino, esta vez sin protección divina, abandonado en una sociedad absolutamente extraña. Pertenece a la orden de los jesuitas. En su habitación modesta cuelgan dos únicos cuadros: Angulo y Burzana, los primeros curas de esa orden que pisaron el Río de la Plata. Su llegada incómoda y resistida, como era de esperar, por dominicos y franciscanos. Pero su misión está claramente decidida en ese pueblo. Él, convencido del apostolado, enfrentó todos los inconvenientes. Las creencias de ese pueblo sobre el alma contradecían sus

convicciones, pero tuvo que aceptarlas en un comienzo. Ellos afirman que las almas errantes se manifiestan en ardillas sagradas y permanecen en libertad custodiadas por pobladores que semanalmente visitan y ofrendan rezos y alimentos. Las avellanas quedan en el suelo. Las ardillas, temerosas por naturaleza, observan desde la altura sus manjares y bajan a retirarlas cuando la multitud se retira. Únicamente Zoilo es aceptado. Los pequeños animales juegan encima de su cuerpo, festejando el contacto humano. Zoilo habla con ellas; las bendice y ora para que encuentren a corto plazo nuevas formas humanas, como el lobo blanco, habitante desconocido por pobladores, que recorre una y otra vez los senderos de las avellanas. Se acerca mansamente a Zoilo, para finalmente quedar a sus pies. Espera su bendición final. Esa especie prácticamente diezmada por el hombre tiene varias leyendas que Zoilo relata a sus amigos a modo de profecía: la Tierra se está muriendo, y cuando la civilización humana se desmorone, la flor de la Luna mostrará a lobos blancos que encontrarán el camino al paraíso. Nunca nadie contactó ese lobo blanco. Tampoco está permitido hacerlo. Es un lazo misterioso con el más allá y así lo tomó. La primera vez que vio ese enorme animal avanzando hacia su persona, quedó paralizado; después, se convirtió en rutina. Una vez bendito, se disuelve; desaparece, y en el lugar tibio del piso, queda una hoja de papel blanco, escrita con fuego. El mensaje apocalíptico. Un lugar habitual de Zoilo para las oraciones, esta cerca de una pequeña abertura en la tierra que comunica una vez atravesada, con un recinto oscuro, grande, habitado por murciélagos que cuelgan su ceguera en el techo. La cueva huele a tierra húmeda. Una gotera en el medio de ella cae mansa sobre una pequeña laguna de agua helada. Es tal vez, el lugar más protegido que cuenta Zoilo para cumplir sus penitencias y rezar oraciones cada vez más misteriosas, selladas por la lectura de ese mensaje en latín deja-

do por el lobo blanco. Las cavernas: semeja la matriz materna. Cavidades sombrías, de límites invisibles, habitados por animales extraños y huraños, son el recinto elegido para las prácticas subterránea de brujerías en otras épocas. Entrar en las cavernas es reencontrar su propio origen. Las visitas diarias al atardecer, de Zoilo, alegran criaturas del bosque. Se siente reconfortado y comienza poco después, a tener nuevamente alucinaciones ópticas y acústicas en la oscuridad de esas cavernas: apariciones de santos, mensajes de voces extrañas que dicen lo que él debe hacer. Tomó también la costumbre de bautizarse con esa agua helada y bendecirla. Llena botellas para llevar a su iglesia. Periódicamente rasca sal de las paredes; la come en acto de penitencia. Es su secreto. Nadie en la población sabe su existencia y menos aún de esa comunicación milagrosa con animales. Zoilo no tarda en ganarse la confianza de los pobladores. Su resignación ante la ignorancia de esa gente y su voluntad de cambiarla permitieron que ese hombre entregado a su misión, gane amigos, y también enemigos. Estos últimos, no son muchos; pero sí peligrosos, porque sostienen que Zoilo es en definitiva un demonio. Allí comprendió que la vida es más bella aún de lo imaginado. El universo y el mundo. El tiempo—momento y el futuro. La vida y la muerte. El sentir y desear. La magia lo habita. No tener bienes y deseos de riqueza, más que una defectuosa distracción, obedece a una forma de vida distinta, que no es reproducible por voluntad, es innata, insalvablemente perenne, a pesar de y con el pesar, que ello implica. Compara los que tienen de más y los que nada tienen: serán iguales en su final, pero distintos en la vida. Son carne, hueso y agua: en la riqueza y en la pobreza. Zoilo súbitamente decide vivir en la montaña y a ella acude como una muestra más de su estado místico.

VI

Cadáver encontrado

Tal vez no somos conscientes de los cambios, los vivimos sin darnos cuenta. Sin advertir como pasan rápidos los años en la vida. Todo es tan ágil y lento a la vez, que las transformaciones se dan cuando los calendarios acumulan hojas vencidas y tiempo. Los pescadores tienen una personalidad especial, y si de algo pueden jactarse, es que el tiempo para ellos no existe. Pueden estar horas tirando líneas, y días, esperando el cardumen. Son pacientes, y a su vez, obsesivos. Seleccionan la pieza que pueden llevarse como trofeo y devuelven al agua pescados pequeños. El mayor del grupo nunca pensó que ese día encontraría un cadáver. Un día de descanso pescando en el río, el joven revisa el lecho del río una y otra vez, hasta encontrar los movimientos rápidos y elegantes del cardumen. Allí espera con paciencia que su línea de pesca atrape la voracidad de los pejerreyes. No consiste solo en abandonar el anzuelo con carnada: tiene que lanzarlo una y otra vez, con suavidad; con dedicación y majestuosidad aprendida, para que la cuchara dorada, o la mosca, gire llamando la atención de los peces. Ellos sí son ingenuos. Persiguen disciplinada e insistentemente ese objeto metálico hasta que alguno, cansado de nadar, abre la boca y queda enganchado. Lucha contra una tanza que se estira, el pescador lo lleva lentamente hasta sus pies. Una pequeña red lo levanta acompañado del grito triunfal: –¡Lo pesqué... casi un kilo!‖, repite exultante mostrando a sus amigos la presa conseguida. Luego, desprende el pez y lo embolsa en su mochila. Es un buen pescador, respeta a los peces pequeños que devuelve a la corriente, antes que sus branquias dejen de moverse –¡Sigue tu vida!‖, senten-

cia regresando la línea a la zona profunda del río. En un momento dado, su caña se dobla con una resistencia superior a la normal. La curiosidad pudo más. Sabe que cuando la cuchara engancha ramas o piedras profundas debe meterse en el agua para destrabarla; pero al acudir al lugar de anclaje se da cuenta de que había pescado una camisa a cuadros que tapizaba un cuerpo. Al principio quedó confundido, asustado. El movimiento de su mano derecha es independiente de su vista. La mano tironea la línea, mientras sus ojos tratan de ver la profundidad. El cuerpo completo está fijo, con una piedra atada en la cintura. Tiene en su boca una cinta pegada que seguramente tapó gritos de auxilio. Los ojos permanecen fijos, brillantes, asustados y sus dos brazos están girados hacia su cintura, enlazados con una sogá cerrada atrás de su espalda. Una sogá mayor rodea la cintura y de ella, sale una pequeña cuerda que se enrosca en la piedra que sirve de ancla. Las dos piernas están juntas, los tobillos trabados, un tiento de cuero las une. No supo al comienzo qué hacer, se quedó mirando asombrado ese hombre ahogado que ha perdido su nombre y procedencia. Es un habitante de las profundidades del río. Pero indudablemente, no pertenece a ese lugar. Observa cómo el cabello se agita parejo, ondulante, como si fuese lo único que quedó vivo en la muerte. Calculó que no tendría más de cuarenta años y se ve poco vigoroso. ¿Quién es? ¿Qué pasó? ¿Cuánto tiempo lleva en el agua? Se da cuenta que está a pocos centímetros del finado, atina a gritar a sus compañeros:

—¡Un muerto! —y agita sus dos manos tratando de hacer creíble su hallazgo, porque los amigos respondieron burlándose casi al unísono:

—¡Nosotros también! —Lo consideran chiste viejo.

Sin embargo, los gestos y gritos se fueron incrementando. Al misterioso llamado de auxilio, ambos amigos comenzaron en silencio a converger al lugar

donde ese muchacho había quedado. Los tres amigos se pararon rodeando el cuerpo sumergido de un hombre y al lado un perro hinchado. Miran curiosos, asustados, sin una sola palabra. El más grande optó por dirigir al grupo sugiriendo la orilla para poder decidir qué hacer con el macabro hallazgo. Los tres, parados sobre piedras, se miran sin saber en realidad qué hacer. Buscan alguna repuesta. Están quietos, sin emitir sonido alguno. Los minutos siguientes, fueron para que nuevamente el joven que había descubierto el cadáver dijese:

—¡Tenemos que sacarlo!.

—¿Para qué? —preguntó el amigo—. ¡Es mejor que todo quede como está! —aseguró mientras se sentaba en el borde de la piedra—. Lo que debemos hacer es llamar a la policía. ¡No lo toquen más!

Los dos amigos se miran, aprueban la sugerencia y parten en la camioneta rumbo al pueblo más cercano: Piedra Linda.

La comisaría esta frente a la plaza principal. Tiene una entrada bordeada de álamos y al fondo, una casa californiana con dos puertas abiertas, un pasillo da a un patio de macetones con plantas de colores. Las puertas del pasillo, abiertas de par en par, dan a un escritorio donde un policía mira distraídamente por la ventana.

—Encontramos un cadáver —anunciaron solemnemente.

El agente los miró con asombro, entrelazó sus manos y guardó absoluto silencio.

Los tres se miran. Respetan el silencio.

—Y bien, ¿cuál es la denuncia?

El más joven con voz segura afirma:

—¡Encontramos un cadáver en el río! —. Acto seguido, ante la sorpresa del agente, comenzaron a relatar detalladamente el incidente. El policía toma los datos más importantes mientras ellos continúan el relato, teclea su máquina tratando de acentuar en letra más oscura las repuestas que más interesa al caso. Por algo es la autoridad.

—¿Lo conocen? —les preguntó mirándolos a los ojos.

—¡No! — aseguró el joven pescador—, se enganchó en el anzuelo de una caña.

El policía se hizo presente con el cuerpo de bomberos; los ganchos romos trajeron el cadáver a la orilla. El jefe de policía, Prudencio, acostumbrado a esos avatares inmediatamente reconoció el cadáver. El conocía a todos los habitantes de las zonas rurales y, sobre todo, a los notables de la zona. No dudó un instante cuando el cuerpo fue colocado boca arriba.

—Creo que es el Cura extraviado —dijo con voz grave—. Ha sido asesinado —murmuró al sacarle la cinta de la boca—; los rasgos están borrados, la piel está grisácea, pastosa, hinchada. Un gran tatuaje en la espalda semeja a un guerrero, armas blancas en sus manos. Una fortaleza de músculos tensos de colores y unas correas nítidas, pero el resto no se distingue con claridad por el estado friable de la piel. ¡La Mierda! —exclamó y pidió al fotógrafo policial sus primeras instantáneas.

El fotógrafo toma panorámicas del cuerpo y luego los tatuajes zona por zona, como si siguiera un camino misterioso. Prudencio está acostumbrado a los tatuajes, pero el de este hombre ocupa toda la espalda. Ignora que a Zoilo se le hubiese dado por hacer estos desajustes, pero coincide que pudo hacerlo en su juventud. Los tres pescadores que habían explicado detalladamente cómo lo hab-

ían encontrado, ahora en silencio; se dan cuenta de que ninguno de los policías les cree.

No hubo reclamo del cuerpo por parte de ningún familiar; tampoco de la Iglesia —no se dio por enterada. Dos feligreses, compungidos por el abandono, decidieron montar un modesto velorio. Una vivienda humilde, un recinto en penumbra y un cuerpo con el cajón sellado. Solo una cruz en la pared y un pequeño cartel que dice: —Aquí se reza por Zoilo ‖. Día y madrugada, el salón desierto. El muerto se vela a sí mismo. Un hombre delgado regresa al pueblo; camina distraídamente por la calle y encuentra el velorio. Las puertas abiertas permiten visualizar un féretro, dos velas, un banco largo y sillas vacías. Por curiosidad se acerca. Como no hay nadie en la puerta, entra desconfiado. Un olor nauseabundo en toda la sala lo descompone. No conoce quién es el finado, hasta que lee sorprendido Aquí se reza por Zoilo. Ve el cajón sellado con un grabado en la madera que dice Zoilo QDP. No hay una sola corona de flores; tampoco quien lllore al muerto. Esa soledad que puede sentirse cuando se ha sido abandonado invade al hombre delgado. No solo no hay un solo familiar, sino que tampoco hay amigos y menos aún los feligreses, por los cuales Zoilo había entregado prácticamente largos años de su vida. El hombre delgado se retira lentamente no sin antes tocar el cajón con cierto desconsuelo. Regresa a la calle cuando comienza amanecer y decide que es el momento justo para abandonar ese pueblo antes de entrar, porque es a él a quien están velando. Ha sido realmente un privilegiado en la vida y asiste a su propio funeral. Abandonar los hábitos no le fue difícil. Lo difícil es acudir a su propio velorio. Zoilo, desilusionado, decide ser un hombre sin destino. Sin Historia. Va zigzagueando por un camino desprolijo. Deja atrás Piedra Linda. En realidad, la decisión de ingresar a un nuevo mundo es toda un incógnita para él; Piedra

Linda esta alejada de la realidad. Es un mojón olvidado de la historia. El mundo cambió sin que Zoilo se diese cuenta, es ahora cuando ingresa al nuevo mundo. Piedra Linda que lo cobijó hasta el final de su funeral que fue el detonante. Nadie reclamó el cadáver. Las autoridades del cementerio decidieron colocarlo en la bóveda con tres finados frailes. Su cuerpo será el número cuatro. En el panteón de los Jesuitas, el encargado del cementerio se ocupó de acomodar los cuatro cajones y colocar la plaqueta por las dudas la iglesia pida explicación por la incorporación del nuevo cadáver. El encargado, un hombre robusto, sonrió al terminar de acomodarlo. Los féretros de la iglesia no los comercia por temor a ser excomulgado. Conocía al cura muerto y como es natural se enteró de quién lo encontró, en dónde y del comentario de Prudencio sobre el tatuaje en su espalda. Cerró la puerta del panteón y festejó el entierro con una extraña felicidad. Ya tenía la fama de raro en el pueblo. Vivía en el cementerio, codiciaba los féretros, los muertos eran para él una necesidad en su vida y les hablaba, los tocaba, sentía una excitación superior y sus sentimientos estaban cercanos a ese límite natural con la muerte.

VII

El nuevo mundo

Zoilo dejó Piedra Linda. No tiene conocimiento de la transformación sufrida en el mundo exterior. Al conocerla, se plantea una serie de interrogantes y temores, conversa con vecinos y trata de entender esa vertiginosa carrera al futuro. La sociedad está regida ahora por gobiernos virtuales, obedientes, claro, a un or-

den internacional que maneja finanzas y modos de vida de todos los países. Hubo épocas en que los cambios se denominaron capitalismo, comunismo, desarrollo, subdesarrollo, globalización, capitalismo humanizado, etcétera; tantos nombres para llegar a este final tan hostil para los ciudadanos del mundo. -¿Eso querían?... ¡Allí la tienen! ||, piensa Zoilo. Libertades, abolidas y aceptadas. -¡Una sociedad domesticada, dócil, supervisada por satélites que garantizan resultados! ||, reflexiona. Abolidos los gobiernos locales, se facilitó en el mundo un poder indiscutido, sin fronteras, sin banderas, sin monedas, sin nacionalidades, sin cultura propia. Ahora se llama: Ciudadanos del mundo. -¡Están sometidos al poder y también a la esclavitud! ||, sentencia Zoilo. Por ese motivo, todos los movimientos de resistencia al modelo impuesto desaparecieron mediante avances tecnológicos en áreas específicas: Reproducción / Educación / Salud / Medio ambiente / Agua / Alimentación y fundamentalmente conocimiento. Los nacimientos con dolor, que la Biblia decretó en sus largos siglos de hegemonía, fueron reemplazados por Plantas Maternales Automáticas de Reproducción Humana. Úteros mecánicos, programados para garantizar la fecundación, crecimiento fetal y entrega del producto final: Un niño sin sentimientos, técnicamente listo para incorporarse al nuevo sistema social controlado y al hogar que lo encargó. -¡Futuros hombres y mujeres esclavos! ||, reflexiona Zoilo. Les incorporan chips de sometimiento cerebral que define el grado de sumisión para el resto de su vida. Las experiencias en educación de esos productos han sido durante siglos contradictorias. Más educación: más reclamo. De manera que las escuelas desaparecieron. Fueron reemplazadas por Programas de Formación Individual Domiciliaria en Red. Nada de concentrar niños y jóvenes en aulas. Los gastos de educación están resueltos por los programas de integración y uniformidad intelectual. Nadie sobresale sin estar avalado por el

imperio dominante. La Salud; asistida mecánicamente mediante Centros Automáticos de Diagnóstico—Tratamiento robotizado. —¿Existen enfermos?—. —No: funcionan crematorios voluntarios para simplificar—. —¡Todos sanos!—, duda Zoilo asombrado. —¿Y los ancianos?—, pregunta. —Los ancianos cruzan voluntariamente

el Arco de Desintegración—, contesta el vecino y completa la información: —Permitido para mayores de 85 años—. El deterioro en la capa de Ozono ¡por fin llegó a su máximo esplendor! Es tal su magnitud, que nadie puede programar un día de campo y menos aún .de sol. Los pocos habitantes que aún insisten en esa olvidada práctica, están calcinados. —¡Destruyan plantas, promuevan la deforestación!—, sonríe Zoilo dolido de impotencia. Las sociedades se manejan de noche; evitan radiaciones solares letales. Los paseos virtuales se realizan en domicilio, viajan virtualmente, conociendo todos los secretos del mundo, en unos minutos con videos de recuerdo elaborados masivamente por el Imperio. Algunos de ellos, como el de áreas forestales, son todo un símbolo, ya que los bosques destruidos por el hombre llegan a las dos terceras partes del total. Disminuyó el oxígeno del medio ambiente, con los consiguientes impactos ambientales. En las esquinas de todas las calles hay surtidores de oxígeno sintético, para mantener el nivel mínimo en sangre. —¿El agua también?—. —Sí... el agua, reflexiona un vecino, —se transformó en el líquido máspreciado y cotizado—. Su propiedad desató guerras de exterminio, para quedar finalmente bajo control estricto del poderoso, quien raciona y distribuye el líquido según las pautas de consumo calculado por habitante: establecidas en un litro por día para el mundo subdesarrollado. —Litro, ¿escuchas?—, se burla el vecino. El dinero reemplazado por tarjetas diferenciales del fondo monetario con un gasto calculado a la perfección, con los nuevos índice de pobreza y desempleo per cápita, con distribución a dos sectores básicos de la sociedad some-

tida: tarjeta Súper Dorada, para la clase elegida por el poder que representa el dos por ciento de la población mundial, y la tarjeta sub.—Lata para la clase dominada, que es nada menos que el noventa y ocho por ciento. Una distribución ajustada a la realidad. —¿Y el alimento? ‖, pregunta Zoilo. —En cápsulas balanceadas recicladas de deshechos ‖, replica el vecino. —Así se transformó tu mundo ‖, comenta satisfecho de ver una población aislada, marginada, ignorante. Ríe Zoilo. Más habitantes, más controles, más leyes que ordenen, repriman. Las diferencias sociales son abismales. Los habitantes se comunican únicamente por celulares. Se admiran

a sí mismos en pantallas planas y viajan silenciosos por ondas cibernéticas de anestesia social por el espacio. —Sí, esos aparatos pequeños reemplazaron la palabra ‖, aseguró triste el vecino, y explicó cómo las mandíbulas humanas se atrofiaron por falta de uso. —No mastican, no hablan, la lengua desapareció de la boca, anudando silencio ‖. El mundo navega en páginas Web, transportadas por satélites

de consumo masivo. ¡Ah, el mundo! Sin oferta de trabajo, sin salud, educación, voz, alimentos balanceados y un pueblo ausente de sentimientos se ha establecido para siempre. Desapareció el dolor pero también la alegría.

Un gigantesco embudo emergió en el centro del mar, absorbiendo con furia una atmósfera extraña y descompuesta. Tiene más de sesenta kilómetros de alto. El Huracán se traslada lentamente hacia la costa; atrapa en su ojo cilíndrico, veleros y lanchones de pescadores en su recorrido, succionados sin límite, como si fuese un vampiro hambriento. En otro lugar, las islas fueron borradas por gigantes olas, los vientos arrancaron ciudades y pobladores. El imperio, a su vez, esta dedicado a invadir países, apropiándose de sus recursos. Las guerras en distintos lugares no se hacen para ganar: sirven como excusa para matar. Mientras el

hombre se destruye, la naturaleza ha comenzado a protestar. Zoilo decidió que ese

mundo no le pertenece y que no es su lugar, ni su guerra, ni su obligación. Esto reforzó su idea de entrar al mundo del mendigo.

El extraño contexto mundial

Inocencio Mundorreal y Cristina Della luz se encontraron sin haberlo premeditado; nadie puede predecir el futuro y algunos, apenas recuerdan el pasado. Ambos abrazaron desesperados a su madre, demostrando el cariño rigurosamente inserto en las fibras de sus cuerpos. Ella está muerta. De muerte rápida. Una muerte arbitraria e inconsulta, y como siempre: injusta. Y como todas, tan rápida como los últimos estertores incapaces de salir del asombro. No tuvo tiempo suficiente para balbucear un adiós o un... hasta pronto. Tampoco, para encargar a sus deudos un petitorio de reparaciones, que siempre dejan los moribundos para el final de su vida. Reclamos de secretos guardados por el dolor. Secretos del alma. Secretos, secretos. Muchos secretos. Ella permanece estática, ausente, rígida, fría como las estatuas de Ágreda, que solo atinan a permanecer impávidas en los reales sitios de Aranjuez, solo para estar y decir existo. También, para ofrecer una imagen en un espacio de tiempo condenada a estar ausente, privada de una agonía que le hubiese permitido al menos, retener unos segundos para sí misma, esa etapa silenciosa muy privada. Le han faltado respeto a su vida, y si ella pudiese regresar a su vigilia perdida; seguramente, lamentaría no tener más recuerdos; o peor aún, carecer de una imagen lejana de algún amor, que siempre le había sido negado por su vida rutinaria e insensible. Que tragedia la de esta madre. Quién hubiese pensado que esa vitalidad, ostentada en vida, hoy fenece. Fenecía, fenecía. Muchos fenecían. La madre despide un mundo transformado por acción de la ciencia en una inter-

minable y casi inmortal vida, para caer hecha polvo en un basural, o una cloaca. Esa misma comunidad científica que le permitió concebir, hoy renuncia miserablemente a mantenerla viva, sin explicación alguna, aduciendo que en la ciencia el dolor no existe; existen resultados. Y ella es su ejemplo más cercano. No le preocupa de manera alguna lo que pudiesen decir de su triste, mecánica y rutinaria vida. Es como si el corazón fuese de acero. Tampoco espera rapidez para el olvido. Ha sufrido, pero nunca llorado. No pudo ver sus hijos desconsolados a su lado, y menos aún, sentir las palmas de sus manos acariciándola, tratando de darle consuelo. Consuelo, consuelo, ya sin consuelo fenecía. Muchos de los presentes sospecharon que la muerte obedecía a una lucha subterránea por el reparto de un interés feroz; o a poderes económicos insertos en un mundo donde ella jugó un papel fundamental sin saberlo. Hasta que un día comprueba, sin argumentos claros, que es un ser desechable, prescindible y descartable. Es abandonada del dócil modelo de sometimiento, sin posibilidad al reclamo. Ella es, tal vez, la expresión más fría del sistema. O peor aún, su resultado. Su resultado, su resultado desechable. Lo cierto es que su vida ha terminado. Sentenciada a desaparecer, sin haber dejado huellas importantes que le hubiesen gustado legar para acompañar el dolor de sus descendientes. Sin embargo, las armas siniestras que mantienen el filo de una espada invisible están en manos de uno o varios hombres, que sin tener la menor voluntad de perdón la condenaron —con la misma serenidad y efectividad de aquéllos que pertenecieron al octavo coro de los espíritus celestes— a su muerte. Muerte al filo de la espada. No debe haber mayor castigo para un moribundo que despedirse huérfano de amigos y, también, de enemigos; porque estos últimos, a pesar de la distancia que la muerte ocasiona, dejan un vacío para el odio difícil de cubrir rápidamente. Amor y odio conviven en la caliza impura del alabastro al ser

tallado por el mismo cincel de la vida. Vida, vida en el alabastro. Inocencio y Cristina juntos por primera vez. Curiosamente, en esa etapa desconocida para ellos, -la muerte ||. El fin de una existencia que paradójicamente los mantuvo separados tanto tiempo sin saberlo. Sometidos a un aislamiento permanente y ahora, convocados ante el final sin pecado previo. Sin excusa. Anónima e invadida por el desconsuelo. Sin pecado, sin pecado la Venus de Milo. Inocencio, el hombre delgado de carnes mezquinas que nunca acompañaron la armonía de sus huesos, está allí, con toda la carga del velorio. Un hombre discriminado. Así es él. Identificado con la figura ridícula del desgarbado, el tonto, el feo, el opa. Acostumbra a vestir ropas de género texturado con colores vivos e intensos, bolsillos laterales parchados por pura intuición, para servir de alforjas. Usa guantes de cuero rotos y lleva un paraguas abierto para cubrirse del ozono. Sus tic, impactados en el rostro, le dan un aspecto quijotesco, fantástico y creativo. Es un absurdo. Babea cuando se desconcentra y los fluidos caen lamiendo el pecho mansamente. No es un ser libre: a veces hace cosas que ni él mismo entiende, solo las hace, como si una orden extraña lo obligara. Bendecido trágicamente por muecas y su torpe fealdad, compensado por una aguda inteligencia y una vasta imaginación. Babea, babea... el Demócrito de Rubens.

Cristina en cambio llega casi a la perfección: delgada, de curvas pronunciadas en quiebres mágicos permiten que los senos resplandecientes broten de un valle de piel transparente; sus piernas rectas, talladas por el orfebre, terminan en el pequeño tallo naciente del tobillo articulado a un pie delicado, condenado a la danza. El cabello negro naufraga en la cintura, cuando quita ligas de colores que sostienen caprichosas posiciones de las medias caladas en hebras negras. Los glúteos, esas dos lunas sin amanecer, mantienen la firmeza de una esfinge. ¡Sí!,

esfinge diosa de Clará, sometida a una desnudez pétrea. Ellos son una contradicción genética perfecta: belleza y repulsión, nacidos de esa madre que los convoca para abandonarlos sin haber tenido algo de piedad, en el reparto estético. Sin piedad, sin piedad, como en los Templarios.

Recuerda Inocencio cómo transcurrió su niñez y adolescencia en lugares educativos distintos y lejanos, donde la vida se mantiene en penosa y permanente defensa, pero jamás —y esto lo llena de orgullo— abandonó la rutina de visitar a su madre semanalmente. Eso solo justifica su existencia. Es como si la muerte de un ser querido perdiera dolor al saber que uno le dio cariño en su vida. Así pudo verla y cuidarla, cubriendo sus necesidades y afrontando su triste existencia en esa trágica sentencia de nacer para morir y morir para nacer. Nacer por irrupción de Eros.

Cristina, pobre Cristina, doce años internada en escuelas especiales le impidieron mantener esos lazos afectivos. —Debes ser una mujer sin sufrimientos || , repiten sus tutoras. El afecto quedó como una materia pendiente y le costará mucho tiempo superarse. Ese día de duelo, ese día de dolor al que todos habremos de llegar, fue para acompañar a un hermano en el duro trance de la partida, que se realizó sin palabras de homenajes, sin recordatorios y sin demostraciones de dolor. Dolor, dolor, calor, sabor. Ninguno de ellos pudo ofrecer un nombre a su madre, la llamaban _Mam‘. Tampoco podían adornarlo con un apodo, porque su madre en definitiva era el número 256.348 del Modelo L., fabricada por Industrias maternas La Magnífica Ilusión. Magnífica máquina de ilusión. Un Modelo, una máquina. Ilusión, ciencia. Una multinacional rescatada y rematada por empresas americanas luego de la última reunión de accionistas donde decretaron su quiebra. Se resolvió eliminarlas por considerarlas úteros mecánicos defectuosos. Defectuosos,

sí, defectuosos como ella. Su madre era una máquina más de metal platinado, delicadamente torneada en sus bordes. Perteneció al modelo que revolucionó el mundo en su momento, hace ya varias décadas; cuando la humanidad era primitiva. Primitiva, primitiva, muy primitiva. Esto puede entonces considerarse la historia de amor metálico, o una enternecedora lucha entre el corazón y el tornillo, que difícilmente pueda el lector olvidar o separar de sus vicisitudes. El técnico encargado de ejecutar una sentencia de muerte es un verdugo implacable, obediente a la orden de sacarla del mercado. Está atento; sus manos al acecho, simulan dos tenazas, listas para desprender el cordón que llega al enchufe. Murió al ser desenchufada. Triste final. Allí nació el conflicto. También la condena. La historia debe ser estudiada para comprender más tarde el porqué de esas vidas paralelas de Inocencio y Cristina, recorriendo este camino.

La guerra desatada por el loco americano ha destruido indirectamente el futuro del útero mecánico sin saberlo. Porque el caos energético se decretó justamente cuando el abuelo George Bush (h) que fue presidente de los EEUU ordenó bombardear Afganistán, Irak, Siria, Egipto e Irán, aduciendo que los islamitas estaban elucubrando un ataque a fondo contra Nidos Maternales Americanos. Justamente cuando esos modelos maternales eran promocionados como líderes en el mundo, los fanes georges han desatado una guerra santa contra el Islam, a quien responsabilizan de planificar la destrucción de sus nidos uterinos. Eje del mal... eje del mal. Busch inició una furiosa guerra santa contra el Islam; decide también programar a sus nietos para sucederle en la presidencia. Tom Bush (nieto) ejerce ahora esa magistratura. ¡Ah...! esos Bush interminables están decididos a perpetuarse en el poder porque los nidos maternales americanos generan, entre otras cosas, soldados para imponer la paz mediante la guerra. Bush y sus descendientes

sin soldados no son nada. Los soldados sin Bush siguen siendo soldados. Bush consciente de esto, se enfurece. ¿Si habían logrado perpetuarse en el rancho de Texas, por qué no en la presidencia? se pregunta en sus noches de insomnio. Los Talibanes en el poder en Afganistán, desde Kabul, amenazaron a quienes ayudasen a los americanos a recuperar los modelos mecánicos condenados. Los moudjahidines habían nacido en esas unidades maternas anteriores, incluidos los nietos de Osama Ben Laden, buscados en las montañas por haber seducido a las virginales niñas Bush. Hasta en Bagdad, en plena dictadura de Sadam, había clínicas maternas americanas funcionando con modelos similares. Allí se gestó el primer nieto del famoso Ben Laden y Sadam. Habían sido el producto final, lanzado al mercado por La Magnífica Ilusión con todas las garantías de equilibrio psicológico y físico. Es cierto que Ben y Sadam —como los llamaban afectuosamente los americanos, cuando aún los consideraban sus hombres de confianza— eran sus hermanos. Los habían entrenado para luchar contra los rusos, pero habían tenido un defecto en el chip de la lealtad y furiosos, enarbolaron la bandera de guerra santa contra la multinacional americana y el gobierno alcoholizado de Bush. Cuando derrumbaron las torres gemelas en las mismas narices del poder, manifestaron su descontento. Pero esto fue la excusa perfecta para la guerra desatada luego por el americano: mataría miles y miles de musulmanes en forma Preventiva contra posibles fabricantes de productos químicos letales a sistemas de consumo de unidades maternas y atentados contra la empresa La Magnífica Ilusión, empresa que el primer Bush había fundado antes de su guerra lanzada contra Hussein en Irak, allá por los años 2002. Ben Laden en esos años cava túneles transcontinentales para escapar y frustrar al implacable poder americano, tan profundos y largos son esos túneles, que cruzan continentes enteros. Huyeron miles de kilóme-

tros llevándose cientos de modelos maternos por laberintos subterráneos, eternos de sombras. Ben... Ben... Sadam... Bush. Sadam (nieto) se apropió de Arabia Saudita –Capricho de mi abuelo ||, dijo y una estrella más en su bandera. La Magnífica Ilusión tiene además del negocio del petróleo, gas sumado a la planta de máquinas maternas, donde ha nacido la descendencia Cheney, el ex vicepresidente del imperio a comienzos del siglo veintiuno. En esa oportunidad, Bush adujo similares razonamientos mientras Júnior es tratado con abstinencias de alcohol por alucinaciones y convulsiones espasmódicas que deformaron aún más su mente. En forma obligatoria fue internado en una clínica de desintoxicación, donde se dedica a matar insectos en forma preventiva. Persigue moscas hasta encontrar sus nidos y ferozmente se come los huevos. Saborea sus fluidos y asegura eliminación de larvas. –Sin huevos no hay moscas ||, repite triunfante paladeando su nueva comida. Abuelo Bush bombardeó Kabul e Irak, buscando lo que en realidad no sabe. Bombardeó por las dudas. Sin embargo, Sadam escapa llevándose varios modelos maternos arrebatados a sauditas y come sus planos, triturándolos con una mandíbula envidiable, libre de caries. Piensa abuelo Sadam, que al comer los planos, se come el imperio. Pero no fue así. Solo comió papel. Come planos, traga el papel... deglute el sistema. Sadam mandó construir túneles subterráneos en Bagdad para cumplir la función de hombre—ductos de salvación y guardó los modelos uterinos americanos para cambiarles los chips de obediencia, prometiendo la gran revolución contra el imperio angloamericano. Se encerró con sus máquinas que gestaban descendencias liberadas a la espera de los veinte meses de gestación. Paralelamente, Bush júnior sigue matando la flora y fauna del hospital y sus alrededores, saboreando una nueva ideología, esperanzado en expandirla y apoyarla tecnológicamente. En ese entonces, el impacto en el medio ambiente fue tal, que

ameritó una comisión investigadora para evitar la desaparición de insectos. Así nació esto de la guerra preventiva en el rancho de Texas de los Bush, en la clínica, y en la presidencia de su alocado hijo, que puso en marcha su frase más importante: Prevenir es matar antes, no importa a quién. Bush júnior no perdonó que Saddam ridiculizara a su padre cuando le envió la foto de él y Ben Laden abrazando una de sus máquinas y señalando con su dedo índice el enchufe que prometían manejar de por vida independiente de técnicos del imperio. En ese momento no era vulnerable el proyecto maternal, porque sencillamente no existía. A pesar de ello, ya se gestaba en forma secreta otro Bush —nieto—, para continuar la nefasta dinastía. Prevenir matar... matar es prevenir.

Inocencio y Cristina son entonces partícipes de esta historia que tangencialmente los compromete. El Imperio Angloamericano, a pesar de haber tenido señales premonitorias treinta años antes de los ataques, no lo tuvieron en cuenta. Décadas antes les habían dado indicios concretos de los peligros potenciales a los que luego calificaron como enemigos identificados en los Ejes del Mal, acusándolos de intentar apropiarse de La Magnífica Ilusión Así fue que los Americanos no supieron interpretar la destrucción de las torres gemelas por dos aviones controlados por islamitas adictos a la Coca Cola como una señal; ni el Pentágono encontró relación entre aviones, torres gemelas y máquinas maternas. En nombre de la paz, están muy ocupados en matar gente en otras latitudes. El Pentágono había fallado por error de inteligencia, luego reconocido por Powell —nieto— desde Washington, cuando mandó a construir otra pared, transformándolo en Sexágono, por eso del tercer sexo tan promocionado por Bush declarado, en su momento, santo patrono por la comunidad gay americana. El recinto fue pintado de rosa pálido y los muebles de oficina tenían plumas de gansos gay. La empresa

constructora había sido contratada en forma directa recayendo en el sobrino de Bush (Boy) y la nieta de Osama, Fortuna Laden. Ellos habían logrado superar los antagonismos creados por sus tíos y abuelos. El dinero de los Laden provenía de Osama —abuelo—, humilde estibador de origen yemenita, que logró convertirse en el mayor contratista de obra en Arabia Saudí, incluida la fábrica más grande: La Magnífica Ilusión bajo control americano. Él odia esto, pero lo acepta, porque ha jurado hacer fortuna. En cada ladrillo incrusta su nombre para que lo recuerden y, en el cemento que los une, escupe para recordar su odio. Powell —nieto— recuerda cuando los Estados Unidos administraban armas y financiaban a Ben Laden para frenar el avance de los rusos en Afganistán y en los países árabes. —Eran nuestros aliados ||, suelen repetir en los auditorios que ahora escuchan palabras de guerra. —Nosotros siempre luchamos por la Paz...||, repiten; mientras un vietnamita mutilado lo mira buscando su prótesis. Un otoño, desde la misma ciudad de Cal- vino, Ben había pronosticado que luego de echar a los rusos edificaría un estado musulmán y se apropiarían de todo. Paz... luchamos por la paz. La Magnífica Ilu- sión ha generado hasta ese momento experimentalmente bebés LMI, inhumanos, torpes y hasta crueles que viven obsesionados por enchufes. La sociedad está en realidad obsesionado por terminales eléctricas, todo se genera a partir de un toma- corriente. Notables personalidades iluminan galerías de la empresa, con cuadros donados para ser expuestos en forma virtual a usuarios del sistema, así lo demues- tran fotografías en posturas orgullosas y desafiantes. Tienen una placa de bronce certificando el modelo de madre mecánica que ha gestado el funcionario. Una de esas fotos históricas es el bebé Blair con una bomba portátil como sonajero, en- vuelto en pañales Thatcher en homenaje a la dama de hierro, pirata del siglo XX. Blair (h) nació de un modelo experimental de La Magnífica Ilusión por casuali-

dad, ya que su máquina había tenido un inconveniente. Una rata gris se introdujo, sin que la ciencia se diera cuenta, en su ambiente y contaminó sus neuronas. Por eso le temía a la sentencia de sus opositores, cuando le vaticinaron que moriría como rata. Fue también igual que su padre, un primer ministro inglés encantado con las guerras. Nene Blair... nene... La empresa competidora de La Magnífica Ilusión es una empresa China llamada en el mundo comercial Oriente Vive Para Siempre, especializada en modelos mecánicos portátiles rurales; porque China ha descubierto una nueva energía alternativa, en base a urea humana, recolectada en orina de hombres púberes orientales. Naturalmente ningún país puede discutir la supremacía China con más de 1.500 millones de habitantes orinando tres veces al día para generar energía propia. En el mundo capitalista, las orinas están mezcladas ideológicamente en sus orígenes; eso dificulta su recolección y uso. Hace muchas décadas el muro de Berlín se ha derrumbado; aún así, las orinas no reconocen los muros Sharon. Él había exterminado al pueblo Palestino con anuencia de Naciones Unidas. El ex muro de Berlín, abandonado y desaprovechado, le dio posibilidad de comprarlo como estaba y así, trasladándolo a Medio Oriente para construir su propio muro para inmortalizarse. Sharon sostiene que los pueblos se pacifican cuando los muros de cemento los separan. Cuidó de hacerlo lo más extenso posible en bien de la humanidad. Sharon en su infancia se entretiene en dividir las habitaciones de su casa con tabiques, aduciendo que lo hace para que la familia viva mejor. Cuando puso el primer ladrillo, fue expulsado de esa vivienda, juró entonces que cuando fuese adulto tendría su muro partiendo Palestina. Las ideologías estaban aún latentes. Debemos sumarle que los hombres del mundo musulmán después de la locura Bush habían decidido dejar sus orinas en los arenales de la tierra santa, como protesta de los crímenes angloamericanos. Los angloame-

ricanos no tenían atentados contra orino—ductos porque los islámicos consideran la orina capitalista fluidos contaminados. Tampoco fueron capaces de frenar los atentados contra oleoductos y gasoductos que en algún momento ilusionaron a los empresarios de la guerra, entre ellos el ex vicepresidente Cheney que brindó con los petroleros el mismo día de la brutal invasión a Irak en esas décadas pasadas. Cheney es el producto final del modelo experimental que trató secretamente de generar empresarios exitosos sin escrúpulos. El modelo capaz de producir una progenie empresaria desnacionalizada que pudiese homogeneizar al mundo, con una economía sin culpas, aun en los genocidios. Empresarios sin culpas. El imperio... el imperio avanza sin pausa.

Lo cierto es que Inocencio y Cristina, nacidos de un mismo modelo y ahora unidos por el dolor, deciden hacer sus reparaciones emocionales después de este terrible acto, cambiando Chip del dolor. Acudieron a la clínica de reparaciones emocionales con tarjetas mantenimiento de salud global y consultaron en cajeros médicos automáticos la necesidad de usar el servicio de emergencia. Una vez reconocida su clave secreta, entran al programa de Opciones para una vida mejor, donde consultan una larga lista de enfermedades emocionales. Encuentran justamente la buscada: Duelo por pérdida de máquinas familiares, elementos personales o androides. Las tarjetas de salud han permitido mantener la población en un nivel de equilibrio emocional más que aceptable y por ende, un grado de paz social exitoso por esclavitud. Decidieron la opción Estabilidad Emocional sin Rencores (por aquello de haber conocido al técnico que desenchufó el modelo maternal). El problema lo tuvieron para decidir en el menú de opciones sobre la preguntaron: ¿Usted desea saber el saldo de estabilidad emocional sin rencores? ||. Allí dudaron; era una de las preguntas más temidas por los usuarios, porque los bancos

virtuales aplicaban jugosos intereses a ese rubro tan consultado. Cada vez que el capitalismo afloja en la bolsa de valores, suben sus intereses. Sin alternativas, utilizaron la tarjeta para cambiar estado emocional, porque la angustia del enchufe había hecho mella en sus corazones. Chips...Chips... el mundo de los Chips. Salieron como lo relata el narrador en ese estado de exultación, y ambos prendieron sus celulares para comunicar a los amigos y enemigos su cambio. Para eso, hacen colas eternas en los cargadores de celulares que funcionaban en todas las esquinas de la ciudad. No hay semáforos, solo cientos de enchufes donde ciudadanos enajenados portan cables de baterías. Ya nadie habla entre sí, todos lo hacen por intermedio de teléfonos portátiles. Los celulares pueden generar alternativas en la comunicación, como enviar mensajes en palabras cruzadas en distintos idiomas o cifrados eróticos aplicando el selector código erótico secreto, o enviar voz encapsulada al receptor, donde explota en la oreja con todas las palabras ordenadas en base a una central. O enviar imágenes ocultas inalámbricas con sensaciones incluidas y respuesta automática sin cargo. Ellos usaron la más económica a pesar de que tenían en el mercado los chips para reconvertir los problemas en soluciones. Inocencio y Cristina, acostumbrados a la comunicación virtual, se encargaron en pocos minutos de restablecer sus lazos afectivos y anunciar cambios. Celulares... el mundo entero es un aparato portátil.

La biblioteca

Paredes tapizadas de libros. Estanterías de madera vieja repasadas manualmente con delicadeza en todas sus salas, mesas artesanales y sillones de lectura. La Biblioteca. Contraste con la era cibernética; como si el tiempo no hubiese

transcurrido. Todo está como antes, como décadas atrás, incólume, resguardado del avance impiadoso de la ciencia. La Biblioteca, dirigida por un barbado hombre octogenario, demuestra ser el recinto de una gran cultura preservada. Es un sobreviviente de la era robótica. Se jacta de haber adquirido el conocimiento sin cables ni chips incrustados en la zona fronto-parietal del cerebro. Siempre muestra su cabeza encanecida para que vean que es un autodidacta. –Mi cabeza no ha sido perforada ||, repite.

Le llaman cariñosamente ‘Papiro’, por su edad; pero su verdadero y auténtico nombre es Alfonso McBrolí, descendiente de inmigrantes cuyos ancestros, de la Irlanda combativa, buscaron refugio en ese país. Papiro está acostumbrado a las preguntas y también obligado a dar repuestas. Es su trabajo, su medio de vida. Acompañado por su perro añoso, sin raza, constituyen una imagen indivisible (su leal seguidor, recuperado de la rabia por casualidad: mordió al veterinario, se la pasó y lo mató). Llegan ambos muy temprano; abren las grandes puertas de madera, las bisagras producen un ruido metálico, cotidiano. Acomodan los bancos rigurosamente en sus lugares. El perro se acuesta al lado del escritorio y se convierte en un observador del trabajo de su amo. Mira atentamente, sobre todo, cuando alguien se aproxima para pedir un libro o artículo especial. Sabe que el hecho de ser perro no significa ser tonto.

Inocencio, asiduo concurrente de la biblioteca, ha logrado una amistad interesante, y se queda a conversar muchas veces hasta altas horas de la noche, tomando café negro y comiendo bolillos de pan casero. Es el único momento en que su perfil destructivo desaparece, la bondad se mezcla en él con actitudes que desorientan a cualquier allegado. Encontró en Papiro o Alfonso a un amigo; es un hombre de gran experiencia que ha viajado por todo el mundo. Habla cuatro idio-

mas y es traductor de la Real Academia Española, que fuera destruida por los chinos, quienes le consultan sobre temas literarios e históricos. A veces, Inocencio habla en forma locuaz por períodos más prolongados que lo tolerable, quedando el anciano semidormido, asentadas sus manos sobre el mango del bastón. El hombre mayor registra las palabras por el timbre de la voz y automáticamente genera una repuesta coherente.

—¡Eh, Papiro! —le dice en voz alta Inocencio, moviéndole el hombro con su brazo derecho. El anciano reacciona ante la atenta mirada de su perro, cómplice a la hora del descanso. Alfonso ya le anticipó a Inocencio que nunca se prestará al proceso de congelamiento de cuerpo, una práctica desarrollada para los ancianos.

—Prefiero el dolor a la insensibilidad, muchacho. No aceptaré la bandeja de plata —le repite siempre que toca el tema. Dicho esto, con un alfiler clava sus muslos para demostrar cuán vivo está y cuánto de orgullo conserva.

Inocencio pide explicación al dolor. Con el sistema de tolerancia alterado, prácticamente desconoce el sentido mismo del dolor, o la reacción de la persona ante una situación de este tipo. Envidia al anciano a pesar de llevar una vida austera, propia y dolorosa; nunca aceptó su inclusión en los panales de viviendas, las viviendas tubulares de dos metros cuadrados. —Soy persona, no abeja ||, repite una y otra vez. El hombre de los papeles viejos, como le dice cariñosamente Inocencio, es un personaje único en esa jungla urbana, fría, aislada y acostumbrada al mutismo. Perro mira a Inocencio; Inocencio mira a Perro. Es un juego permanente y, también, un desafío.

—El perro piensa y también siente —sostiene el anciano, dándose cuenta de ese cruce de miradas. Inocencio considera que el hombre anciano tiene razón.

Y así, diariamente, comenta los avances literarios: los nuevos libros y poesías, y sobre todo lo importante que es mantener la libertad.

—La libertad cubre el espíritu muchacho, es la savia que nutre al hombre —sentencia el anciano cada vez que puede, mientras riega con cariño un pequeño arbolito colocado en una maceta muy cerca de la ventana ciega que está a su espalda.

—Este pequeño árbol tiene más años que mi perro; ellos dos son en realidad mi familia —comenta el anciano y muestra un libro— ¡Mira este libro! ¿Sabes de quién es? —le pregunta al joven reflexivo, desviando el tema.

—Sí, Nietzsche —responde el joven entusiasmado mirando la tapa del original de *Ecce Homo*.

—Bien, es un grande. Uno de los espíritus malditos de su época, este hombre era un genio, sin embargo lo invadió tempranamente la locura. Fue como una bacteria que lo disolvía diariamente hasta convertirlo en una cosa amorfa, vacía y lejana. Quienes lo aplaudían en su lucidez, terminaron masacrándolo con improperios y obscenidades en su demencia; era un hombre joven como tú, muchacho, vestido siempre de negro pero con una luz en la mente que por cierto terminó encendiendo sus neuronas —comentó el anciano mirando el libro y luego continuó—: A los veinticuatro años era ya catedrático de filología en la Universidad de Basilea. ¿Te das cuenta? —preguntó con asombro. Inocencio conoce su obra y también algo de su vida: —La generación de los malditos; sí, junto con el magnífico loco de la pintura: Van Gogh. Todos locos —piensa Inocencio, mirando al perro y ayudando al anciano a guardar los libros usados en la mañana ||.

—¿Los hombres sabios terminaron todos locos? —pregunta Inocencio.

—No todos; pero los genios sí. La locura es una consecuencia de pensar en el más allá, y no ser comprendido —remató el anciano agotado de su trabajo, mirando a la tímida joven que continúa sentada en el banco del fondo, investigando la pirámide de Snefru.

—¿Es antropóloga? —le pregunta McBroli, mientras Inocencio acomoda una traducción de *La Madre* de Máximo Gorki y observa a la joven, una linda mujer absolutamente absorbida por la lectura y sus apuntes.

—¿Quién es ella? —insiste el anciano.

—Cristina —responde Inocencio.

—¿Ese es su nombre? Curioso, ¿no? —comenta McBroli, mirando de reojo al joven.

Esa tarde Inocencio acompañó McBroli a la ría; previamente, se martilló los dedos y mordió vidrio para sentir dolor. No lo reconoce. Entonces decide llevar al anciano. Es una playa de arena gruesa, casi un pedregullo vistoso y brillante cada vez que la espuma del mar se retira silenciosa. El anciano está orgulloso de su amigo y también de su fiel perro. Los tres caminan por la ría viendo gaviotas que arquean su vuelo y caen en picada al encuentro de un pez que nada en capas superficiales. Cuando las piernas del anciano ceden al esfuerzo, abre una pequeña silla plegable de camping, se sienta mirando un horizonte tan lejano como sus sueños. Así quedan largo tiempo en silencio, uniendo la complicidad del encuentro. Perro, sentado a la diestra del hombre mayor, asiente cada vez que ríen por alguna ocurrencia del joven. —Piensa y siente||, razona en silencio Inocencio, mirando despectivamente al animal desparramado en el pedregullo. Por momentos, lo considera humano. En la orilla de la playa, a unos seis metros, ha calado un ave muerta, cubierta de petróleo negro, sucio y mortal. Inocencio se levanta, la rescata

de la marea para cuidarla antes de ser enterrada en el médano más cercano. El ave está moribunda; toda de negro, como asistiendo a su propio funeral. Abre y cierra sus ojos con pereza y agradece a quien la ha sacado del agua contaminada. El anciano observa esa imagen tierna de compasión y piensa que el joven no ha sido aún totalmente sometido al sistema. Lo nota diariamente. Cuando habla de sus cosas, sus rasgos humanos afloran espontáneamente. Está convencido de que por más que la ciencia invada el cuerpo, algunos sentimientos humanos sanos, son indestructibles e insobornables. Sonrió por su descubrimiento. Sin embargo, siente una profunda lástima por ese joven que no tembló ante la muerte del ave. –No se inmutó; percibe el dolor de otra manera||, piensa, y recuerda la sensación que tuvo al ver a Joseph Stiglitz y Noam Chomsky, cuando los encontró descerebrados por el sistema, vendiendo bananas en la calle, cerca de la vivienda de Jeffrey Sacks, quién negocia bonos latinoamericanos en su kiosco. Entes. Sonámbulos sociales. Se deprime. La vida le enseñó a ser paciente y a dejar muchas veces que el río de los tormentos curse por su lecho, sin intentar modificarlo. La naturaleza es sabia y por ende, lo que viene, se va y lo que llega profundamente, queda. Como hombre mayor, observa a estos jóvenes cibernéticos. Piensa que en algún momento la misma sociedad, transformada para la perfección, será quien decida, de alguna manera, su regreso al pasado humano doloroso, en donde el gozo tiene un lugar especial en la vida. –Un ave casi lo conmueve, pero el sistema lo tiene, en definitiva, atrapado en otras cosas||, piensa; mirando la escena del entierro. Al atardecer, el anciano rescata la belleza cuando el sol busca el bolsillo de la noche.

El color luz transforma el rojo del llanto al naranja, que se destiñe entre nubes sombreadas cada vez más de negro, hasta que en ellas impacta una luna brillante, asomada curiosa en la línea del horizonte eterno. El anciano corrió un mechón de

pelo blanco de su frente y aspiró la belleza con todas sus fuerzas, deseando que termine su vida ahogado en esa majestuosidad. Perro lame el rostro del anciano, trayéndolo nuevamente a la realidad. Están allí, son tres; la noche se acerca implacable. Es hora del regreso.

En cambio Cristina, no tiene grandes recuerdos de su infancia. Tampoco videos espaciales de la memoria. Ha sido internada de pequeña en un centro de recuperación del tiempo por problemas en los sistemas de conducción cerebral, a raíz de movimientos del modelo obsoleto, realizado por operarios inexpertos. No hubo secuelas, pero sí, una reprogramación de circuitos, que llevó más tiempo que el calculado. Sus defectos quedaron rotulados en las planillas de control neonatal, como de involución, con fuerte predominio de impulsos humanos autónomos. Esto habría producido desajustes, porque su llanto no seguía la rutina establecida. Tampoco su maduración motora que tendía a una independencia peligrosa. Recuerda Cristina el equipo electrónico al que era sometida diariamente, en su adolescencia, enclaustrada en una cápsula gigante entre gases de colores que le impedían ver hacia el exterior. Esto le había producido estímulos anómalos, tendientes a una investigación espontánea. Se interesó en época temprana en las pirámides, antigüedades y momias, que le despertaban sensaciones más que admiración. Los gases utilizados provenían de la incineración del clostridium del tétano, que al tomar contacto con neuronas rebeldes al modelo las paralizaba de por vida. Todo lo referido a impulsos de rebeldía, subversión, capacitación anti—imperio era lenta e inexorablemente destruido. Por eso, prefirió ser traductora de idiomas en la NASA. Pero en sus momentos libres, en realidad, ella se interesaba en leer material de origen clandestino sobre procesos de momificación como alternativa a la eternidad: desde las momias en el mundo hasta las pirámides de Snefru, Dachu,

Gizeh, Tenochtitlan, Chichén—Itzá y los templos del Partenón y la Mezquita de Santa Sofía. Todos ellos acaparaban su atención. Luego habría de encontrar tiempo para profundizar sus conocimientos. Dibuja columnas romanas, templos sagrados y las formas de las pirámides con una nave central, en donde está naturalmente ella como reina o una diosa; o tal vez, una sacerdotisa. Son sus sueños, su imaginación y su logro.

La imagen inocente y lánguida de segunda infancia y pubertad se transformó, en pocos años, en una hermosa joven de cuerpo esbelto y cabellera negra. Los controles, teóricamente, habían bloqueado el centro del amor y por ende el deseo. Pero por circunstancias desconocidas, por mecanismo de autodominio, Cristina sintió el cosquilleo de la atracción hacia el sexo opuesto. No podía, a veces, disimular la mirada hacia algún joven que se había colocado cerca de sus tableros de aprendizaje. La primavera la exaltaba, el invierno la fantaseaba. Cristina se siente sumamente feliz de haber conservado intacto y en secreto ese descubrimiento: está dispuesta a no revelarlo. Su primera menstruación la sorprendió de noche, su desesperación por ocultarla la llevó a inventar un tampón de una funda guardada. La consumió en esos días. Sangre roja. Una púrpura expresión de su revolución interna. Del cambio, de la tolerancia a la represión y temores. Cristina ya era una mujer y también corría peligro. Se refugió secretamente en la lectura: admiraba la maestría de Tolstoi, el caucásico hijo de la nobleza combatiente en la Crimea, que se aferró a la confesión, *La Guerra y la Paz* y *Ana Karénina*. Se apiadó cuando León escupe sangre de sus pulmones enfermos, cansados de respirar humos de guerras. La deslumbra Kafka, ese abogado tímido envuelto en tuberculosis, que convertía a su personaje Gregorio en escarabajo, y que era capaz de leer las historias de los pueblos en los paredones de las ciudades manchadas de

reclamos. Copió de Marcel Proust la habitación forrada de corcho para quedar aislado en su mente pródiga de escritos vomitados en libros que leía y releía integrados en *En Busca del Tiempo Perdido: Por el camino de Swann, Las muchachas en flor*, el turbulento *Sodoma y Gomorra*... Lloró cuando Friedrich Nietzsche quedó paralizado e impregnado en una locura interminable y muchas veces se identificaba con Lou Salomé, su amante compartida con el filósofo Ree. A ella, Friedrich le dedica sus diez mandamientos, proclamándose el anticristo y anuncia el nacimiento del Superhombre. El habla por boca de Zaratustra, y se da el lujo de anunciar la muerte de Dios. Su último libro quedó colgado de un recuerdo trágico al igual que su destino. Thomas Mann la despidió con la decadencia de *Los Buddenbrook*, después de haber viajado por *La Montaña Mágica*.

Cristina tomada por el nuevo sistema que reniega de la literatura y de los escritores problemáticos y conflictivos fue llevada a la clínica de reconstrucción mental para quitarle los recuerdos y sus lecturas y también su imaginación. La vaciaron y recargaron su depósito con sangre mental y neuronal según leyes establecidas en esa globalización en que el mundo se debatía aceleradamente. Su cabeza fue introducida en el cilindro de los sonidos hasta aturdirla, hasta que sus oídos transpiraron conocimientos ocultos eliminados como una cera líquida, gelatinosa, pegajosa que caía sin piedad alguna al suelo con líquidos ácidos vaporosos destinados a la eliminación mortal de cualquier signo de intelecto. Luego, la llevaron a las cámaras de vacío que terminaron de secar sus imágenes más codiciadas: sus memorias visuales. La pérdida de su memoria auditiva y el fin de la comprensión de las letras la dejaron con una paralexia espontánea. Sin dolor, pero sin pausa, fueron incorporando códigos y leyes y reglamentos y límites que el sistema toleraría, hasta llegar a su esfera sexual, en donde era programada para el acto y el

reposo. El sentir y el desear. El tocar y el ser tocada. Nada quedó de aquella Cristina encerrada en su habitación donde leía, pensaba y hablaba. Sin embargo, Cristina no está entregada, resiste sabiendo que algo falla en el proceso de destrucción mental; porque aún en las condiciones lamentables en que ha quedado, persiste una pequeña luz de intelecto. Ellos creyeron haberla sometido a esa limpieza intelectual, pero Cristina se adaptó en apariencia a su tarea de traductora; para esconder su secreto simulaba ser una mujer sin intelecto.

Los Jardines de McBrolí

El Bibliotecario, hombre de habla lenta, pausada, inundado de tics y muecas voluntarias cuando está frente a vigilantes del sistema que lo controlan. Quizás es el único que se ha salvado de los ácidos, de los vapores y de los lavados mentales. Se oculta tras una máscara sin reacción ante el orden o vigilancia de los Barridores intelectuales, atentos siempre a la detección de personajes independientes. Alfonso McBrolí, alias Papiro, estaba orgulloso de su estado y también de su perro; sostenía que era más inteligente que el Estado y más cuerdo que el hombre.

Alfonso vivía a pocos kilómetros de la ciudad, en una casa vieja de nombre y de estructura, con revoques abandonados a un destino de caída. No aceptó los panales de zánganos para vivir, por considerarlos denigrantes para la raza humana, o lo que queda de ella. Había colocado en el ala derecha de su terreno una pequeña pirca de piedra, que le servía para almacenar agua de una acequia abandonada. Había sembrado a su alrededor dalias, lirios y corimbos azules mezclados con parras y rosas trepadoras que invadían árboles buscando un sol que en aquel lugar se escondía de las orillas. Los nenúfares flotaban impávidos esperando

ser visitados por mariposas custodias de la belleza, como en el jardín de Giverny, con el que compartían el mismo festival de colores. La naturaleza ausente de inteligencia de progreso era recuperada por este hombre solitario, que resistía consciente su destino. Tanto llevaba leído que sus ojos eran capaces de traducir a idiomas diferentes, tanto los clásicos como los contemporáneos.

Alfonso ha reconocido en Inocencio al joven que supo ser él mismo décadas atrás, cuando se revelaba contra el sistema; y rinde pleitesía a Cristina por su belleza y transparencia. —Es una pareja||, piensa en las horas de insomnio cuando deja su pluma y mira por la ventana la oscuridad de las noches cerradas. No hay fulgores de estrellas o lunas y el amanecer está lejos de sus tiempos. La ventana abierta contagia el cuarto del hedor de la laguna y la ciénaga y clausura el pensamiento libertario.

Estamos como dijimos a lo largo de estos capítulos donde los Diez Mandamientos—Mientos se cumplen inexorablemente: se roba, se miente, se codicia la mujer del prójimo, se mata, se toma el nombre de Dios en vano. Es un mundo tan sincero, que no caben las dudas; tampoco las condenas. Inocencio y Cristina se han jurado amor, un amor irreflexivo, tenaz, mezclado con el frenesí del sexo y las fantasías ardientes del libertino. Pérfidos, fervientemente desalmados en su áurea amorosa, gozan sin culpas. Por eso, en este árido camino del amor se complementan en el plano afectivo y se alejan de lo que el sistema desea: su destrucción (lenta y progresiva). Inocencio, en sus permanentes ratos de ocio, se dedica a gemir con la o y la ñ; Cristina quiere especializarse con la x. Hasta en esto, el sistema ha triunfado y los ha puesto a competir por las consonantes. ¡Oh, qué perverso! ¡Qué tristeza vivir en ese mundo sin fronteras, sin futuro, sin luz!

Años hacía que el Vaticano, transformado en un gran casino de contados y poderosos millonarios, funcionaba como sala de juegos, donde repartían fortunas y territorios, jugados en pocas horas. La era de los papas había terminado abruptamente con las peleas mortales entre los cardenales. Todos murieron. El humo blanco se transformó en humo rojo, por la quema de sus capas purpúreas. Las religiones y las ideologías se habían licuado. Los gobiernos virtuales dominaban el mundo y era tal el grado de desintegración social, que los reclamos fueron dominados por la inercia, una inercia contagiosa, abyecta, vilipendiada, orientada a una decadencia que produciría apariciones de héroes. Esos estados masificados han dejado incólumes y aislados a ciudadanos que se nuclearon imitando a los cátaros y templarios. La tierra satanizada contrasta con las bonanzas prometidas por los cielos.

¡Oh!... los *bons hommes* resucitados del pasado, envueltos en misteriosos secretos del ayer, regresan para custodiar las famélicas almas perdidas en el materialismo controlado. Los herejes en acción. Los rebeldes artesanos de una tierra justa y sin pecados regresan de las sombras. Regresan desde aquellas condenas que Inocencio III, desató con sus cruzadas, hasta el exterminio de los infieles. Los concilios de Reims y Tours, olvidados en los años 1100, regresan con la vigencia de la furia mil años después. Los cátaros señalan con sus índices a los culpables: la Iglesia Ortodoxa, cegada por el temor, ha perdido su imperio cuando el pecado y la perdición se masificó por el mundo. Pecadores, insanos entregados a la lujuria, han desatado una guerra total, que llevó en su movimiento a curas y novicios. No pudieron frenar hogueras ni persecuciones, quedaron algunos escuálidos maníáticos vivos, y desde ese núcleo tan pequeño, al igual que ahora, comenzaron a agruparse nuevamente con la imagen cátera y de los templarios. Es el renacer de

los fanatismos y, también, su extinción por obra de una ciencia implacable, especializada en eliminar fuentes de oposición nacientes.

Nuevamente la historia presenta a sus dos oponentes irreconciliables: el corazón contra la razón. Los manifiestos resumidos en ‘Dios creó el Universo y Satanás, el mundo’ inundan todos los rincones de la tierra, ante el asombro de ciudadanos que no comprenden cómo pueden coexistir el diablo y Dios. El Nuevo y el Antiguo Testamento han sido eliminados. Tiene vigencia un Testamento Globalizado donde Dios y Satanás están reducidos a la mínima expresión. La máquina ha triunfado. La ciencia esta creando diariamente hombres, plantas, agua sintética y se ha lanzado a la conquista de otros planetas, colocando sus nidos maternos en todos los asteroides. Es la supremacía de la ciencia sobre la religión. Las monjas de clausura han sucumbido por la clausura eterna sin alimentos. Nada queda ya de esa religión que tanta influencia tuvo en el poder. Ahora, la obediencia está absolutamente consolidada.

Inocencio y Cristina habían sido tentados para ingresar a esos núcleos opositores, pero ellos prefirieron un anonimato inmaduro. Sin embargo, prestaron apoyo a lo que se consideraba la afrenta más grave al sistema: el rescate de documentos. Cristina pudo escapar de ese lugar y se internó en el mundo como mendiga errante. Inocencio sufrió el encierro por tres años y la tortura del rebelde, hasta que escapó con la ayuda de Alfonso. Se mantuvo escondido durante dos años más, encerrado en una habitación subterránea; pero su estado mental rayaba la locura.

Los amantes perdieron contacto. Ninguno de los dos supo del destino del otro y su suerte. Cristina perseguida por el Sistema; Inocencio escondido, humillado y enajenado.

VIII

El mendigo

Zoilo decidió abandonar los hábitos y, también, abandonar ese mundo transformado y mecanizado que generaba autistas dominados. También renunció a bienes y afectos.

Estuvo desvelado pues la noche se prolongó en una nube refulgente preñada de relámpagos activos que dividían los aires, aumentando la densa oscuridad a cada instante. Nube tímida, oscura, que a la tierra estéril hasta entonces infecundada, le dio fertilidad en su camino¹.

Era un buen hombre. ¿Lo era?... ¡Sí! tan bueno que no tenía enemigos y ningún amigo. Sin embargo, nadie hubiera podido explicar tamaña mutación. Cura, santo, linyera o vagabundo ¿Qué otro ejemplar puede semejarse a este hombre? Harto de conventos, agotado de esa sociedad represiva, esclavizada, desencantado por la falta de reconocimiento en su propia muerte después de tantos años de trabajo; influenciado seriamente por Proudhon, Bakunin, Malatesta y Kropotkin, transita solitario por las calles, obediente a un mandato auto impuesto. Rechazo social. Pobreza. Renunciamiento a un techo formal y decidido a una vida absolutamente libre. –¡Viva la libertad! ||, gritó el primer día. Estas mis tiernas odas/ en la niñez nacidas/ que expresan de mi pecho/ ya rabia, ya alegría/ en donde a cada paso retratados se miran/ El fuego de Cupido/ de Lleo la risa/ A ti lector amado/ dedico no por mías/ Sino porque son copia/ de las pasiones vivas².

¹De Gaspar María de Nava, Conde de Noroña, *Anacreónticas*.

² Idem.

El mendigo es un hombre abandonado por sí mismo, le precede una historia generalmente trágica y no muy lejana a la toma de esa decisión. Es una forma de borrar su pasado, o al menos, intenta que ese pasado quede en el olvido. Lo sepulta. Así de simple. Historia sin presencia. Deja de existir, mendiga al vacío. La sociedad no lo había condenado, pero Zoilo aceptaba esa calle de pobreza; entendía que en ese lugar, podía desprenderse de sus bienes y obligaciones. Había sido un hombre de cultura, con especiales atributos; pero las cotidianas tareas laborales saturadas de obligaciones lo fueron llevando lentamente al estado de agobio que lo atormentó. Finalmente enfermó. Lo hartó la abundancia.

El mendigo no tiene casa, es cierto, pero curiosamente, en las grandes ciudades mantiene fidelidad a una esquina, un semáforo o un rincón. Un mendigo tiene un territorio vacío, pero propio. Difícilmente se lo vea lejos de él. Va y viene; camina en un radio no mayor de cinco cuadras y siempre regresa al lugar de origen. En este caso, el lugar que Zoilo eligió para establecer su colchón nocturno estaba cercano. A Zoilo nadie lo ve, a pesar de cruzarlo, empujarlo o despreciarlo. Es un hombre invisible ocupando un espacio en la vereda, en la acera, o en el parque y se da el lujo de dar sombra. Camina envuelto en una frazada ajada color ladrillo desteñido, sus pantalones atados con una soga en la cintura no alcanzan a cubrir los tobillos. Asoman las canillas delgadas, cubiertas de tierra, manchadas de meses sin agua. La cabeza, siempre cubierta con esa frazada, oculta su dolor y también, sus pensamientos. El rostro quemado por el sol está sombreado con una barba desprolija y crecida. Pocos han escuchado su voz; se maneja con gestos básicos. La gente lo considera insano, demente o enfermo. Nadie sospecha que ese individuo, es un hombre letrado. Y menos aún, que ese hombre ha vivido. Para demostrarlo, Zoilo tiene algunas condiciones que lo hacen un ser vivo: habla poco

y nada. Es generoso, le gustan las verduras, da sombra y detesta bañarse. ¿Has visto a este Rey Mahmud mezquino / La generosidad que te esperabas? / Tiempo es de hablar, a la verdad se debe / El tributo del habla y fuera crimen / El ocultarla ahora / No mostrando al mundo torpísima miseria.³

Siempre atento a los transeúntes. De vez en cuando, estira la mano suplicando ayuda, que muchas veces no llega. ¡Pobre Zoilo! No lo ven. ¿Quién puede tener en cuenta a este fante? Pero tampoco lo escuchan, porque es un hombre sin palabras. A la siesta, desparrama su cuerpo en la plaza, buscando en verano la sombra de los árboles y el sol cálido en invierno. Hace almohadas con las verduras. De vez en cuando, se rasca. Los piojos hacen la suya, viven en él, se refugian en su pelambre. Son sus hermanos. Zoilo ha renunciado también a la higiene, y eso es mucho decir. Tiene olor su cuerpo. Destila un olor que parece atraer los perros. Espanta los mosquitos, ningún artrópodo lo pica. Huyen de él.

Pero no hay linyeras sin perros, porque no hay vida de perro sin linyera. Hay una permanente simbiosis entre ellos. ¿Quién habitó primero el planeta? ¿El hombre o el perro? Pareciera que esos animales, también vagabundos, encuentran un dueño en forma espontánea. Zoilo aún no ha tenido esa suerte. Los perros no lo han encontrado, por eso se los ve contentos.

Todas las mañanas, levanta del piso los cartones que sirvieron de colchón y acude a una pequeña fuente de agua que baña un monumento estático, color metal, oscuro, herrumbrado. Generalmente es un prócer inescrutable, sorprendido en una posición histórica. O la imitación en yeso de una escultura griega, de esas que se repiten por el mundo, aunque nada tengan que ver con aquella civilización. O una figura simbólica de la vida, donde el artista se expresa libremente, pero

³ *Sátira de Ferdusi contra el sultán* (Mahmud 1882).

nadie le comprende. De cualquier manera, el agua siempre está lavando una estatua; es su rutinario trabajo. Los próceres se desgastan con el agua, por eso se los olvida. Zoilo toma allí los primeros sorbos de líquido y limpia sus lagañas sin cuidado. Las lagañas crecen cuando el hombre sueña; Zoilo sueña siempre. Aquél que despierta sin lagañas es porque sufrió insomnio. Él se acuesta y se levanta alegre. Es un síntoma grave. ¡Oh noche!, tu dulzura / No olvidaré jamás / Pues me has mostrado / A do se extiende tu alegría pura / Se acostó, me acosté, a nuestro lado / Se acostó el tierno amor / Hasta que el sueño / Fue por la blanca aurora dissipado.⁴ En ese lugar, Zoilo descubre su cabeza por única vez y se quita la frazada color ladrillo. Minutos después camina dos cuerdas zarandeando sus piernas flacas hasta llegar a un comedor comunitario que a las siete y treinta de la mañana sirve una taza de café con leche y un pan fresco. Es el Estado benevolente quién acude a ellos para asistirlos. El Estado amanece con la necesidad y es el alimento más higiénico y seguro. Se siente reconfortado, ha sido premiada su rebeldía. En ese lugar Zoilo encuentra naturalmente a otros linyeras. ¿Qué otra cosa puede encontrar?! Hombres y mujeres que lo estudian en silencio, como si fuese un bicho, un cascarudo o un mono. Hay diferencias, no todos los linyeras son iguales. Algunos están perdidos definitivamente por el alcohol. Toman alcohol o kerosén, o cualquier alcohol que encuentren. Son los que menos sufren. Otros están en una etapa intermedia: semihumanos, rayando el filo de una salud mental endeble. Son grandes observadores, conocen la gente, saben a quién acercarse, a quién pedir su limosna y saben también, quienes les temen. Con estos últimos juegan, los asustan, los persiguen a propósito, solo para reírse. No hay daño. No son dañinos. Están dañados.

⁴ Saif Addaulet (1882)

Mientras tanto, Zoilo, por primera vez, observa a una mujer pequeña, delgada, de ojos claros, que está sentada a la cabecera de la mesa. Su mirada no es lasciva: es de curiosa fragilidad. Ella sí tiene perros, dos. Están sentados a sus pies, custodian sus tobillos. Los perros siempre custodian los tobillos de sus amos. Observa el rostro de esa mujer, le produce una sensación de ternura de la cual siempre escapó, porque teme ser frágil. También ella mira con disimulo al nuevo mendigo, lo encuentra gracioso con esa vieja y deshilachada frazada color ladrillo que lo envuelve, teniendo en cuenta que hace no menos de treinta grados esa mañana. Se pregunta la dama de ojos claros, si ese hombre no transpira, porque ella sí lo hace. -Tal vez esté enfermo ||, razona. Ella sabe que los tuberculosos nunca tienen calor, solo escupen bacilos fríos y sangre coagulada tibia. -¿Escupirá san- gre? ¿Será un enfermo? ||, se pregunta mientras termina su taza de café con leche. Mojó el pan en la leche. ¡No!, no se lo escucha toser, ni escupir. La mujer no lo mira de frente, pero ya ha retenido, con detalle, los rasgos en los pocos segundos que lo observó. Zoilo necesita más tiempo para pensarla, por eso continúa mirán- dola embelesado. Las mujeres miran una sola vez. Es suficiente. Tal vez porque nos quitaron la costilla óptica; pero no hay que quejarse. Dile al que se halla que- joso / Del proceder de fortuna / que ella tan solo importuna / al rico y al poderoso / mirando el cadáver nadar⁵

Zoilo la esperó a la salida, como si se tratase de una de aquellas citas de cuando pertenecía al otro mundo. Ella se dio cuenta y a propósito, demoró su desayuno. Como toda mujer, se hacía desear. No le bastaba solo cautivar al hombre; jugaba con él. Miró sus manos, estaban sucias y por primera vez en mucho tiempo tuvo el deseo de lavarse. Corrió a sus perros, se levantó y fue al baño de damas.

⁵ Sultán Shems (1882).

Acomodó su cabellera, lavó su rostro. –¿Qué está pasando?‖, pensó, esto no ocurría hacía años. Algo despertó su cuerpo dormido. El instinto es superior a la voluntad. Sonrió al pequeño espejo colgado de un alambre. Retocó el peinado con sus dedos y salió sonriendo por su coquetería tardía, tratando de ser indiferente a todo lo que la rodeaba. Incluso a Zoilo.

¡Pobre Zoilo!, debe saber que la mujer esgrime también el encanto de la cruel indiferencia, cuando le gusta un hombre. Mientras más le gusta, más lo ignora. Es como si lo pusiese a prueba, para ver qué tanto de fortaleza tiene, y cómo se las arregla para vencer los obstáculos que ella coloca premeditadamente. Si lo logra, obtendrá seguramente su premio. –Vale la pena el esfuerzo‖, pensó Zoilo. Tendiste la red de amor / En ella me has cautivado / Y a mi corazón quitado / Abandonaste el dolor / Tu mano preso me tiene / Cual ave que un niño cría / Con prestas alas huyera⁶.

La mujer pasó al lado de Zoilo sin mirarlo, solo atinó a dar vuelta su cabeza, para llamar por su nombre a los dos perros que la seguían, como era su costumbre. Zoilo tenía su cabeza cubierta con la frazada color ladrillo. Era el retrato vivo de una sombra. Tal vez, esa imagen negativa pesó para que la mujer no se diera cuenta de que la estaba esperando y se dijo: –No importa, mañana espero sin frazada‖.

Zoilo inició entonces su rutina, camina esas dos cuerdas pidiendo monedas, pasa por los bares que ya lo conocen; desde la puerta, mira a sus dueños sin decir palabra. Siempre le mandan con el mozo algún resto de alimento que él agradece en silencio. Las menos veces, lo sacan con amenazas, obligándolo a continuar su recorrido. Se detiene, como de costumbre, junto al cesto metálico de la

⁶ Al Maali Cabies

basura, que da a la calle: el restaurante de la pobreza. Allí siempre encuentra comida, esa que tiran por descarte. –¡Cuánta abundancia!‖, piensa, mientras saca y guarda en una bolsa de plástico. Llega hasta la plaza, se sienta en un banco y estira sus piernas tan lejos como puede porque sufre de espasmo vascular. Luego, siempre cubierto con la frazada, se dedica a clasificar los alimentos acumulados: carne, verdura y fruta. Con las verduras tiene una atracción especial, sobre todo las verduras de hoja. También suele encontrar ropa vieja, la rescata. Vale para el invierno. Duerme la siesta y, al despertar, deambula durante las tardes sin rumbo fijo, siempre en círculo. Llegada la noche, busca sus cartones y en ese rincón oscuro, los acomoda como un colchón. Descansa sueños, juntando lagañas. Duerme, gloria ilustre y altivez / Dos cosas contrarias son / con la misma oposición/ Que juventud y vejez / pues esta crece a porfía / cuando aquella desalienta / como la noche se aumenta / a paso que amengua el día⁷.

En la mañana despertó sobresaltado, calculó la hora, esta vez, una hora antes de lo previsto. Sin embargo, insólitamente concurrió a la fuente de agua donde se lavó las manos y la cara, y luego se mojó el pelo. Un desastre. Estaba pegoteado, entonces decidió lavarlo con ese pedazo de jabón blanco que tenía en su caja de cartón oculta en el cantero. Enjabonó su cabeza y la refregó, ahogando transitoriamente los piojos. Sintió después de muchos años un extraño olor a limpio; algo borrado de su memoria y con una camiseta vieja, secó el pelo con fuerza. Se encontraba raro. Naturalmente lo atribuyó a esa falta de costumbre. La higiene vuelve extraño al hombre. Acomodó la ropa, dejando la frazada color ladrillo en la caja e inició el camino al comedor. Estaba ansioso. Más que hambre, necesitaba esa cita. Fue unos de los primeros en llegar. Todos lo miraron con curiosidad. –Tal

⁷ Abu Al ola (1882)

vez, porque no traigo frazada||, se dijo bajando la mirada, en espera de la llegada de esa pequeña mujer que lo conmovía. Primero aparecieron los dos perros solos. Zoilo se alarmó. Minutos después, ella. Espléndida. Majestuosa, calzada con dos zapatos distintos en color y formas; pero aun así, tenía un aire señorial. Una elegancia poco común. A esto debía sumarse el cabello que semejaba una melena de león, porque si bien lo había lavado, no tenía peine ni espejo para destrabar el revoltijo de la cabellera mojada. Inevitablemente sus miradas se encontraron: Zoilo se puso debajo de la arcada de la puerta y ella no tuvo más remedio que mirarlo y pedirle permiso. Zoilo esperaba esas palabras, pero cuando se encontraron, en lugar de generarse un diálogo, irrumpieron los dos en interminables carcajadas. Ambos se saben ridículas figuras de historieta, con pelos parados y desordenados. Zoilo quizás peor, porque su cabello está ensortijado. Rieron sin parar, uno al frente del otro, llamando la atención de todos los presentes que miraban asombrados a esas dos figuras transformadas. Zoilo y ella giraron, entraron a desayunar tentados de risa, pero sin hablarse. –Lo ridículo suele ser gracioso||, pensó. Cual con ojos celosos acechando / Están todos mis gestos y miradas / veo tu pecho de pavor temblando / Y en mi alma tus angustias retratadas / En vano nuestro amor con dolo infando / Procuran destruir desesperadas. / Su mirar mismo mi temor despierta / Y hácenme estar en continua alerta⁸.

Pasaron varios días repitiendo esa rutina; pero ambos tomaron la precaución de mejorar su estilo personal. Los dos consiguieron peine y tijera. A la semana, Zoilo la esperó nuevamente en la puerta de entrada. Llevaba en su mano derecha un ramo con tallos de verduras de hoja: acelgas y lechugas y dos brócolis golpeados, pero vegetales al fin, arregladas como si fuese un ramo de rosas rodeado

⁸ Saif Addaulet (1882)

de dos serpentinas naranjas. Cuando ella llegó, lo miró con seriedad. Pidió permiso, Zoilo la dejó pasar cuando ella aceptó el ramo de verduras. Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Sabían que en algún momento tendrían que hablar. Ella llevó el ramo de verduras como si fuesen claveles y, al llegar a su baldío, las colocó en una jarra de vidrio rota donde agregó agua con una aspirina. Estaba feliz con el regalo, era la primera vez que le obsequiaban un ramo de verduras frescas como prueba de amor.

Zoilo supo que la había conquistado. Un ramo de verduras puede producir más temblores que una bomba. Aun así, en esos días rutinarios, Zoilo se dedicó a buscar algunos restos de *bijouterie* que siempre aparecían y luego, a buscar piolines delgados para hacer collares, pulseras o colgantes. Pudo, después de varios días, hacer un collar y una pulsera; por ser la primera vez, bastante llamativa. Les colgó dos espejitos pulidos en sus bordes y un brócoli.

En cambio, ella encontró en los basurales, además de revistas y libros de descarte, un pequeño libro de poesías, de tapas duras y muy viejo: Poesías asiáticas. -¡Será mi regalo!‖, exclamó mientras lo guardaba. Abandona ya el amor / De las muchachuelas blandas / Y a las vírgenes hermosas / ¡Déjalas en paz, Amara! / La que no es tu mano / La que el enemigo rechaza / Ni eres tú fuerte jinete / El día de la batalla⁹.

Pasó una semana. Siempre pasa el tiempo, de lo contrario, nunca pasaría nada. Todas las mañanas repiten la misma ceremonia. El ramo de acelga y lechuga; el silencio y la aceptación. Una pequeña muestra de agradecimiento, manifestado sutilmente en la comisura de los labios. Zoilo no sabe aún su nombre. Ella tampoco el de él. Sin embargo, al mes se saludan con un ¡buen día!, palabras

⁹ Amores de Antar y Abla (1881)

mágicas que la gente olvida. Zoilo podría haber puesto una verdulería con la cantidad de hojas de acelga que utilizó en su conquista. Y ella, a los cuarenta días, le entregó el libro envuelto en papel celofán rojo. Ninguno se esforzó en hablar. Todo en silencio.

Los perros reconocían a Zoilo no bien llegaba a la esquina y corrían hacia él, ladrando y moviendo la cola. Zoilo los apartaba con su pie. Leía en la tarde el libro de poesías de Augusto Barbier: Yámbicos, donde la sátira, se mezclaba con el dolor. Le fascinó. La introducción era clara: –Se dirá que la cólera me agrada / Que vivir y arrastrarse por el lodo / Es igual al inmundo amor de mis estrofas / Y que imitando a Diógenes con hondo desprecio / Mi tonel únicamente, en toda puerta a mi placer / Coloco que a los grandes insulto / Y que mi pluma aun ignorada, sobre pueblos y tronos / Golpea amargamente... ||¹⁰. Estaba emocionado con

el regalo, todos los días repasaba mentalmente metáforas de la poesía. Esa mujer había adivinado su manifiesta inclinación a la cultura y él, la sensibilidad oculta de ella. Acelgas y un libro. Todo un símbolo erótico en esta historia.

Pasaron más de dos meses El primer diálogo se estableció a la salida del comedor: –¿Puedo acompañarla? ||, preguntó Zoilo compungido. Una mirada sin sorpresa. Un sí entusiasta acompañó a la pareja por primera vez. Zoilo estiró su mano derecha y tomó la mano de ella con delicadeza. Ella no opuso resistencia y dejó que unas manos secas y callosas se apoderasen de sus palmas y dedos delgados. Mientras caminaban, las manos estaban apretadas delicadamente. Giraron sus cabezas y por primera vez sonrieron con alegría. Eran dos jóvenes atrapados de valor. No hay bien en la juventud / Si le falta aquel valor / Que conserva su es-

¹⁰ Abu Sahet (1882)

plendor / Con toda su plenitud / Ni se encuentra en la vejez / Si no tiene pecho fuerte / Que arrastre la adversa suerte / Con generosa altivez¹¹.

Él dijo me llamo Zoilo. Ella agregó que se llamaba Cristina. Caminaron tomados de la mano, como dos adolescentes sintiendo la tormenta del primer amor. Zoilo besó por primera vez a Cristina el día de lluvia. La plaza estaba vacía y ambos cuerpos absolutamente mojados. A ninguno de los dos les importó. Se habían encontrado sin que la riqueza se interpusiera. Esa noche, Zoilo buscó cuatro cartones más para acomodar el lecho nupcial. Cristina cubrió su cuerpo con la frazada color ladrillo. Zoilo la admiraba. La primavera asomó nuevamente. Los perros se acostumbraron a esa nueva esquina. ¿Al Ruiseñor no escuchas / Decir con dulces trinos / La primavera vino? / La primavera forma / en todos los vergeles / Mil vistosos doseles / Sus flores argentadas / El almendro lozano / En torno esparce con profusa mano. / ¡Juguemos! ¡Bebamos! / Que la primavera se marcha al instante. / Nos Huye ligera.¹² Y un ramo de lechuga con acelga rodeado de serpentinanaranjas atrapó los sueños de Zoilo, que gustoso bebía cicuta importada. Zoilo y Cristina comenzaron una vida en común.

Los linyeras con los cuales desayunaban diariamente se dieron cuenta de esta nueva pareja, no bien uno de ellos los encontró en la madrugada juntos, durmiendo. Esa mañana comunicó a todos los concurrentes la novedad. Entonces Zoilo comenzó a ser blanco de agresión permanente, no así Cristina, a quien aún consideraban parte de ellos. Zoilo, imbuido en su silencio de costumbre, receptaba con recelo las ofensas y lo que fue Cristina en su momento: un rescate trascendente a la vida. De ese modo silencioso y anónimo, vivían ellos dos, en cartones o sin ellos, buscando el alimento diario para luego estirarse en los parques verdes de

¹¹ Ben Jaid (1880)

¹² Abu Sahet (1880).

primavera y verano. Varios años después se plantearon visitar Piedra Linda. –Te gustará||, aseguró Zoilo.

IX

¿Un Santo Padre?

–¿Qué es más importante: ser o parecer sacerdote?||, se preguntó Dagoberto, mientras navegaba en un barco de carga panameño. En realidad no huía, buscaba su destino y estaba convencido de que alejarse era lo correcto. Había conseguido trabajo en la cocina del barco como ayudante. *Pela papas* le decían sus compañeros en forma jocosa, mientras limpiaba la pileta de la cocina y recogía restos de alimentos que los cocineros le dejaban diariamente sobre los mesones de aluminio. Vestía como un marinero más, solo que en su pecho llevaba una tarjeta con su nombre, una foto y, con letras más grandes, el lugar de trabajo: Cocina. Fue su identificación por treinta días de navegación. Los primeros días, los movimientos naturales del barco lo descomponían. Vomitaba a veces sin poder llegar al baño, motivo por el cual tenía que limpiar piso y paredes, que por suerte eran metálicas.

En las noches, se colocaba los hábitos y ensayaba frente de un espejo tri-zado, gestos y movimientos de brazos haciendo la señal de la cruz. Imitaba al cura Zoilo, asumido como referente y guía. Dagoberto supo del velorio desierto. Fue la última noticia de Zoilo. Utilizando migas de pan, entregaba la comunión mirándose a sí mismo y notaba que día a día sus gestos se hacían tan habituales que llega-

ba a repetirlos inconscientemente en la cocina, donde le cambiaron su apodo por el del *Cura limpia*. Se burlaban de él; pero Dagoberto hacía la señal de la cruz como muestra de perdón. Los bendecía pidiendo al cielo piedad para esos cristianos que transitaban una vida de pecados y se mofaban de él.

—Los pecados que lleváis en vuestras espaldas —les decía a modo de sentencia— pesan tanto que antes de los cincuenta años vuestras cabezas morderán la tierra.

Y se retiraba a un rincón solitario e hincándose apoyaba las manos sobre la pared en forma de cruz; elevaba su rostro al techo, mientras pronunciaba palabras que él presumía procedían del latín: —Perdonus a peccatorus ignurantis ofensus est ||. Y golpeaba su frente en la pared. Luego, finalizaba con un amén antes de regresar a su lugar de trabajo seguido de la burla de sus compañeros. Un mes duró el viaje. Un mes su trabajo en la cocina. Un mes sujeto a descalificativos, que en lugar de deprimirlo, fortalecían su autoestima, transformándolo en casi un mártir.

Unos sueños tormentosos lo despertaban en las noches, de sus ojos brotaban lágrimas de sangre. —¡Es un milagro! ||, se repetía asombrado, mirándose en el espejo. Pero nada dijo a sus compañeros de tamaño descubrimiento. Dagoberto era la imagen viva de un milagro y, como tal, cubría de vidrios su lecho y sobre ellos dormía hasta que las pesadillas lo despertaban.

Se había dedicado en los últimos días a respetar un ayuno emblemático: comía sobras del barco para regresar a un estado primitivo. Bajó de peso y su rostro adquirió aristas afiladas, contrastantes con su cabellera castaña que caía hasta sus hombros. —Soy la imagen viva de un santo ||, se repite. Él lo supo por boca de mujeres que lo vieron bajar en una escala en el Caribe. —¡Bendícenos Padre! ||, le pidió una de ellas, arrodillándose. Dagoberto, conmovido por el respeto y la súpli-

ca, tomó las manos de la que más llanto ofrecía, llevándoselas a su rostro y lloró con ella, mientras le decía: —¡Os bendigo mujer! ||. Sintió Dagoberto que algo misterioso estaba pasando: su cuerpo temblaba y las manos irradiaban una luz amarillenta. La mujer lo miraba absorta. Entonces, ante un milagro tangible se entregó a una danza frenética, y sin soltar las manos del santo comenzó a gritar en medio de un llanto histérico: —¡Santo Padre! ¡Santo Padre! || Una multitud que se iba congregando alrededor, pedía ser bendecida. Hombres y mujeres imploraban el perdón de sus pecados, prometían fidelidad a la religión y rechazaban el infierno. Apenas Dagoberto bendijo a esa gente, soltó la mano de la mujer y cayó desmayado, envuelto en su túnica blanca. El cuerpo frío, rígido, estaba casi sin vida. El silencio atropelló y la multitud rodeó al Santo sin atreverse a tocarlo. Comenzaron a rezar pidiendo a Dios que lo regresase con ellos.

Las súplicas tuvieron eco: tres horas después, el cuerpo inmóvil despertaba lentamente. Dagoberto se levantó sin comprender lo que había ocurrido. Por fin tuvo la certeza de que él había sido bendecido. Prueba de ello, el milagro de sus manos que ahora sí irradiaban, nuevamente, brillo dorado. —¡Santo... Santo Padre! ||, gritó la multitud arrodillada. —¡Es un milagro! ||, repitieron a coro las mujeres mas cercanas, admiradas de ese resplandor e invadidas de impetuosa devoción. Dagoberto, parado, miraba a los cientos y miles de fieles arrodillados ante él. Conmovido, elevó su mano derecha con singular delicadeza y los bendijo. Repetía cada movimiento que había ejercitado frente al espejo trizado. Sin saber y sin querer, Dagoberto sería de ahí en más el Santo Padre. —¿Qué es más importante? —se preguntaba a sí mismo Dagoberto— ¿Ser Santo o parecerlo? ||. Dagoberto encontró un lugar en el mundo. Su propio mundo. El delirio místico apareció cuando los recursos de resistencia a lo irracional se habían debilitado. Dagoberto incur-

sionó en ese período de su vida ajeno a su voluntad. Su paso sería recordado por muchos con simpatía. Otros preferirían olvidarlo, aunque fuese difícil ignorar un personaje de esa talla. Dagoberto vestía una túnica de color marrón que no llegaba a cubrir sus tobillos, pues era corta. Sus pies estaban resguardados con sandalias hechas de cuero de cabra, cuyos tientos ascendían por la pierna, asegurando que el calzado no quedara en el camino. Había convertido en rutina amanecer antes que los gallos. –¡Yo los despierto! || , repetía orgulloso, exagerando la importancia de la madrugada. A las cuatro y media se despertaba sobresaltado; durante una hora se ocupaba de flagelarse con un látigo de ocho colas y colocaba vidrio molido en sus pies, mientras oraba parado frente al crucifijo vencido que pendía de un clavo mal puesto en la pared desnuda. Luego, se vestía con rigurosa disciplina y pasaba al altar de la capilla a officiar la misa de las siete de la mañana. Los fieles concurrentes ostentaban los resabios de un apresurado despertar; algunos llegaban agitados, porque la hora de tolerancia vencía a las siete y cinco minutos de la mañana. Dagoberto ordenaba el cierre de las viejas puertas de madera y las aseguraba con un travesaño, para que aquel devoto que no había podido levantarse temprano para orar, no entrase. Así clausuraba el único ingreso. –Quien no respete mi tiempo no podrá entrar en la capilla || , sentenciaba desde el púlpito los domingos. Sus seguidores lo comparaban con Santo Tomás; tal vez, por su apariencia de hombre entregado al servicio de sufrientes.

Él aseguraba que se alimentaba de sólidos invisibles y tomaba una bebida que nadie nunca había visto o sentido en el paladar, porque siempre permanecía la copa vacía y bendecida. Solía decir la misa de rodillas, porque pensaba que aún no habían sido perdonados sus pecados. Sostenía que orar de rodillas le permitía estar más cerca de Dios. Como rezaba descalzo, las plantas de los pies mostraban algún

trozo de vidrio incrustado que obligaba a la piel a sangrar. –El Santo Padre... siempre sangra‖, repetían a coro los feligreses. Cuando se levantaba contrariado, ajustaba una cruz de madera especialmente hecha para su espalda y la sostenía con tientos de cuero. –Mis pecados merecen esta cruz‖, justificaba ante el público que lo contemplaba con admiración. –¡Qué difícil es ser Santo!‖, reflexionaba en voz alta al terminar el oficio. Pero su obstinada voluntad, lo llevaba siempre a mantener esa conducta envidiada por los enemigos. Los días lunes y viernes tenía siempre alucinaciones y revelaciones. Casi una rutina. Esto le permitía divagar desde el púlpito, comentar y sacar conclusiones para transformarlo en castigo para los oyentes.

¡Pobre Dagoberto!, la religión fue el castigo más importante en su vida, pero también, su solución. Se hacía llamar ‘el legítimo y único pastor en vida’, ‘el Inquisidor de todos los tiempos’, ‘el dueño de poderes sobrenaturales ilimitados’. Excomulgaba enemigos, los condenaba a penitencias vergonzantes; salvo que pagaran la multa del pecado, en efectivo que él mismo recibe y custodia. –Si soy capaz de dar paz a mis seguidores... ellos tendrán que darme dinero para tener paz en mi parroquia‖, escribía una y otra vez en columnas del diario local que le reservaba un espacio en blanco para que escribiera sobre temas de actualidad.

Dagoberto está en la cúspide de su misión y también, de su carrera sacerdotal. Nadie conoce su procedencia; menos aún el origen de su mandato. Nunca perteneció a orden religiosa alguna. En vísperas de Pentecostés, bendice los ríos, las piedras, las montañas y fertiliza la tierra, a pedido, con sus excretas. A sus más fieles seguidores los obliga a vestirse de penitente. La mitra y el báculo son de su exclusivo uso. Decreta que a todos los excomulgados se les debe negar paga por

su trabajo, alimento y bienes materiales: solo están autorizados a recibir dos jarrones con agua.

Un año atrás Dagoberto había sido agredido de palabra y hecho, cuando una turba rompió las puertas de su capilla. Entonces escapó por una abertura secreta debajo del altar, y logró conjurar su destitución después de una resistencia armada. Proclamó por todos los medios el llamado a los pobladores para defenderlo de los infieles invasores. Una vez aniquilada la revuelta, excomulgó a cuarenta y dos infieles, y los condenó a las prisiones construidas por los jesuitas en siglos pasados, justamente, debajo de la misma iglesia. En esa semana codició una mujer desposada y huyó con ella a sus refugios sagrados. A los seis días devolvió la señora a su esposo; la bendijo previamente prometiéndole el paraíso y una gratificación especial por haberlo asistido en tamaña aventura. Esposo y esposa agradecieron al Santo Padre. Le ofrecieron una cena de gratitud.

El pueblo estaba absolutamente decidido a entregar ofrendas permanentes al Santo Padre. Era un orgullo ser elegido. —Los sacrificios que me dais —baja la vista al suelo, abre sus brazos y sentencia— tendrán su recompensa en el cielo‖. Pero por otra parte, El Santo Padre era implacable con aquellos que resistían su poder: ordenó matar al jefe de la rebelión, cortándole previamente sus manos para introducirlas en su abdomen. —Esto evita venganzas futuras‖, decretó en voz alta. —Es voluntad del Señor‖, agregó y así se hizo. Dagoberto reinaba. Nadie podía objetar su drástica influencia en la vida del pueblo ignorante. Cada día que pasaba, acudían otros pobladores de lugares más distantes ansiosos de ser bautizados por el Santo Padre, quién había fijado los días miércoles para bautizar en el lecho del arroyo. Las mujeres vírgenes tenían prioridad para acceder al sacramento, luego de regalar con favores especiales al Santo Padre. Esa entrega significaba también

recoger los atributos en la capilla del Santo, lugar donde guardaba celosamente a sus queridas. —¡Solo hay una virgen en el mundo! —sostenía en sus discursos de domingos— ¡Es la Virgen María! ||. Sellaba los días de bautismo, eligiendo cuatro vírgenes, que simbolizaban la entrega al señor y se retiraba con ellas para bendecirlas. —¡Así sea! ||, asentían los familiares, retirándose agradecidos por la elección. —El Santo Padre nunca se equivoca... Gracias, señor ||, repetían a coro otras jóvenes, bendecidas solo por agua de arroyo.

Estableció que el día de su santo debía ser una fecha de festejo obligatorio para el pueblo entero. Ordenó el cierre de todos los negocios y aberturas. Debía haber encierro de pobladores en recintos públicos, para rezar dos horas y luego, un festejo popular en las calles, hasta la cero hora del día siguiente. Las ofrendas debían ser de oro y plata; todas, entregadas en mano. Dagoberto, sentado en el sillón de madera de obispo, robado de una catedral, esperaba bajo la sombra de un palio amarillo que le acercasen de rodillas los obsequios para canjearlos por plegarias y lotes celestiales, que él, en un plano de papel celeste, marcaba con el nombre de la familia que lo compraba. ¡Es el día del Santo Padre! Gritan en las plazas las procesiones de feligreses que acuden a la capilla. Nunca nadie se dirigió a él por su nombre. Si algún irreverente lo osó, fue castigado perdiendo su lengua para siempre. Dagoberto era dueño de los secretos más íntimos de los pobladores. Las confesiones de los lunes, las grababa con un pequeño micrófono colocado en la celosía del confesionario. Después de tres horas rigurosas de confesiones, pasaba a la sacristía, dejaba sus atuendos prolijamente y se llevaba la cinta grabada a su habitación, donde un reproductor donado por la acción católica, servía para copiar detalladamente las intimidades en carpetas que tenían número y letra. El fichero, disimulado bajo el altar de rezo nocturno —en la misma habitación—, quedaba

oculto a cualquiera que entrase sin permiso. Nunca imaginó que fuese tan sencillo y difícil a su vez entender los cruces de pecados entre habitantes del pueblo. Entendió también que los diez mandamientos, en realidad, no solo no se cumplen, sino que se violan en forma reiterada. Después de todo; Dagoberto tenía un concepto sobre la religión muy distinto del de los feligreses. Pensaba que en la medida que más temores e inseguridades aflorasen en la población, más sometimiento a la religión y más castigos por romper reglas que se dictaban para ordenar almas. Pecado y castigo. Una ecuación impecable para someter a un pueblo. Sin embargo; él no era el mejor ejemplo en ese pueblo. Tenía la ventaja de no depender de otro cura para confesarse; y por ello, los santos sacramentos lo administraba a su voluntad y criterio. La poderosa herramienta de la excomunión la ostentaba cada vez que se intentaba cuestionar su autoridad. Y así, tal vez por temor, más que por respeto, era venerado.

La sacristía tenía un lugar secreto: una llave única, una pequeña habitación encastillada en madera, con una cama matrimonial cubierta de sábanas negras. Allí, Dagoberto gozaba la frescura de mujeres que se entregan arrepentidas de tanto pecar, para lograr una salvación divina, que él ofrecía como perdón ante sus afrentas. Era feliz. Sus amores satisfacían plenamente su soledad.

También era un buen recaudador para su iglesia. Vendía terrenos y lotes celestiales. Se diría que, desde el punto de vista económico, su diócesis era independiente; motivo por el cual, se desligaba de cualquier dependencia de la Santa sede. Su parroquia gozaba de buena salud: en la medida que sus ingresos se lo permitían, remitía al Obispado parte de sus beneficios. Dinero, alimentos y paz. ¿Qué más podía pedir Dagoberto a la vida!? Formó la acción católica con los hombres y mujeres más distinguidos del pueblo y a ellos se dirigía en largas e

interminables charlas, ofreciendo su sabiduría para convertirlos en seguidores incondicionales. —Si la religión es un problema de fe... —sentenciaba— yo estoy creando una nueva fe basada en mi sabiduría y a ella hay que dedicarle la vida||. Y de este modo terminaba sus encendidos sermones.

El Santo Padre, se había encarnado en sus feligreses en forma progresiva y definitiva. Nadie dudaba de sus opiniones ni resoluciones. La obediencia hizo de ese curioso pueblo un lugar marcado en el mapa turístico como digno de ser conocido por extranjeros. Cuando los sábados en la mañana irrumpía en las orillas del río para bendecirse a sí mismo o a algún extranjero pudiente que dejaba en su parroquia el preciado dinero para sostener esa fe, el Santo Padre se prestaba a fotos y bautismos de excepción. Un día nublado, en plena madrugada, después de azotarse con el látigo desgastado sobre cicatrices planas, decidió en medio del dolor y el sangrado, flagelar a sus discípulos que se entregaban voluntariamente, porque esta cuestión del dolor ya le pesaba en su vida y en su cuerpo; lo iba cansando. —Si comparto el dolor con mis hermanos, ofrezco al señor un cordero más para el sacrificio||, decidió y un domingo propuso a los feligreses la inscripción. Se anotaron más de cien voluntarios y así pudo compartir el dolor y bendecir a sus hermanos. —¡Oh!, hermanos queridos, me cuesta desprenderme de mi carga, sería egoísta seguir sufriendo solo en este mundo... ¡Me cuesta!... Me cuesta quitarme esta historia, pero observo en ustedes, ansiedad por compartir el flagelo||, lloraba desconsoladamente desde el púlpito, despertando en la gente silenciosa la compasión que solo un santo en vida podía despertar. Todos se paraban. Alzaban su voz; rezaban por él; por su sufrimiento, por su dolor. Aquel gesto conmovió a los presentes y los decidió a compartir el dolor y los sacrificios. —¡Qué difícil, hermanos míos, es ser Santo!||, repetía con voz entrecortada mientras secaba con el pañuelo blanco

las lágrimas que invadían su rostro tan especial. Ese día, el pueblo organizó una fiesta para homenajear los seis primeros años de mandato divino.

X

Huye Anesina

–Palabras libres deslizándose. Oriónidas en vacíos galácticos asedadas presagian tormentas, relámpagos y truenos. Por lo dicho, escrito, olvidado, las palabras condensadas en gotas transparentes, roban espacios de la nada, vanagloriándose con vehemencia de una perspicua poesía, exultante de belleza. Una tenue lluvia suplicando alafia, recorre espacios silenciosos de cielos grises, atormentados de truenos, iluminado por relámpagos fugaces, buscando gárgolas invisibles cubiertas con hojas de gardenias. Entonces rescato el ánora, para llevar palabras a ese arcón de madera seca que espera en el cadalso. || Palabras escritas por Anesina antes de abandonar Piedra Linda. No fue premeditada su partida. Sintió un ahogo; una terrible sensación de abandono y rechazo, incomprensible para ella, porque entregó su mejor astucia para una conquista que luego vio frustrada. Se puede afirmar que fue tan grande su amor, que murió aplastado. Aún así; esa agonía permitió escalar paredes del recuerdo. Siempre fue una imagen privilegiada y el tiempo no pudo romper el encanto y fantasías. Ellas flotan en nubes estáticas, envuelven caricias de su cuerpo frágil. El artista podría representarla con suaves manos delicadas, acompañando piernas delgadas, cinceladas por el perfecto maestro de la belleza, quién incrustó su cadera. Su corazón late con el calor de su

propio estremecimiento. Sus senos descansan agotados; juegan el silencioso deseo. La ternura brota de su piel, acolchando baldosas, paredes o cualquier superficie testigo de pasión. Dagoberto correspondió a su interés, en pocas ocasiones. Su obsesión ante la muerte de sus esposas pudo más que los encantos de Anesina, quien no lo pudo doblegar en su rígida concepción del penitente. Las noches cálidas de verano, donde ella espera un final para que ese sueño de cristal no se rompa, ni se quiebre, ni se olvide, fracasaron. En frías noches de invierno encuentra en sus manos el confortable placer de comunicación. Sonrisas. Picardías despidiendo noches para llegar a una entrega deseada.

Mareada de tanto amor, Anesina olvida escribir su diario a pesar de que era su costumbre. La ventana de cristal transparente está cerrada. El espacio se ha saturado con humo de sahumerio que se eleva, escapa, trepa mansamente en hebras de fina seda sin destino. Esa habitación anhelante, testigo de memoria acumulada, retoza. Arrulla el inmaculado lenguaje asilado en insaciables leyendas preservadas. Gotas de lluvia llorando sobre la superficie lisa del cristal. Inquietas, busca caminos caprichosos, hasta caer vencidas en tierra húmeda de hortensias, emergiendo orgullosas con esférico esplendor. Anesina esperaba el regreso de un Dagoberto ausente sin motivo, hace ya dos días. Su imaginación juvenil desata situaciones de insólita tragedia y una melancolía gradual la invade envuelta en nostalgias justificadas.

Dos días acudió al taller. Dos días se encontró con el rostro de la anciana vengativa que gozaba con cada negación: *no está, no regresó, no sé en donde está*. Y ella, regresaba a la calle vacía. Esta vez, su necesidad de encuentro no era para continuar la danza de seducción que alguna vez se había propuesto. Ahora necesitaba verlo para anunciarle un viaje; una necesaria ausencia por motivos que dejaba

escritos en una hoja del propio taller que Linda Mapala alcanzaba con pocas ganas. En ese mensaje ella iniciaba un diálogo epistolar, confesando sus sentimientos, y lentamente lo llevaba al final de su carta para anunciar su partida, asegurando un regreso incierto para el reencuentro en Piedra Linda o el lugar donde hubiera elegido como destino.

Sueña Anesina, una flor esparce colores, baña fragancias. Alas de mariposas agitan su apacible figura. El néctar de capullos de suntuosidad simétrica, dibuja el inquieto bastidor de colores con trazos frágiles. Sostiene brotes de amaneceres hasta el crepúsculo. No hay lágrimas en la oscuridad. Un rocío de alegría nutre su vida. El presente infinito olvida recrear el pasado. Mientras recoge sus pertenencias con tristeza, enérgicas fantasías abandonan esas sábanas que abrazaron cuerpos deshojando hebras de audacia. Recuerda tormentas pasajeras, con un sol de luz cubriendo la gloria. Su vida; ese trayecto de sorpresas escondidas, emerge entre sombras. Es una primavera sin mancha que impide palidecer su piel y cerrar manos al vacío. Abre entonces sus párpados de ilusión escondida en papel. Resguarda sus secretos y su magia, mientras atrapa interrogantes. Sueña que viaja turbada en noches eternas. Huele a geranios, trepan en ramas flores rojas, tocando cielos desde ese lugar privilegiado y se precipita en cascadas de boyantes ilusiones. En esa despedida desgarrante, Anesina abandonó Piedra Linda con dos pequeños bolsos llenos de ilusiones y la necesidad de encontrar su propio destino. Sabía que una ausencia no era olvido, y presiente que el reencuentro cicatrizaría heridas de silencio. Le esperaba un camino de misterio. Abandonó la última vivienda de ese pueblo. Solo quedaban en él paredes de piedra, vértices que alguna vez sostuvieron vigas en el techo se elevaban solitarios, ausentes del refugio de la teja quebrada y fracturada en la tierra. Por ese mismo camino, Anesina, entró dos

veces a reconstruir su vida en Piedra Linda. Y por ese paradójal destino de la incertidumbre, dos veces tuvo que abandonarlo. Sentada en el camino, apoyó su brazo derecho sobre una piedra y sostuvo su cabeza con la mano, dejando que la mirada busque algunas escenas vividas en ese pueblo. Era la memoria. El recuerdo. Esa extraña forma de revivir momentos gratos apareció. Una hora después, Anesina, entregada a esa meditación transitoria, decidió levantarse y reiniciar su camino. Comprendió, por primera vez, que la vida era una permanente rutina de movimientos. Tomó sus bolsos. Caminó lentamente hacia la estación de tren, ubicada exactamente en el límite final del pueblo con la llanura.

Esos dos días de ausencia de Dagoberto han sido vacíos. El día anterior, en el atardecer, vio, en la semipenumbra, un perro enloquecido corriendo a una gata gris. Le llamó la atención que ese animal transitara con ferocidad y velozmente ante su vereda. La gata entró por la puerta abierta de para en par y el perro traspasó el umbral, mientras se transformaba en un animal de aspecto salvaje, con ojos de alimaña. No tuvo tiempo Anesina de reaccionar, se vio sorprendida, paralizada y capturada, mientras permanecía horrorizada ante la mirada lasciva e incandescente del animal que la acosa con violencia una y otra vez. Jadeaba, saliva en su cuello y orejas hasta que la presencia de dos jóvenes que por casualidad transitaban por el lugar, obliga a la bestia a huir sin arrepentimiento, dejando una Anesina tendida en el suelo, golpeada, desaliñada y humillada. La noche que fue testigo de tamaña agresión, no fue suficiente para ayudarla y esa misma noche, entre llantos de impotencia y dudas acerca de su resistencia, decidió abandonar Piedra Linda. La inundó un sentimiento de desprecio y rechazo. Sin embargo, su belleza aumenta. Una mujer sola viaja a con rumbo desconocido. Solo la vía del tren sabe cual será su próximo destino. El monótono ruido de ruedas sobre cintas

de acero la adormecen. Ha recorrido cientos de kilómetros. A su paso, pueblos insignificantes. Estaciones abandonadas y solitarias. Un paisaje repetido hace que no preste atención a los campos cultivados. El color de la naturaleza se transforma en una monótona música repetida, especialmente, cuando su vida transcurre en ese vértigo. Nada permanece estático. Hay un continuo manejo de tiempos, mostrando la maravillosa transformación: paz en tormenta; luz en oscuridad, frío en calor, lluvia en sequía. Tiene un ir y un venir. Un contraste. Un espejo. Es mar en movimiento. Ella cruza lagos, ríos, vientos, luces. Seres vivientes, plantas, tierra. Movimientos reflejados en cambios. Sin techo ni pared que atrape el tiempo. Caminos fijos inmóviles. Alertas. Esperan trágicos escarnios. Alguien, busca destruir sus sueños para evitar que mantenga su misterio y encanto. Ese imaginario sueño implacable desafía cielos; cruza océanos distantes, impolutos, desmedidos; lleva recuerdos etéreos; perfectos, exquisitos, remozados del ayer; retozan en su piel mensajes de silencio. Recuerda el cómplice encadenado del encuentro vehemente. Síntesis. Cuerpos que estallan mil veces. Estertores de placer. Entrelaza manos que aprisionan proezas de épicas batallas amorosas. Penumbra. Velas custodiando palabras secretas de almohadas. Garabatea figuras con lápiz fino, desde el cuello hasta su Venus. Extasiada, espera un brote milagroso. Una dibujada rosa roja florece. Sorprende su ombligo. Representa un rostro sofocado por el antifaz. Cubre su identidad. La máscara. Una hoja de papel sin letras, casi invisible. Sin embargo, se encuentra plena, deslumbrante. ¡Allí está!, desafiando el momento que hoy se evade entre nubes acolchadas, cubriendo la tierra. Va. Lleva. Retoza en sueños. Siente que estalla. Su alma florece. El final. La estación gris marca su huída silenciosa. No sabe que hará de su vida, solo quiere huir del recuerdo violento.

Esa noche, durmió en el banco de la estación ante la mirada curiosa y bondadosa del anciano encargado de señales y boletos que custodiaba a la joven recién llegada con delicada y simulada atención. Aprovechó la luz del día para emprender su caminata hasta la ciudad, confiada en la posibilidad de un trabajo, para abrir un nuevo camino en su vida. Tomó su bolso en la mano, transitó el camino. A la media hora, un automóvil se acercó lentamente. Un hombre maduro, canoso, de unos sesenta años le preguntó —sin moverse de su asiento, luego de haber bajado la ventanilla de automóvil— si quería que la llevara. Anesina, lo miró desconfiada, saludó y agradeció. El hombre, con una actitud respetuosa, insistió. Le manifestó que era un juez en actividad, que no temiera, e insistió en acercarla a donde ella indicara. Anesina preguntó cuánto faltaba para llegar a la ciudad. El juez contestó que una hora caminando. Allí decidió subir ante el reiterado ofrecimiento. —Es un hombre serio y maduro ||, pensó Anesina mirando de reojo al correcto conductor. El calor comenzaba a golpear. El juez le ofreció agua mineral de una botella de plástico que estaba en medio del asiento. Ella aceptó y tomó la bebida. No había desayunado, ni bebido líquido alguno desde que bajó del tren. Por fin llegaron a la zona urbana, Anesina comenzó a sentir un mareo progresivo, sus ojos, tendían a cerrarse, presos de un sueño extraño. Probablemente era de noche cuando Anesina despertó en una cama matrimonial. En el techo, una gran araña de luces tenues. La habitación en penumbra. Su primer impulso fue mirarse a sí misma. Estaba desnuda. Quería levantarse. Se dio cuenta de que tenía sus muñecas y su pies atados a la cama. Trató de forzar su liberación, pero las correas firmemente atadas lo impidieron. A su lado derecho, vio una mesa de luz con una lámpara apagada, un vaso con líquido color marrón y una botella que no podía determinar

de qué bebida se trataba. La invadió un raro temor, se dio cuenta de que su boca estaba libre. Entonces, comenzó a pedir auxilio.

XI

El Juez

La puerta del costado izquierdo se abrió bruscamente. Apareció el Juez desnudo, despeinado, rubicundo, con un aire de triunfo extraño.

—Al fin despiertas, muñeca —dijo acercándose con impudicia. Sentado en el borde de la cama comenzó acariciar su cuerpo y el de ella—. No estabas tan asustada hace horas, muñeca —le susurró, acercando su boca y lamiéndole el cuello—. Puedes gritar sin problema, nadie escucha, estaremos unos días juntos.

Su risa invadía la habitación en penumbra, mientras acercaba su miembro al seno izquierdo. —Si te portas bien... tal vez tengas un premio ||, le prometió. Lentamente fue subiendo a la cama, instalándose entre las piernas abiertas de Andesina que nada podía hacer para evitarlo, por las ataduras. El Juez retozaba en Andesina: la violaba una y otra vez, retorciendo su cuerpo sobre esa mujer indefensa. Ella lloraba de impotencia, gritaba, inútilmente se esforzaba por liberarse. Las ataduras habían herido sus muñecas y tobillos. El Juez lamía su sangre y luego besaba su boca esquiva y también su rostro. Tenía un extraño éxtasis aquel hombre que reía con mirada lasciva. El Juez se levantó babeando y tomó del vaso el líquido color té; besó a la muchacha y salió nuevamente por la puerta.

Andesina lloró sin cesar y sus gritos solo se escucharon en la habitación. Afuera la noche era cerrada. Los relámpagos anunciaban lluvia. La puerta entreabierta permitía que una música extraña invadiera el espacio en penumbra. Andesina sintió sed; su boca estaba reseca y sus labios, agrietados. La sangre coagulada en la piel de su rostro le daba un aspecto ridículo. Entró en un letargo, cansancio propio de un ser vencido. Una resistencia capturada. Se durmió.

La despertó el canto de los pájaros, una orquesta que le recordaba su infancia. Abrió los ojos, nuevamente el techo con la gran araña de lámparas apagadas. A su lado, el Juez —durmiendo con la boca abierta, babeando por sus comisuras, el cuerpo desnudo deforme de grasa— tenía el aspecto de un gran cerdo. Anesina trató de liberarse nuevamente, pero las llagas en sus muñecas y tobillos le arrancaron un grito de dolor que despertó al Juez. Con el pelo revuelto, la baba en las comisuras, los ojos inyectados de alcohol, le sonreía y sus manos, rápidamente, cubrieron los senos de Anesina. Los besaba, los acariciaba sin pudor y nuevamente subió arriba de ella, que ya no gritaba ni lloraba, solo miraba la ventana; ausente de toda sensación.

—Bien, muñeca, así me gusta — mascullo el Juez, mientras se desmontaba chorreando semen.

Anesina, con la mirada fija en la ventana, desprendida totalmente de su cuerpo; mirada y mente bloqueadas, no se movía. No articulaba una sola palabra. Tampoco pestañeaba. La imagen del Juez desnudo no la abandonaba. —Es un cerdo||, pensó. A las dos horas, lo vio nuevamente en el marco de la puerta con un vaso de leche en una mano y un pan en la otra. Una ridícula imagen deforme y repugnante que sorprendía a una Anesina sedienta. Sin embargo, ella bebió del vaso inclinado. La leche en parte entraba en su garganta, pero también se derra-

maba por su mentón. Tenía mucha sed. El Juez, con mirada calma, la observaba, mientras le repetía palabras obscenas y acariciaba su pubis. Anesina no siente su cuerpo. Ha bloqueado su piel. El Juez le ofreció el pan, cortándolo en pedazos pequeños; ella lo escupió. Con la mano derecha el Juez, le dio una cachetada que le lastimó el pómulos. Una pequeña herida se abrió floreciendo con delicado hilo de sangre que él rápidamente lamió.

—No me gusta que me rechacen —dijo en su oreja mientras lamía la herida. La sangre lo excitaba. Nuevamente subió arriba del cuerpo de Anesina para penetrarla una y otra vez, gritando frases ininteligibles, hasta que la eyaculación desahogó a la bestia y cayó pesadamente al costado, comprimiendo la pierna de Anesina que permanecía inalterable.

—Bien, muñeca, bien —dijo el Juez exangüe y se durmió. Con la boca abierta, babeaba saliva y sus rollos adiposos colgaban flácidos. Al mediodía, el Juez despertó, miró a la muchacha que permanecía con los ojos fijos en la ventana. Le preguntó si quería comer algo o tomar leche. Ella respondió:

—Leche.

El juez se levantó triunfal. Al rato, se presentó de traje y corbata, con un vaso de leche en su mano derecha.

—Si escupes, te pego —le advirtió antes de acercarse—. Yo regreso en un par de horas con visita —anticipó, mientras Anesina bebía con ansiedad.

El Juez salió y tras él se escuchó el ruido inconfundible de un auto que se alejaba. Anesina comenzó a mirar con más detalle la habitación. Encontró en la pared del frente, dos cuadros con fotos grandes del Juez. En una juraba la bandera y se lo veía como un señor de mirada seria y adusta. En la otra foto, salía sonriente con una mujer entrada en años y dos jóvenes que lo abrazaban. En la pared de la

cabecera colgaba un gran Cristo. A los lados, debajo de la ventana, un pequeño sillón crema y dos sillas antiguas. La cabecera y los pies de la cama eran de bronce. La puerta abierta permitía ver un pasillo, sin otro aditamento. Sintió la sábana húmeda bajo sus glúteos. Se había orinado varias veces. Los brazos y piernas comenzaron a acalambrarse. Sollozaba, sabía que estaba sola y que nadie podría escucharla. Al mediodía, escuchó nuevamente un auto. Pudo adivinar: era el Juez. Unas voces aisladas y risas se iban acercando. Anesina tenía movimientos reflejos para liberarse, pero sus muñecas y tobillos le impedían soltarse. Sangraban.

En el marco de la puerta apareció el Juez, pulcramente vestido con traje negro y corbata clara. A su lado, un pequeño hombre oriental se acercaba con sigilo, observando atentamente su cuerpo.

—¿Cuánto pides? —le preguntó al Juez.

—Cinco mil dólares —le contestó. El pequeño hombre oriental miró las muñecas y los tobillos sangrantes.

—Cuatro —propuso—, está herida.

—¡Son heridas que cicatrizan en un par de días! —protestó el otro. El pequeño hombre dio media vuelta y regresó al pasillo. Ambos salieron. Anesina escuchó una discusión acalorada. A los pocos minutos, nuevamente un auto se alejó de la casa. Anesina se durmió en medio de su estado lamentable. Las muñecas y los tobillos no solo sangraban, sino que dolían y estaban hinchados. El rostro con costras de sangre y la cama hedionda pronto atrajeron moscas que comenzaron a acercarse. Ella no podía dispersarlas por su inmovilidad. Aún así, entró en un suave sopor e indiferencia. De repente, una mano fuerte sobre su hombro la despertó bruscamente. El Juez, pulcramente vestido, estaba a su lado mirándola con desprecio. Le preguntó si quería que la soltara.

—Si prometes portarte bien y ser cariñosa, en dos días el pequeño hombre oriental se hará cargo de ti y te dará trabajo —le anticipó sonriente. Anesina no soportaba más esa posición; aceptó la propuesta. El Juez lentamente desprendió las ataduras, y colocó unas esposas en las muñeca, no sin antes haber vendado la zona herida. —Como ves, muñeca, te cuido||, dijo y de inmediato comenzó a acariciar el cuerpo desnudo de Anesina sin pudor alguno. Su excitación crecía, en pocos minutos se quitó la ropa. La sometió una y otra vez, hasta que satisfecho, fue a ducharse.

Anesina indiferente; silenciosa, sin una sola reacción de rechazo. Sentía hambre y sed. Le pidió al Juez ropa, aduciendo frío; en realidad, necesitaba cubrirse. Su desnudez formaba parte de esa humillación. El Juez le prestó un camión de media estación de su esposa y la invitó a comer en la cocina.

—Te haré un rico plato.

Pasan a la cocina. Anesina por primera vez transitó el pasillo. Hay muchas fotos enmarcadas. Todas familiares. En la pared final, títulos universitarios con marcos de madera lustrada. Todas, con el nombre del Juez: —Horacio Lamsortt, Juez de la Nación||. La cocina espaciosa, una mesa circular con cuatro sillas. Anesina se sentó, temblaba, probablemente de hambre. El Juez cocinó un par de huevos fritos con panceta, y colocó un vaso de leche para que Anesina lo bebiera. Ella lo tomó usando las dos manos, porque era imposible liberarse de las esposas. El Juez la miraba estudiando algunos detalles de su rostro y con una servilleta mojada le limpiaba el rostro. —Ahora se te ve mejor muñeca —dijo riéndose, a la vez que le explicaba que el hombre oriental la llevaría a lugares alejados—: Te conseguí un trabajo con el japonés, muñeca, ellos pertenecen a la banda *yakuza*; se dedican a la prostitución y al narco lavado. Te van a tratar como princesa||, ríe.

—Serás una mujer codiciada. Eres bella, tienes que colaborar porque de otra manera: desapareces... ja ja, Es la banda más grande del mundo y conocerás verdaderos samuráis desocupados... te van a gustar, muñeca, son gente respetuosa. Eso sí, cuando veas sus manos o las sientas, no te asustes si les falta el dedo meñique... ja ja. Ellos toman muy en serio la traición, de manera que cuida tus manos muñeca... ja ja||. Anesina lo miró aterrada. Nunca había escuchado algo semejante, se dio cuenta de que el Juez integraba la banda de prostitución.

El rostro del Juez recuperó su gesto despreciable, la mirada lasciva se instaló nuevamente. Se quitó la ropa en la cocina, tomó su miembro y lo refregó en el cuerpo de Anesina lentamente, como si fuese una ceremonia oriental. Luego la violó en la mesa de la cocina. —Te gustará, muñeca —le dice una vez terminada su eyaculación—, ven... vamos a bañarnos||. La llevó al baño, le quitó el camisón y entró con ella bajo la ducha. Mientras la jabonaba, le comentó algo más de la organización: —Si le correspondes con tu trabajo, te tratarán bien; de lo contrario, se vengarán de la forma más degradante en tu persona. Debes agradecer que fui yo el que te encontré, porque esa organización mafiosa tiene gente cruel que goza con el sufrimiento ajeno, ja ja. Muñeca, ahora sí que te veo hermosa, vamos a la cama y pórtate bien conmigo, tendremos dos días para nosotros solos, ja ja||.

Anesina no ofrecía resistencia, la brutal posesión del Juez solo le producía repulsión, la ventana era el único lugar donde ella fijaba la vista, separado el cuerpo de su mente. La obesidad del Juez parecía mayor que antes; tal vez, la luz del día pronunciaba sus deformidades. Una vez más quedó dormido a su lado, sujetando el cuerpo de Anesina con sus dos brazos. Ella no podía moverse, pero al menos, sus tobillos y muñecas no estaban aprisionados por cuerdas tensas.

Esos dos días de sometimiento y degradación, sirvieron para informarse más sobre los *yakuzas*. El juez era parte de la red. Él vendía muchachas jóvenes por entre cinco y diez mil dólares. Las menores eran las más caras, alcanzaban los precios más altos. El Juez ostentaba su impunidad diciéndole que nadie podía hacerle nada: –Es un negocio, muñeca, yo y la policía somos los principales proveedores de los *yakuza*... ja ja ||. Anesina trataba de retener información y preguntaba algunos detalles sobre su futuro. –Depende de vos, muñeca. Esta gente no se anda con cosas livianas. La droga y la prostitución van de la mano, y te recomiendo que colabores y cierras la boca con los clientes, de otra manera, perderás los dedos de la mano. Los *Yakuza* tienen la organización más grande del mundo en redes de explotación de prostitución, tratantes de blancas y droga. Más de cuarenta mil personas pertenecen a la organización en forma directa, a ello deben sumarse los funcionarios judiciales, que colaboran en la entrega y facilidades para transporte, y cierta policía que completa la red de impunidad. Tienen sus propios códigos, manejan negocios paralelos en pornografía infantil por internet. Pagan bien, muñeca. No me puedo quejar y sobre todo, son unos caballeros ||, aseguraba el Juez.

A los dos días, el Sr. Oriental entró en la casa para llevarse a Anesina. Dos japoneses de rostro inescrutable la tomaron delicadamente de sus brazos; con cinta de embalar ataron sus muñecas y cubrieron su cabeza con un género oscuro, fue llevada hasta el auto del japonés e introducida entre los dos japoneses en el asiento de atrás. Los vidrios polarizados oscurecían aún más el interior del automóvil. Escuchó las últimas palabras del Juez: –Pórtate bien, muñeca. Seguramente te veré dentro de un tiempo ||.

Anesina partió en un largo viaje, en el que soportaría los días más espantosos de su vida, sometida a ultrajes y explotación sexual: fue humillada y degradada durante el tiempo en que sirvió como trabajadora sexual de la organización, sufrió vejaciones insospechadas y comenzó a consumir cocaína, como único método para sobrevivir. En pocos meses, Anesina se había convertido una de las prostitutas más solicitadas y cotizadas; hasta llegar a manos del mismísimo Sr. Shinoda, el jefe de los *yamaguchi*, cuando Salió de la cárcel. Con él, Anesina logró una cierta estabilidad y trato preferencial, aunque también tuvo que aprender a relacionarse con lesbianas que rodeaban al Sr. Shinoda. El grupo de mujeres convivientes con el jefe eran trasladadas junto a su protector, a los lugares más insólitos.

Pasados dos años, Anesina regresó a su país, donde, por esas casualidades de la vida, encontró en un prostíbulo de la capital al hombre que cambiaría su vida: Prudencio Carmos, el jefe de policía de Piedra Linda, quien visitaba el prostíbulo, como lo hacía regularmente cuando venía a la capital. Prudencio no bien la vio en el salón la pidió.

—¡Mirá que es la más cara! —le advirtió la encargada.

—Si me gusta, pago —respondió Prudencio seguro de su elección.

Anesina y Prudencio pasaron a la habitación privada. Prudencio tenía experiencia con prostitutas, pero, tiempo después, confesó que Anesina conjugaba todo lo que un hombre desea, de modo que no solo pagaría lo que ella pedía, sino que lo duplicaría con tal de que le fuera reservada para él.

Meses después, cuando Anesina y Prudencio entablaron una relación más cercana, en un diálogo informal se enteraron de que procedían del mismo pueblo y que tenían conocidos en común: Piedra Linda y Dagoberto. Desde ese día, Anesi-

na pergeñó junto a Prudencio la vía de escape. Ambos, estaban decididos a hacerlo. Por primera vez, Anesina recuperó la sensibilidad en su cuerpo. Prudencio tuvo esa virtud. Anesina, como nunca, desplegó todo su caudal de conocimiento sexual, para satisfacer al hombre que, en definitiva, la liberaría de ese miserable lugar. La imagen de Dagoberto iluminó el rostro de la sufrida mujer. Anesina sabe que encontrar a Dagoberto no será tarea fácil; pero está decidida a hacerlo. Anesina regaló su único orgasmo de prostituta a un Prudencio que por primera vez, conoció lo que es una mujer de verdad. El plan de escape fue elaborado cuidadosamente luego de cada encuentro, cuando el sexo y el placer eran satisfechos. Prudencio escuchaba atentamente la historia de Anesina, y la remitía a su memoria. Las imágenes que él mantenía sobre aquella mujer, cuando llegó a Piedra Linda con la familia de protestantes, se actualizaban. Sentía que cada vez que confirma los datos aportados por Anesina, ella se aleja; porque en definitiva, sería él quién la entregaría de una manera a Dagoberto. Aún sabiendo su pérdida, Prudencio estaba decidido a sacar a esa mujer de ese prostíbulo y de las garras de la banda mafiosa. -Un barco Panameño y listo ||, se dijo Prudencio entusiasmado.

Embarcaron en la misma nave que había transportado años antes a Dagoberto. Por primera vez, Anesina siente la libertad como el bien máspreciado. Poco tiempo después encontraría a Dagoberto convertido en un santo. De la unión de una prostituta y un hombre Santo, no es difícil encontrar antecedentes en siglos pasados. Hay una constante en ello, como si el pecado y el perdón estuviesen tan cerca uno de otro, que no justifiquen separación. Anesina desembarcó en un pequeño puerto con muelle de troncos. El agua de mar apenas si bañaba la playa sucia con restos de aceites y basura.

Prudencio le había comentado que en ese pueblo costero, Dagoberto se había instalado luego de sufrir una transformación mística.

—Tal vez, veas a Dagoberto algo cambiado, yo no lo veo hace más de dos años, pero sé que en ese pueblo él está haciendo su propia misión, su propia iglesia y leyes. Es posible que nunca los encuentren a los dos, porque son misiones jesuíticas que no están asentadas en ninguna ruta del obispado; es más, Dagoberto envía fondos al Vaticano en forma directa logrando de esta manera que su acción evangélica no sea molestada, los *yakuza* no los encontrarán —le dijo Prudencio.

Anesina escuchaba atentamente cada advertencia. Prudencio reiteraba una y otra vez lo que él sabía por terceras personas sobre Dagoberto e insistía en que la conversión religiosa de Dagoberto lo había cambiado. Dedujo, por lo tanto, que los sentimientos del nuevo Santo —así le llamaban desde hacía un año— también habrían cambiado.

En el tiempo en que estuvo escondida en su casa, aprovechó para comentarle sobre la banda mafiosa *yakuza*. Resumió la captación de mujeres bellas y jóvenes, con procedimientos de secuestro, prostitución y venta. —Están diseminados por todo el mundo, pero donde tiene mucho valor el comercio de mujeres es en los países asiáticos. También trafican con niños y drogas, promocionan los juegos de azar e invierten fuertemente en el campo inmobiliario; y en general se mimetizan con la sociedad, evitando ostentar sus riquezas. Sus negocios legales son múltiples, pasan desapercibidos porque usan testaferros||, le comentaba a Anesina, quien recién tomó conciencia de donde había estado trabajando como prostituta. Su permanente encierro le impidió saber hasta dónde llegaba esa red.

Recordó la obesidad desagradable del Juez y preguntó por él. Prudencio le dijo que hacía un año y medio lo encontraron en su casa con un tiro en la nuca y

sus dos meñiques en su boca. —Venganza mafiosa, Anesina‖, aventuró con voz grave. Anesina sintió una extraña sensación de bienestar, aunque no lo manifestó.

Ella seguía recordando todas las últimas recomendaciones, cuando un hombre vestido de marino la llamó para que bajara del barco. Sus dos bolsos y ropa puesta, único equipaje y una ilusión: encontrar a Dagoberto. Caminó por el muelle admirando el paisaje exuberante. La playa sucia bajo los tablones se volvía azul turquesa a cien metros de ese lugar. Las palmeras y el verde de la vegetación en las ondulantes montañas contrastaba con el gris de los años de encierro. Suspiró con una sensación extraña de bienestar y despidió desde lejos a Prudencio quien no bajó del buque carguero.

En la primera cantina del puerto, Anesina preguntó por Dagoberto.

—¡El santo padre dirá usted! —dijo el hombre viejo que estaba apoyando sus brazos sobre el mostrador de madera.

—Dagoberto, sí, el cura —respondió ella. En anciano la miró atentamente, estudiando su ropa y su cuerpo y le dijo:

—Eres una mujer bella... ¿para qué lo buscas?

—Soy su esposa — afirmo segura Anesina.

El anciano sorprendido, levantándose y pasando a su lado le dijo:

—Sígueme mujer.

Salen de la cantina y una vez en la calle, el hombre le señala una calle lateral.

—Sigue derecho hasta el final de la calle donde hay una plazoleta, doblas a la izquierda y a veinte metros encontrarás la iglesia del Santo Padre.

Anesina caminó con sus dos bolsos a cuestas hasta el final de la calle, donde una plazoleta con una fuente central con agua y unos pequeños bancos de

piedra rodeaban la imagen de un hombre cubierto por una túnica incolora, los brazos elevados al cielo, y las dos manos juntas atrapando una paloma mansa. Se acercó para ver la inscripción en la placa de mármol: —Dagoberto, nuestro Santo Padre‖. Prudencio estaba en lo cierto, Dagoberto era algo más que un cura falso en ese pueblo. Dobló la esquina y tomó la calle lateral. Desde ese lugar se veía una iglesia con formas muy especiales, porque el campanario y las torres no concordaban con las iglesias conocidas. Encima de la puerta amplia de la entrada se podía ver una gran letra D. Anesina entró segura de sí misma; el recinto amplio y fresco tenía bancos largos, alineados prolijamente y un gran púlpito de madera labrada emergía en el ala izquierda. Más al fondo, un hombre de sotana marrón le daba la espalda porque estaba acomodando el altar. Anesina avanzó por el pasillo central y solo pronunció tres palabras:

—Dagoberto, ¿eres tú?

El hombre de sotana no se dio vuelta. Tampoco hizo movimiento alguno. Se diría que era una estatua más del recinto sagrado. Pasaron varios minutos en silencio y cada uno mantuvo la misma posición, hasta que lentamente Dagoberto giró hasta quedar exactamente frente a Anesina que lo miraba con admiración y sumisión. Se reconocieron en silencio; miraban el paso del tiempo, giraban sus recuerdos a ritmo vertiginoso. Se diría que había una comunicación telepática entre ellos. Dagoberto bajó dos gradas y se dirigió a ella con voz dulce, cálida y a su vez anhelante:

—¿Anesina? — solo eso. El nombre. La imagen girando. El hombre de sotana bajando dos gradas y esa voz que Anesina había capturado en su intimidad. Dagoberto tomó su mano derecha y lentamente la llevó por el pasillo central hasta la puerta lateral que comunicaba con su habitación sagrada.

—¿Estás segura? —le preguntó, mirando fijamente a la joven mujer.

—Estoy segura —respondió ella y avanzaron juntos. A partir de ese día, Anesina fue su fiel seguidora; una incondicional mujer entregada al Santo Padre. Ella encontró en ese pueblo y en ese hombre la paz que había buscado toda su vida. Se juramentó acompañar a Dagoberto en cualquier situación. Supo de su debilidad por vírgenes locales; pero también, de la bondad de ese hombre que la sorprendía cada vez más. Los sermones en la iglesia le producían una conmoción profunda y muchas veces, en silencio, sentada en un banco, sollozaba de felicidad y agradecimiento. Prácticamente había borrado de su mente el recuerdo de la mafia *yakuza*. Todos los días amanecía al lado del Padre Santo, con quien había soñado y a quien había deseado.

Prudencio envió una carta a Dagoberto por intermedio de Anesina, en ella explicaba cómo la había encontrado y de dónde la había rescatado. Le recomendaba que la tratara con delicadeza, y que evitara que ella regresase, porque seguramente ya estarían buscando su rastro. Le explicaba cómo funcionaba la mafia *yakuza*, cuáles eran sus intereses y fundamentalmente sus antecedentes. Le recordaba los años que habían pasado juntos en la pensión y las vicisitudes vividas por ambos hasta que él había decidido entrar en la escuela de policía. Le manifestaba su solidaridad por el trabajo misionero que se había impuesto, y adjuntaba algunos recortes de los diarios en donde se destacaban las bondades de su acción en los últimos dos años. También le comentaba que el cuerpo encontrado en el río —a su entender— era de Zoilo, aunque el rostro no había podido ser identificado con certeza, hasta ese momento. Y continuaba. —Ya sabes como son estas cosas... tuvimos que mandar los pulpejos de sus manos para que lo identificaran en lugares de mayor complejidad, porque las huellas dactilares con el agua estaban práctica-

mente borradas, pero creo que el cuerpo, muy delgado y casi consumido, pertenecía a nuestro ex cura Tengo que confesarte que a su velorio nadie fue, por dos motivos: el primero, por la sorpresa de esa muerte y el segundo, porque no había un féretro adecuado (estaba muy hinchado de manera que el cajón no pudo ser cerrado correctamente y el olor a podrido era tremendo). Pero, fijate que algo raro hay en todo esto, porque pocos días antes de encontrar el cadáver de Zoilo, una nube negra del Oeste se acercó lentamente. Pensamos que sería tormenta con piedra, pero no; millones de langostas arrasaron con todas las chacras y cultivos, no quedó árbol sano, las plantas quedaron peladas, sin hojas. Sin embargo, esas langostas —mas grandes que lo normal— respetaron únicamente el solar que tenía Zoilo cerca de la Iglesia. Su huerta tampoco fue tocada y muchos del pueblo decían que o ese lugar estaba maldito, o santo. Vos, como hombre dedicado a Dios, ¿qué opinás? En honor a nuestra amistad y al recuerdo de Rudecinda, debo manifestarte que cuando acudí al burdel, encontré a esta mujer por casualidad; no creas que yo sabía de su afecto por vos y fue mía muchas veces, antes de que ella me confesara parte de su vida. Mi sorpresa fue tremenda, de manera que pido disculpas por lo que pueda yo haber ocasionado, pero nunca tuve la intención de quitártela || .

Cuando Dagoberto leyó la carta días después cuando Anesina se acordó de ella, lo hizo en soledad y mientras se producía aquella revelación, Dagoberto sintió una inmensa piedad por Prudencio. Siempre lo consideró un buen amigo y se preguntó si era casual que otra prostituta, en este caso Anesina, los hubiera reunido después de tantos años. Ya tendría tiempo para contestar e incluso invitarlo a su diócesis, lo importante era que la muerte de Zoilo sí lo había impresionado. Se podía decir que Zoilo era su ídolo y más aún, el culpable de que él fuera en esos

momentos el referente religioso en la zona. Cuando se enteró de las langostas y del cajón entreabierto se estremeció, porque esas referencias tenían mucho que ver con su propia vida. Zoilo y Dagoberto sabían de milagros y también de estigmas, porque en definitiva, ambos los habían padecido; el secreto unió a esos dos elegidos y muchas cosas que les habían pasado quedaron bajo el sello secreto de sus almas. También recordó que la putrefacción de los muertos producía gases que podían reventar sarcófagos; de manera que, si esa pudrición se había dado en el agua con Zoilo, al introducirlo en el cajón la humedad, el moho, el gorgojo y los gusanos se encargaron de fagocitar sus restos e invadir con olor nauseabundo la sala donde lo velaron. Se imaginó la soledad aún en la muerte y recordó que en los desiertos, la soledad era la madre de las visiones mágicas que se transformaban en experiencias reales posteriormente, de manera que esas langostas algo habrían visto en el predio de Zoilo para evitarlo; tal vez, una luz extraña; tal vez, un olor especial a muerte. Si el miedo se había apoderado de sus vecinos, tendrían problemas, porque cada vez que el tiempo cambiase, verían a Zoilo, vestido de túnicas blancas, flotar por su campo lanzando ruidosos alaridos de terror. Algún viviente tendría que contactarse con Zoilo aprovechando su tercer ojo, el Chakra del corazón y plexo solar. Médium, brujos, parapsicólogos, cualquiera de ellos podría hacerlo. Lo extraño era que él no hubiera sentido la muerte en su cuerpo, porque el fenómeno telepático con Zoilo siempre estuvo vigente. Intentaría Dagoberto comunicarse en la noche con Zoilo, fuese alma condenada o glorificada. En cuanto a los *yakuza*, Dagoberto expulsó del pueblo a cuatro *ronin*, que justamente eran los discípulos que los *Yakuza* preparaban para delinquir. Ellos trataron de vender seguridad al pueblo por intermedio de Dagoberto pero su negativa los llevó al enfrentamiento que casi termina en una guerra santa. La expulsión de los *ronin*

permitió liberar al pueblo de esa influencia; después, cerró burdeles y salas de juego. Dagoberto tomó seriamente las palabras de Prudencio, porque conocía la peligrosidad de esa mafia. Protegería a Anesina porque en ella había encontrado algo más que una mujer. Todos los santos aman las prostitutas. Ellas los persiguen. Los aman. Son las discípulas más fieles y cercanas al santo y, curiosamente, la sociedad las rechaza y humilla. Anesina, sería entonces su elegida.

XII

La procesión

Anesina había despertado en Dagoberto la fuerza sagrada del amor, de un amor tan brutal, como la diferencia de sus edades y tan cercano como sus mismos cuerpos que retozaban una y otra vez en ese lecho sagrado del Padre Santo. Dagoberto entregó su alma y su cuerpo, pero sabía también que algo más lo desgarraba diariamente con esa mujer: el temor, el temor de ser abandonado y los celos criminales ante quien osara disputar su hembra. Poco quedaba de aquel hombre dedicado a la escultura y al arte. Su transformación a partir de sus tres días en el cementerio, marcaron un antes y un después. Difícil fue para Dagoberto entender que ese paso no tenía regreso. Avanzaba inexorablemente al compás de un calendario impiadoso. Un día, un mes o un año para Anesina producían lo que la lluvia al capullo: florecía. Un día, un mes, un año en Dagoberto: marchitaban. Esa diferencia abismal que cursaba entre la vida y la muerte, consumía sus energías, e inquietaba hora tras hora su tormentoso amor que sentía hacia esa joven mujer. En

esas tardes de ferocidad amorosa, cuando llega el momento del descanso, ella se sumía en un suave y tierno sueño reparador, mientras Dagoberto permanecía alerta a su lado, observando y amando esa piel tan limpia de años que le producía un estremecimiento interno cuando colocaba parte de su cuerpo a su lado. Esa piel fresca estaba siendo custodiada por una piel grisácea, de poca humedad, descamada, seca y con manchas café, que aparecieron cuando el medio siglo asomó por cada ventana de la vida. Una piel y un cuerpo lozano. Un cuerpo y una piel herida en batallas de vida. Dagoberto sentía vergüenza de los años, cuando desfilaba glorioso con su cuerpo desnudo hacia el lecho donde ella esperaba impaciente. El destello de esa imagen cegaba a un Dagoberto seguro de sus actos, pero cobarde-mente golpeado por los años y experiencias acumuladas. Sin embargo, era tal el éxtasis que le provocaba esa joven mujer, que él ocultaba su imagen, buscando siempre sombras de la noche; aunque a veces una luz sorprendía a los amantes y la risa inocente de ella hería ese cuerpo ajado, que lentamente se acercaba como si fuera un animal salvaje hipnotizando su víctima. Era el momento. La crueldad de los años se mofaba del amor naciente. Y en ese preciso instante era cuando sentía la daga que lo atravesaba con una realidad tan concreta que enfurecía a la bestia. ¡Oh, el amor! Entrampó a ese hombre poderoso. Fue esa frágil mujer quien había obtenido el privilegio de anular su coraza, para transformarlo en un ser dócil y complaciente. El amor del Santo Padre. Su mente enloquecía sin que pudiera parar un instante. Solo con mirar sus ojos fijamente, anulaba toda existencia a su alrededor. Anesina se iluminaba ante los cinco sentidos de Dagoberto que se esclavizaba ante cualquier señal. A veces, Anesina lo ignoraba, no le tocaba sus manos, no le dirigía una sola palabra, no orientaba sus bellos ojos, buscando la mirada de su amante. Dagoberto se sentía humillado, abandonado, desconcertado. Hasta que

Anesina soltaba la risa pícaro —que solo los jóvenes entienden—, ante un Dagoberto desconcertado, paralizado, casi ausente, que inmediatamente acudía al abrazo eterno del encuentro y besaba una y otra vez a esa mujer encantada, viva, brillante de luz que irradiaba un calor sereno, permeable, contagioso. Y él entraba en el fuego sagrado del deseo sin límite. Allí, en ese punto tan sublime como fugaz, se fundían en un solo cuerpo. Gemidos. Un coro de maravilloso sonido acompañaba electrizados cuerpos humedecidos de esfuerzo y vigor. —Sin límite ||, proponía Dagoberto a su amada. —¡Sin límite! ||, respondía complacida ella, entregando la juventud deseada. Y el amor hacía las maravillas de la vida. Llevaba a esos amantes tan distintos, por senderos gloriosos del gozo hasta un ‘¡Basta!’ que brotaba de Anesina satisfecha, alejando a ese hombre debilitado de fuerzas, desparramado en el lecho como si hubiese sido vencido en una batalla. —Es el descanso del guerrero ||, explicaba Dagoberto. Ella, con curiosidad, observaba. Ese descanso terminó abruptamente cuando Anesina se levantó y fue tarareando al baño y encendió la luz blanca. Fue el momento del acto reflejo. Un Dagoberto alerta lo esperaba, rápido cubrió su humanidad con la sábana blanca humedecida de fluidos. Su imagen difusamente sorprendida, buscaba un escondite y la realidad hacía nuevamente la diferencia. Anesina lavaba su cuerpo con delicadeza de reina, pasaba sus manos una y otra vez por ese cuerpo que él había consumido y la espuma de jabón danzaba serpenteando racimos de agua, besando el cuerpo casi perfecto de esa mujer. Dagoberto delira de felicidad y ella sabía que el santo padre era solo de ella; de sus caprichos y sus antojos, que le habían sido otorgados, no por obligación formal, sino como contribución diaria del esclavo a su reina. Dagoberto efectivamente se había transformado en un simple esclavo. El día y la noche mutaban en grandes eternidades en el tiempo, deseaba que ambos se fusionasen en uno solo

y de esa manera ella pudiera estar a su lado permanentemente, sin intervalos que el trabajo demandaba de los hombres y sin obligaciones que interrumpiesen momentos de felicidad plena. Dagoberto oficiaba misas con un solo pensamiento. Un solo deseo. Una sola imagen que había invadido el altar, los sacramentos, su propia sotana, su vestimenta santa y el púlpito transformado en la única ventana que tenía para hablar a sus seguidores sin dejar de mirar a Anesina, que ocupaba la primera banca, ofreciendo sus rodillas desnudas y juntas, como si guardara entre sus piernas el secreto de vida. Ella devolvía esa mirada lasciva complacida, sus manos se entrelazaban llevándolas a sus pechos apretados como ofrenda a su santo. Dagoberto se estremecía, rugía desde el púlpito y brotaban palabras de guerra, de deseo; de poesía mágica; hilvanando palabra tras palabra, como si los sentidos de ellas hubiesen cobrado significados de mensajes sutiles y secretos de amor escondido. Se sentía seguro con esa sotana, con esos ornamentos que le daban a su figura las características de un cruzado. En aquel momento, Dagoberto convencido del dominio absoluto sobre ella, porque la paralizaba con su voz y la hacía temblar con sus discursos. Esa mañana la dedicó a lanzar amenazas del cielo a los desagradecidos, a los traidores y apóstatas. Lo que ella lograba con su belleza desnuda, él lo obtenía desde el púlpito sagrado. Fueron siempre un desafío aquellos encuentros, esos momentos de duro cruce del hombre y la mujer. Dagoberto desarmaba la aureola triunfal que Anesina traía desde su ingreso a la iglesia y la sometía una y otra vez a su autoridad inspirada en ese Dios a que decía representar en la tierra. Pero ese día estaba marcado. Era el día en que los santos patronos eran cargados en andas y llevados al hombro por los feligreses más pecadores para iniciar la procesión, con eternos y memorizados cánticos gregorianos retumbando en el vértice de las criptas. Era un día fijo. La hora correcta, cuando Dagoberto

sentía que el estremecimiento que provocaba Anesina se transformaba en una fuerte conmoción interna, donde su cuerpo comenzaba a tensarse sin coordinación y las imágenes definidas de hombres y mujeres se aprestaban a iniciar el rito de pasear la imagen del patrono, por las calles del pueblo. Se multiplicaban. Se amontonaban. Se pegoteaban en formas difusas, en colores distintos a la luz, en expresiones de voces inciertas. Solo permanecía incommovible la imagen del santo patrono, quien iniciaba la procesión. La imagen brillaba. Le hablaba: –Tómame Dagoberto, líbrame de estos pecadores salvajes, llévame a la punta de la colina desde donde yo pueda orar solo contigo ||.

Dagoberto respondió esa vez con lo inesperado. Lo primero que hizo a ese llamado fue sacar una escopeta que sutilmente hacía mucho tiempo había camuflado en el púlpito para defenderse en caso de ser atacado. Sostenía el arma con sus dos manos mirando el cielo, y elevaba una plegaria de fe, con un grito desgarrador, casi animal. Dagoberto sufría una mutación divina. Se transformó en un celoso guardián de la imagen santa, a la que arrebató violentamente de la tarima de madera; la apresó sobre su pecho y corrió con ella. Se dirigió a la colina.

Los feligreses sorprendidos por su actitud, reaccionaron en minutos, pero esos minutos le permitieron al Santo Padre escapar raudamente con el Patrono de yeso en sus brazos. Hablaba solo en latín; el idioma que él nunca había podido dominar. Las sandalias resbalaron más de una vez por las superficies rocosas de la colina, pero eso no detuvo al Santo Padre. Cubrió con su cuerpo y sus manos la imagen de yeso. La protegía para que no se destruyera. Los golpes y los filos de las piedras abrían heridas en esa piel, y la sangre brotaba tenue, buscando caminos apresurados en su cuerpo y ropa. Dagoberto trepó. En su espalda el arma cargada de perdigones. Ascendía desesperado, invadido por una fuerza misteriosa que le

daba un vigor desconocido, mientras los feligreses lo perseguían implorando una detención imposible y el regreso del patrono a quienes habían sido sorteados ese día para iniciar la ceremonia.

El Santo Padre se detuvo casi en la cima, miró con furia a la muchedumbre que coreaba su nombre y con gestos de desapego y burla, profirió amenazas e insultos. Todo en un idioma neutro y desconocido para él como era el latín. Y así continuaba ascendiendo desordenadamente, sin respetar sendero alguno; solo la intuición de que era el camino ciegamente descubierto por una fuerza desconocida que lo guiaba en línea recta a la cúspide de la montaña, en donde él tenía que dejar la imagen de yeso para poder orar por sus propios medios y no con intermediarios. Llegó trabajosamente al lugar. Apoyó delicadamente la imagen de yeso sobre una piedra y cuidó que el rostro impávido del Patrono mirase al poniente. Luego, oró bañado en lágrimas e inmediatamente se despojó de la sotana y su ropa, para ofrecer su cuerpo al Dios que el yeso le había señalado como el amo. Tomó la escopeta de doble cañón y la empuñó con fuerza, dirigiendo la mira a la multitud enardecida y furiosa que se desesperaba por llegar a la cima. La imagen de yeso miraba al poniente; el hombre desnudo y armado empuñaba una escopeta. Fue suficiente para que la multitud quedara instantáneamente petrificada, detenida en medio de la carrera alocada, siguiendo la indicación de los ángeles, que estaban a pocos metros de Dagoberto. Los ciudadanos elevaron sus brazos acompañados de un grito de alerta: ¡Alto!... ¡Está armado! La procesión se congeló. El miedo la paralizó, la punta de ese cañón dejó sin habla a la multitud. Tampoco se escuchó ruido alguno. La naturaleza había sido sometida al silencio, y el temor había invadido a los pobladores que lentamente recobraron su compostura, sin despertar sospechas de resistencia. Dagoberto transformó en una foto lo que antes tenía movimiento y

vida. Se dio cuenta de que él era, en definitiva y ¡por fin!, el elegido del Señor. Todo ese dantesco espectáculo tenía ahora sentido: las órdenes divinas, el destello del cielo iluminando, la imagen, el cuerpo sangrante y esa fe que brutalmente se había manifestado en su corazón. Era el enviado de Dios. Antes: era el Santo Padre. Hoy era el elegido, el señalado y desde ese lugar, comenzó a dictar sus sentencias en latín y a orar con una devoción oculta. Era el hombre que siempre había pensado ser. Y esa enardecida multitud vencida ante esa maravillosa imagen, se arrodilló ante lo sagrado y admiró al desnudo santo, tanto que dejaron de temer el arma que había apoyado Dagoberto en la piedra mas cercana. Su actitud provocó una devoción colectiva: un rezo misterioso, un coro, pedidos de indulgencias, bendiciones y perdones para ese rebaño. Glorificó al Santo Padre que por fin encontró su destino. Dagoberto lloró de emoción y agradecimiento, como lloró una imagen ante un milagro. La multitud se acercó lentamente para tocarlo, acariciarlo, pedirle e implorarle que los siguiera guiando; también Anesina emocionada, con lágrimas distintas a las que alguna vez había visto el Santo Padre, lágrimas de redención; lágrimas de pecado rechazado, se arrodilló ante el Santo Padre, quien alzó sus brazos al cielo y gritó a los cuatro vientos palabras de perdón. Buscó el rostro de Anesina y ensangrentando sus mejillas, la llevó contra su pecho, mientras con señales primitivas de la cruz, la bendecía una y otra vez hasta que la multitud decidió arrancarla de sus brazos para llevarla sollozando a un regreso santo. Dejaron la imagen de yeso y al Santo Padre en esa colina.

Se fue oscureciendo, desdibujando en la medida que el sol se escondía en tonalidades naranjas entre montañas cansadas de luz. Sentía una fe profunda que invadía su cuerpo y adquiriría una fortaleza desconocida. Un fuego sagrado recorría cada fibra de sus músculos y de sus manos emergieron nuevamente luces que en-

ceguecían. Milagro. Milagro de un ser privilegiado. Dagoberto permaneció ofreciendo destellos inusitados, venerado por un pueblo convencido de su destino. Dagoberto era el hombre predestinado para guiar un pueblo y generar una conciencia distinta. De lo que pudo haber sido una farsa elaborada cuidadosamente y calculada, nació un hombre nuevo, un líder indiscutido que haría de ese lugar, la cuna de una nueva religión; de un nuevo modelo de vida; por una transformación sobrenatural de la historia. El nuevo mandato de Dagoberto era producto de un milagro. Nadie lo dudaba. Los acontecimientos así lo indicaron y durante ese primer año, se dedicó fundamentalmente a curar enfermos y también sanos, utilizando el poder sobrenatural. Su aspecto se modificó, prefería la sotana bordada con hilos de oro en el cuello y las mangas. En la parte superior de la sotana, una vieja mujer costurera del pueblo colocó la letra ‘D’ suficientemente grande como para que una cruz, también bordada en oro quedara encima de la letra, logrando un logo de identificación específica. Los fieles adoptaron casacas de igual color, con el logo destacado en la pechera sobre un fondo naranja. La vieja Iglesia sufrió modificaciones, eliminó las cúpulas, colocó campanarios a sus lados, y en la puerta de entrada, hizo tallar su rostro. Sembró césped muy verde, de cuatro estaciones, rodeando el edificio reciclado, y colocó en el perímetro del jardín geranios violetas y blancos. Trazó senderos rodeados de piedras de colores, y colocó una fuente de mármol a la derecha para que los feligreses se santiguaran con agua bendita, que él mismo se ocupaba de colocar en las madrugadas, después de flagelarse. Permaneció durante meses con dietas que él mismo confeccionaba en un papel, y luego vendía. Las calificó como la dieta celestial. Su vida amorosa se acentuó con los cambios de estación y los ofrecimientos de jóvenes mujeres para la entrega aumentaron en función de la necesidad de perdones divinos.

XIII

Viajero sin boleto

Afirma el Génesis que el espíritu penetra por la nariz. Los brahmanes dicen que el espíritu maligno viaja por las arterias y venas. Viajeros sin boleto. Los chinos aseguran que el Yin (luna/tierra/oscuridad) y el Yan (cielo/luz/fuerza) son parte del espíritu que viaja por la sangre; porque el espíritu es uno de los tres humores. Por algo, el Ichuri maya extrae los males y malos espíritus chupando sangre.

Zoilo y Cristina viajan sin rumbo: son viajeros sin boleto. El amor invade la sangre. Se vive por amor. Se mata por amor. Se desangra por amor. También se pierde por amor. Una flecha atraviesa el corazón. Curiosamente hiere al nacer. El amor viaja en la sangre. Es un glóbulo más, absolutamente invisible. Cupido vuela ridículamente en el tiempo con un arco tenso y con una flecha quieta. Un pequeño viajero mirando lo desconocido. No sabe a dónde apuntar su flecha. Romeo trepa un arbusto y declara su amor antes de caer. Viaja por el aire hasta la fractura. Los sueños viajan en nubes fantásticas e invisibles. ¿Y la vida? La vida es cada segundo pasado. Zoilo sabe del tiempo y no le interesa. ¡Viajeros sin boletos! Dicen. Solo dicen. Pero también afirman que la nariz inhala aire puro, silencioso nutriente de oxígeno invisible; que el corazón tiene cicatrices disimuladas por colores, y que la vida es el segundo que sigue al primero. Viajeros sin boleto. Inmóviles pensadores de belleza o, tal vez, artistas sin título. Ermitaños, vagabundos soñadores de épocas pasadas tan antiguas quizás, que la lupa del investigador obstinado queda sin el lente mágico, impidiendo escrutar detalles al asombro. ¡Cuántas cosas

dicen! ¡Ah!... ¡Que fácil es ser viajero sin boleto!, refrescarse en jardines acuáticos imaginarios, mientras burlan el reflejo de manos dibujadas en aguas quietas, adornadas por nenúfares rojos y blancos. Viajeros sin boleto. Los rodean árboles vencidos por años que transitan indiferentes en sentido contrario al que ellos van. Por la ventana semicerrada, se dan cuenta de que viajan en un tren de carga. Esos gusanos que transitan arterias de hierro y quieren llegar antes que uno. Los árboles imitan sauces llorones, no muy lejos del acueducto donde confluyen calles desiertas con otoños dorados. Brisa tenue, casi una caricia aterciopelada despeja la frente de Zoilo, permitiéndole ver un fondo azulado indefinido, atravesado de mástiles desnudos. Y más allá, más lejos de la rutinaria vía férrea, la majestuosidad de un mar enfurecido. Castiga rocas negras, porosas y brillantes, acantilados inundados por espumas blancas, como nubes abatidas; casi heridas de muerte por rayos zigzagantes. Viajan. Ahora, en el descanso aburrido del viajero, caminan lentamente por el pueblo Piedra Linda, con sus jardines abrazados de cercos desnudos, divertidos por separar colores exuberantes de ocre y azules. Con picardía, descuelgan amarillos, inundando el atril desafiante y mudo. Contrastan los tejados rojos y lejanos de casas viejas, chimeneando humo, escribiendo letras desteñidas que desaparecen. Y los lleva el águila. Ese personaje mágico del cielo que planea sin pestañar. Alado, majestuoso dominando alturas, pasea inmóvil sus alas enormes, empujadas por corrientes de vientos invisibles. Cruzan imaginariamente ríos y océanos. Ahora sí, han cruzado la represa pegada a lomadas brumosas, misteriosamente negras, y descienden por un huerto de frutales en Piedra Linda. Recuerdan su infancia. Se quedan en ese lugar por esa noche. Pueden inhalar el perfume eterno del fruto preservado a la cosecha, y caminan sin rumbo, inhalando aire puro, pintando cicatrices en el atril, dejando pasar el segundo. Pasajeros sin boleto.

Sin tiempo. Un viaje en el aire. Esa noche de invierno, fría, seca, con viento sur azotando los cartones, produjo el hecho que habría de cambiar la vida de ambos, pero fundamentalmente la de Cristina.

Cuatro figuras encapuchadas derrumbaron el cartón principal que hace las veces de puerta en esa frágil y precaria vivienda. Ellos duermen, permanecen ajenos a todo, hasta que dos manos como tenazas atrapan a Zoilo tirándolo de la cama. Lo mismo sucede con Cristina, quién alcanza a gritar antes que otra mano armada con un trapo sucio, cubra su boca lastimando sus comisuras. Zoilo es arrastrado hasta el borde de un arbusto en sombras. La luna creciente, apenas alumbraba esas figuras negras sin rostro. Una voz desteñida murmura casi en la oreja de Zoilo: –¡Así que vos sos el famoso cura rebelde, amigo de Anesina! ||. Zoilo no puede contestar por que su boca está sellada con cinta de embalar; las dos manos atadas con una soga vieja. Cristina murmura sin precisión, con ojos abiertos, asombrados de tanta violencia y desconociendo el origen de la misma.

Zoilo es llevado por esos encapuchados a un destino desconocido. Tal vez, su último viaje sin boleto. Cristina amanece atada y a pocos metros de la casilla de cartón. Toda la noche trató de soltar sus muñecas sin éxito; también refregó su mordaza contra una piedra filosa pensando que el roce haría el milagro de liberarla. Lo logró. Desgastada la fibra de la tela, lentamente fue moviendo el trapo que ocluía su garganta y finalmente lo escupió. Respirar era su objetivo, ahora le tocaba el turno a la correa que inmovilizaba sus muñecas y pies. Tardó varias horas en hacerlo. Al amanecer, Cristina estuvo lista para reiniciar la marcha, esta vez, sola. Zoilo no estaba cerca de ella. Recorrió el lugar con las primeras luces del amanecer buscando a su compañero: nada. Llegó incluso a unos doscientos metros de las orillas de un desconocido río. Desde esa zona alta, recorrió con su mirada una y

otra vez el lugar. Zoilo sin dar señales. Cristina confundida regresó al pequeño e improvisado campamento. Se sentó casi pegada a la casilla de cartón. No atinaba a nada, estaba adormecida; inmovilizada por la situación absolutamente inédita. Al lado de la mochila, sorprendentemente encontró un dedo meñique. La zona del corte tenía sangre coagulada. Cristina lanzó un alarido: reconoció el meñique de Zoilo. Solo el meñique; el cuerpo de Zoilo no estaba.

El meñique

Cristina estaba segura de que el meñique había sido dejado como señal. Zoilo estaba con vida. Nadie perdía una falange y moría. De acuerdo a su pobre conocimiento, las bandas mafiosas solían comportarse de esa manera. Pensó que si era así; el pedido de un rescate sería el siguiente paso. Pero dudaba de un contacto inmediato; porque ella no sabía en donde estaba; no tenía un domicilio fijo y, tampoco, conocía a nadie en ese pueblo. Si se pudiera describir a cada habitante de ese pueblo, ninguno de ellos sería el sindicado; por lo que supuso que se había tratado de una equivocación.

Cristina era una mujer racional: meditaba y evaluaba los acontecimientos; no se dejaba llevar por impulsos o sensaciones. Pasado el momento del impacto, comenzó a analizar cada detalle de lo ocurrido. Le llamó la atención el nombre ‘Anesina’; sí, eso lo recordaba ahora. Era una mujer importante y por lo escuchado, se referían a ella como ‘la amiga de Zoilo’. Zoilo la había mencionado alguna vez, pero ella no podía asegurarlo, porque muchas veces estaba distraída. Que hubiera sido amiga, tampoco significaba que hubiera tenido algo con él; pero el dato fundamental de ese secuestro era el nombre de esa mujer. En cuanto a lo de

cura rebelde, esos hombres estaban en lo cierto; ella daba fe y lo avalaba. De manera que tenía que solucionar dos cosas: el meñique de Zoilo y encontrar a la mujer llamada Anesina. A partir de allí, podría resolver el caso. No podía quedarse con el meñique en su bolsillo; tampoco colocarlo en un frasco, porque no lo tenía y menos aún, formol o alcohol. Consideró que tenía que enterrarlo con decoro, y no tirarlo para que fuese presa de pelea de alimañas.

Un pueblo es siempre un pueblo; de modo que Cristina comenzó a caminar con el meñique envuelto en un trapo, buscando el cementerio. Este lugar era fundamental de todo pueblo o ciudad. Le bastó con preguntar a una señora que caminaba por la vereda en dónde estaba. La señora, sorprendida, terminó indicándole con detalle. En realidad no estaba alejado: solo 20 cuadras. Caminaba Cristina pensativa. Trataba de armar ese rompecabezas tan extraño y hacía un esfuerzo por recordar otros detalles de Piedra Linda que Zoilo pudo haber descrito antes. Sabía de la historia de ese pueblo y recordaba también los nombres de Dagoberto y Prudencio. Tenía una noción difusa del resto, pero consideraba que iría apareciendo en la medida que su investigación avanzase. Ahora, su tarea era desprenderse del meñique de Zoilo.

El cementerio era modesto. El arco de entrada estaba descascarado. El revoque antiguo era color ceniza y la verja de hierros negros con una pequeña lanza en la punta alertaba a los curiosos. El portón estaba entreabierto, Cristina empujó y miró a los costados, certificó que no había nadie. Los pasillos que separaban las bóvedas y los nichos estaban solitarios. Algún que otro ramo de flores marchitas sobre las tumbas y floreros viejos, y debió reconocer que la arboleda era lo mejor que tenía. Caminó por el pasillo central, pensando que al final habría una zona libre. No necesitaba un gran espacio; era solo un meñique, pero había que ente-

rrarlo. Era cierto. Al final del pasillo, había un espacio de unos cuatrocientos metros cuadrados de verde. Unos escasos mármoles tallados señalaban las tumbas bajo tierra. Ella buscó una orilla y encontró en el ángulo oeste, de ese lugar, el sitio perfecto: un pequeño espacio de tierra removida, posiblemente como resto de una sepultura reciente. Cristina no tuvo inconveniente en enterrar el meñique. Cavó con una lata abandonada un foso de veinticinco centímetros, luego colocó piedras pequeñas encima y al final una laja de cuarenta centímetros que alcanzó para cubrir la pequeña tumba. Se quedó unos minutos pensando en Zoilo, como un homenaje a su falange perdida. Al dar media vuelta para iniciar el regreso, encontró a pocos centímetros de ella, la figura de un hombre en silencio que la observaba con curiosidad. Pasado el impacto, ella esbozó una sonrisa a modo de disculpas y trató de avanzar por un costado del hombre silencioso. Él la tomó del brazo y le pidió que le explicase qué hacía y qué había enterrado en ese lugar: —¿No será el producto de un aborto? ||, preguntó con voz de sospecha cierta. Cristina retomó aire y se presentó, explicó lo que había pasado, le pidió que certificase lo que ella había enterrado y le pidió un poco de agua.

—Yo soy el cuidador —dijo el hombre—. Me llamo Hércules y debo anticiparle que no puede irse hasta que no veamos lo que usted enterró en ese lugar. No es la primera vez que me plantan un feto.

Ella asintió y ambos terminaron desenterrando el meñique. Hércules lo tomó con dos palitos y lo levantó.

—¿Es de un hombre? —preguntó

Cristina contestó afirmativamente y nombró a Zoilo como su propietario.

—¿No será el ex cura? —preguntó Hércules asombrado.

—Sí —dijo ella más animada y aliviada—, ¿lo conoce?

Hércules relató el paso de Zoilo por ese pueblo. Incluso, mencionó que él mismo enterró un cadáver con ese nombre, hacía ya unos años, e invitó a Cristina a la bóveda de los Jesuitas.

—Sabe, ¡nadie fue a su velorio!, así de ingrata es la gente —aseguró el hombre y tomando el brazo de Cristina la invitó a la oficina—. Tengo café y algo para que desayune.

—Prefiero antes ver el lugar en dónde usted dice haber enterrado a Zoilo.

Hércules admitió que eso era lo prioritario y acompañó a Cristina por los senderos laterales.

—La bóveda de los jesuitas es algo rara, yo le pido que vea sin tocar nada, en el cajón superior está la placa de Zoilo, ya le contaré algunos detalles de ese panteón —le advirtió, mientras caminaban.

Cristina comprobó lo dicho por el cuidador: la placa decía ‘Zoilo’; no había duda, y por única vez desconfió de la identidad de su compañero: —Y este hombre con quién he vivido, ¿quién es entonces? || Por primera vez se angustió.

Regresaron a la puerta de entrada; al lado derecho, una pequeña oficina. Hércules le preparó un desayuno.

—Usted no ha comido desde hace días —aseguró mientras servía el café y pan con manteca. Cristina admitió que tenía hambre. Aceptó el café humeante y comió el pan con delicada dedicación. Durante dos horas, estuvo con Hércules. El hombre necesitaba hablar; pasaba el día con los muertos y encontraba en Cristina a la persona indicada para contar casi toda la historia de Piedra Linda, el entierro de Zoilo, lo afirmado por Prudencio, y hasta la historia de Anesina. Cristina absorbía cada palabra con notable interés. Al terminar él su relato, le tocó a ella

hacer su reseña. Hércules, aun no siendo un hombre respetuoso, la escuchó atentamente con cara de profundo asombro.

Cristina era una mujer intuitiva. Algo le incomodaba de ese hombre; sentía un rechazo sin motivo, pensaba que tal vez, el trabajo en las tumbas y el contacto con los muertos lo habían rodeado de un extraño halo o aura; pero decidió ignorarlo. Cuando ambos satisficieron su curiosidad, se sirvieron otra taza de café. Se quedaron sentados, mirándose uno a otro, sin hablar una sola palabra. Se podría afirmar que se estudiaban mutuamente en detalle. Trataban de creer la veracidad del relato.

Por fin, Hércules rompió el silencio y propuso a Cristina visitar a Prudencio, que como buen jefe de policía, le podría dar más datos. Cristina aceptó con rapidez. Marcharon juntos por las calles del pueblo, hablando animadamente rumbo a la policía.

Prudencio estaba ocupado con un par de muchachos que habían intentado robar en un almacén. No bien terminó de tomar la declaración, cuando salió a fumar un cigarrillo, encontró a Hércules acompañado de una señora, la que fue presentada como Cristina Della Luz. Intercambiaron algunas palabras y Prudencio prometió hacerla entrar no bien se deshiciera de los muchachos. -Esperen acá||, les dijo, entrando nuevamente a su oficina.

Cristina escuchó a Prudencio en el camino y en esa antesala, se enteró de algunos detalles que ignoraba; sintió compasión por Zoilo. Hércules coincidió en sus apreciaciones y le pidió que fuera concreta en su charla con Prudencio: -No le gusta ir por la tangente||. Los tres sentados, separados por el escritorio de Prudencio, hablaban de los dos casos: el meñique y Zoilo. Prudencio no aceptó error en

el reconocimiento; aunque por el mal estado del cadáver admitió que pudo haberse equivocado.

—Haremos un examen de ADN —dijo como para finalizar la entrevista—. Ahora la policía depende del laboratorio genético. Todo lo relatado lo voy a documentar y usted —refiriéndose a Cristina—, si está de acuerdo podrá firmarlo; mientras tanto le voy a conseguir hospedaje, hasta tanto hagamos los procedimientos que correspondan —concluyó sin preguntar si estaba o no de acuerdo.

Cristina se hospedó en la casa de Dagoberto. Linda Mapala aceptó albergarla a regañadientes; pero no había otra opción. Linda desconfiaba de la mujer como siempre lo había hecho de todas las mujeres que habitaron la casa de Dagoberto. A los quince días, Prudencio concurrió a la casa con la noticia esperada:

—Efectivamente, ese cadáver no es de Zoilo. Pertenece a un hombre llamado Inocencio Mundorreal.

Cristina tardó varios minutos en sobreponerse y no dio datos de su pariente. —No vale la pena. Ya está muerto ||, pensó.

Prudencio le pidió algunos detalles de la madrugada en que Zoilo había sido secuestrado. Ella aportó muy poco, porque aquellos hombres estaban cubiertos por pasamontañas.

—Sí puedo afirmar que eran hombres de baja estatura.

Hércules había tomado confianza con Cristina, la visitaba no bien salía de su trabajo, e intimaban como buenos amigos. Cristina estaba agradecida, pero también inquieta. La mafia japonesa estaba en primer lugar como sospechosa para Prudencio. De cualquier manera, el comisario pensaba que ella corría peligro y colocó un custodio en el domicilio de Linda Mapala. Luego, Prudencio decidió enviar a Cristina cerca de Anesina y Dagoberto.

—Es el lugar más seguro para usted Cristina —afirmó el policía—. Al menos, hasta tanto podamos seguir el rastro de Zoilo y la banda japonesa.

Dicho esto, Prudencio contó detalles de la misión presidida por Dagoberto.

—Se llevarán bien, es un buen hombre... algo tocado, pero es lugar seguro —afirmó y se retiró para preparar la partida—. La acompañarás, vos, Hércules —dijo señalando al cuidador de cementerio que aceptó gustoso.

Cristina y Hércules tardaron en llegar; el capitán del barco de carga puso sus reparos por el viaje de Cristina. —No es conveniente mujeres a bordo ||, manifestó recordando que ya la excepción la había hecho con Anesina. —Prometo que es la última ||, le dijo Prudencio.

Llegaron en la madrugada, el muelle estaba deshabitado y el pueblo dormía. Tuvieron que esperar en una cantina de pescadores. Desayunaron hasta que el sol comenzó a salir. El tabernero les indicó cómo hacer para llegar hasta lo de Dagoberto y les recomendó prudencia con lo que hablaran, porque hacía ya unos dos meses que el humor de Dagoberto no era de lo mejor. —Tiene muchos problemas ||, aseguró el tabernero a título de justificación.

Hércules estaba fascinado con el viaje y esa aventura que lo alejaba de su rutina. Encontró un pueblo extraño, pero cálido, de casas pequeñas, todas de madera, en la periferia y le llamó la atención la arboleda que los acompañó todo el camino. No les fue difícil llegar hasta la residencia del Santo Padre, como lo llamaba la gente y al sonar las nueve campanadas de la iglesia, Hércules tiró de un cordel y sonó una campanilla avisando que había visitas. Una mujer ya madura pero bella atendió y se sorprendió por los forasteros.

—Sí, ¿qué desean?

Hércules se presentó y entregó un sobre blanco con la carta de Prudencio.

—Venimos de parte de él —dijo serio y atento.

Anesina recibió la carta, observó la letra y reconoció a Prudencio.

—¿Parientes?

—Algo así... —dijo Hércules.

Anesina entró, la puerta se cerró y los dos visitantes esperaron en silencio.

—Pasen —dijo Anesina abriendo nuevamente la puerta—, el Santo Padre los espera.

Hércules reconoció al hombre vestido por una túnica blanca, larga, simple. Lo notó algo cambiado, más gordo, el pelo raleado en su cabeza y le llamó la atención la mirada: una mirada ausente, frágil; tal vez, una mirada híbrida, sin sentimientos. El blanco de su túnica lo hacía más majestuoso, más digno o más puro. Se encargó de recordarle que se habían visto en el cementerio, hacía varios años atrás.

—Sí; lo recuerdo —aseguró Dagoberto sin muestra de sorpresa—. He leído la carta de Prudencio... buen amigo. ¿Y que pasó en ese pueblo después de que me fui? En cuanto a ti, hija, pocas preguntas te haré ahora, pero en los próximos días deberemos profundizar algunas cosas.

Hércules comenzó a explicarle detalladamente las novedades y reiteró la información oral que enviaba Prudencio.

—Buen muchacho... buen muchacho —repitió en voz baja y los invitó a sentarse. Cristina y Hércules se explayaron; trataron de unificar sus relatos y lo más importante: demostraron que sus vidas estaban en manos de Dagoberto. Cuando terminaron sus relatos, Dagoberto, que escuchaba con respeto y silencio, se levantó y se dirigió a la ventana. Pensaba, mientras miraba el paisaje que lo subyugaba. Una leve brisa ondulaba las flores en su jardín, algunos pequeños

pájaros de colores jugaban en el césped y una paloma se había posado en el respaldo de una silla del jardín. Se dio vuelta y anunció con voz lenta y uniforme: -No tengo opción. Si la devuelvo, seré el culpable de lo que le pase. Si se queda: salvo su vida. Pero también advierto que puede generar un problema local, por su extremada belleza ||.

Cristina se sintió reconfortada. El paso siguiente fue un almuerzo en el mismo lugar. Hércules no pudo explicar mucho el caso cementerio, porque toda la investigación se paralizó envuelto en un misterioso silencio de la Iglesia. Incluso, los jesuitas entablaron juicio al estado por violación de la propiedad privada. Dagoberto aceptó hacerse cargo de esa mujer y llamó a Anesina para que la instalara en su propia casa. El agradecimiento de Cristina no tardó en llegar: adelantándose dos pasos, abrazó a Dagoberto. Como respuesta notó un cuerpo frío, rígido, extraño, pero alcanzó a retirarse con disimulo. A Hércules, enviado al muelle para su regreso, le obsequió antes de salir unas estampas con su leyenda preferida: -El Santo Padre Dagoberto te bendice ||.

Hércules regresó a Piedra Linda con una carta de Dagoberto para Prudencio. En el camino, repasó mentalmente todos los lugares que había visitado y reflexionó sobre el cambio de Dagoberto. -¿Será un santo? ||, se preguntó y estalló en una carcajada y clavó su cortaplumas en la madera del asiento.

XIV

Zoilo libre

Zoilo no fue agredido físicamente. Permanece en una habitación confortable: pocos muebles, los suficientes para acostarse y lavarse en una palangana con agua fresca. Un espejo ovalado en la pared sur de la habitación. La ventana rectangular, pequeña, a un metro ochenta del suelo. Está alta, es un ventilete; una banderola con reja importante hacia el exterior. Da a un patio interno que tiene un juego de jardín con dos macetas de flores cuidadas. Nadie habita ese patio. Tampoco se escuchan voces. La cama es confortable y las sábanas limpias. Pasan varias horas de su abrupta llegada. Dos hombres encapuchados, educados y respetuosos entran sin hablar. Uno de ellos le indica la cama a Zoilo para que se acueste. El otro deposita un pequeño maletín al lado de la palangana y extrae dos cajas metálicas. Una de ellas tiene varias jeringas. La otra, ampollas, cuyas etiquetas Zoilo no puede leer. El hombre que está a su lado le toma el brazo delicadamente, lo arremanga; mientras el compañero avanza con una jeringa cargada con dos ampollas cristalinas. El bisel metálico se introduce sin dolor, una columna de sangre se ingresa en la jeringa. –Son manos expertas ||, piensa Zoilo que se abandona al efecto del líquido cristalino. En pocos minutos, entra en un agradable sopor; una pronunciada percepción de vértigo, como si fuese cayendo en forma lenta. No siente miedo, el bienestar es superior al temor. Los dos pequeños hombres se mantienen a su lado indiferentes, hasta la entrada de un tercero sin capucha. Sus rasgos orientales y su tamaño denotan que es chino o coreano. Toma una silla del rincón y se sienta al lado de Zoilo. Le controla el pulso con cuidado y comienza

un interrogatorio, previo encendido de un pequeño grabador. Nada dice Zoilo cuando le pregunta sobre Anesina, porque sencillamente desconoce su destino y sus actividades. El interrogatorio dura unas dos horas. Preguntas concretas, dirigidas y libres de mala interpretación. Zoilo contesta en forma clara, a pesar de que él está en un viaje paralelo, donde las imágenes más coloridas y bellas acompañan al estado indiferente de su cuerpo. El hombre sin capucha, inmovible, hace su trabajo con rigor profesional y tiene un gesto de humanidad, cuando seca la húmeda cara de Zoilo. Al finalizar la grabación, el hombre vuelve a tomarle el pulso, recoge sus instrumentales y sale en silencio; no sin antes hacer un gesto negativo con su cabeza, anunciando el fracaso del procedimiento. –Si con esta droga no habla, es porque nada tiene que decir este hombre||, afirma en voz alta.

Se retira luego de saludar a los encapuchados con una reverencia oriental.

Zoilo permanece en estado de semiinconsciencia, sumergido en un extraño sueño que parece ser interminable. Los dos encapuchados acomodan la habitación en sus mínimos detalles y luego de verificar el estado de Zoilo, salen de la habitación no sin antes haber cambiado el agua y colocado diez gotas de un frasco marrón, que uno de ellos saca del bolsillo de su campera. Horas después, Zoilo despierta en soledad. Su primera imagen es un techo con lámparas encendidas, colgando de un cable. Mira a un lado y otro y comprueba que no hay nadie. No tiene idea del tiempo que ha transcurrido; trata de incorporarse, pero un mareo se lo impide. Regresa a la misma posición y espera que se aclaren las imágenes y los colores. Sabe que ha sido drogado. Ignora qué le pusieron, pero verifica que su cuerpo está intacto; su ropa permanece en su lugar. A las tres horas, uno de los pequeños hombres abre la puerta y deja al lado de la palangana un plato de abundante comida. En realidad Zoilo tiene más que hambre, mucha sed. De manera

que toma agua de la palangana antes de lavar su cara. Come sin mucho apetito, la presentación del alimento invita a esto. Recuperado, sube a la silla y se toma del borde de la ventana para ver el patio. Todo está igual. Nota que el piso está más limpio: brilla. Pasado cuarenta minutos, siente sueño, se estira en la cama y se queda profundamente dormido. Zoilo es un hombre de mucha vida interior. Lo aprendió y reforzó en el seminario. Y se mantuvo en su paso por la vagancia en las calles. No lo asusta la soledad y menos, cuando tiene una comodidad que hacía tiempo no aprovecha. Vuelve a tener mucha sed, y al no tener más agua que de la palangana, vuelve a tomar con avidez. No hace falta decir más. Un sueño similar al anterior lo invade. El agua contiene psicotrópicos. Cuando despierta, nota que la ventana está oscura. Es de noche. No sabe cuantas horas han pasado, porque su reloj de cuerda, no lo tiene. Se da cuenta que duerme cuando toma el agua de la palangana. Siente nuevamente mucha sed, pero se abstiene de tomar, desconfía del agua. Amanece en una habitación casi cerrada, no es difícil esa deducción. Una tenue luz enciende la ventana y se escucha movimiento de algo. No sabe qué es, pero el ambiente se va acompañando de ruidos aislados. La puerta se abre y Zoilo cierra los ojos en forma refleja. Siente que una mano le toma la muñeca y realiza nuevamente el conteo de su pulso. No habla el visitante y Zoilo no abre los ojos. A los pocos minutos, dos manos toman sus brazos y lo cargan sobre un cuerpo que se mueve. Luego lo depositan en lo que supone es una silla de ruedas, porque sus piernas que se asientan en el piso son llevadas a una plataforma más elevada. Y así, lo llevan por pasillos largos, limpios de decoraciones y de color lila. Zoilo espía sin abrir sus párpados. Una brisa fresca y nueva golpea su rostro. Sabe que está en el exterior. Con el ojo derecho alcanza a ver el mismo auto que lo trajo. Los hombres, siempre en silencio, lo cargan en el asiento trasero. Zoilo se

deja llevar. No tiene miedo. El viaje se realiza sin problema. De vez en cuando, Zoilo trata de ubicar el recorrido. Está en la zona periférica del pueblo, porque reconoce el barrio de casas de madera. Para el auto. Está en un descampado. Dos hombres bajan a Zoilo y lo depositan con suavidad entre los arbustos. Zoilo, quieto, respira con tranquilidad. Percibe los pasos de los dos hombres que se van alejando del lugar. Poco tiempo después, el sonido del arranque del coche y su partida. Zoilo permanece en esa posición. No quiere abrir los ojos, porque no puede creer que esté libre y sano. Espera el gatillo de un revólver o el bisel de la jeringa, pero no. Está en medio de yuyos en un descampado. Las hormigas le obligan a tomar conciencia que está vivo y que no hay nadie. Unas hormigas coloradas, cientos de ellas están en su cuerpo y en su ropa. Salta Zoilo golpeando su ropa. Se da cuenta de que también están en su cuerpo. Tiene que desnudarse y quitarlas. Hecho esto, mira hacia los costados, al frente, atrás. Gira su cabeza. Nadie. Nada. Un campo abandonado. Son las once de la mañana por la altura del sol. Zoilo trata de orientar el pueblo. Su último registro visual, Sur Oeste. Comienza a caminar.

Mientras lo hace trata de recordar, lo que pasó entre el secuestro y esa inyección. Alguien lo delató. Alguien que conoce su estadía sabe dónde ubicarlo. Recién entonces siente temor, y recuerda que Cristina quedó en ese techo sola. Se estremece. Desea llegar lo más rápido posible para certificar una sospecha. No se atreve a razonar. ¿Y si ella también sufrió un secuestro? Apura el paso. No fue difícil encontrar el camino y tampoco el lugar, pero Cristina no está. Tampoco sus pocas pertenencias. Zoilo queda un rato sentado en el suelo, piensa qué hacer. Todo confuso. No imagina que en Piedra Linda pase esto. Inmediatamente la imagen de Prudencio se presentó como lo más cercano y allí fue a la comisaría de

Piedra Linda. No cree Zoilo que haya sido trasladada. Era un edificio relativamente nuevo.

Si algo le faltaba a Prudencio era encontrar vivo a un muerto. Y esto es lo que pasó cuando vio a Zoilo frente a él. No sabe en realidad Prudencio si sentir asombro o vergüenza. Asombro, por ver a Zoilo después de algunos años. Vergüenza, porque él aseguró en su momento, que el cadáver encontrado en el río pertenecía a su amigo Zoilo. Pero bueno, Prudencio está preparado para distintas situaciones y sabrá enfrentar ésta. Presuroso, se levanta y sale a estrechar en un abrazo a Zoilo. De paso confirma que esa imagen no es un fantasma. Zoilo no abrió la boca, porque Prudencio, no le dio tiempo. Los amigos, luego de abrazos y decir que gusto tienen ambos de encontrarse, se separan y toman asiento, cada uno donde corresponde. Zoilo cuenta su versión y describe a Cristina con detalle. No le interesa tanto la investigación de su secuestro, como el destino de Cristina. Prudencio escucha atentamente. Ya son dos casos que confirman la presencia de la mafia japonesa. Cuando calla Zoilo, Prudencio haciendo gala de su facilidad para dar buenas y malas noticias dice:

—Querido amigo, eres la segunda persona que me habla de esta mafia; y es más, nunca sospeché que pudiesen llegar hasta este pueblo pequeño. Pero debo advertirte como policía: te prohíbo hacer investigaciones personales. Yo tomaré debida nota de lo que dices y enviaré circulares a los pueblos vecinos para que detengan a toda persona sospechosa que maneje el auto que describes. No es difícil esa tarea en las rutas... ¡Ah!... y debo comunicarte que Cristina está en buenas condiciones y lejos de este lugar para su mayor seguridad.

—¿Cuán lejos? —pregunta Zoilo.

—Algunos kilómetros, amigo, pero creo que podré hacer lo que propuse antes: te enviaré a ese lugar.

Zoilo y Prudencio hablaron horas; el amigo policía documentó el secuestro con detalle que luego Zoilo firmó. También lo puso al tanto de la situación de Dagoberto y Anesina, de Piedra Linda; de amenazas de la mafia japonesa en el país, de los seguimientos que estaban haciendo.

Zoilo escucha en silencio. Le parece increíble que todas estas cosas hayan pasado y que, curiosamente, todos convergen al mismo lugar, llevados por el destino. No oficia de sacerdote, pero mantiene cierta intuición para cosas sobrenaturales; hasta comenta con seriedad que en una de esas Dagoberto realmente puede ser un hombre santo por los detalles que Prudencio relata puntillosamente.

—¿Se le conocen milagros? —pregunta ansioso. Prudencio lo niega. Es decir; cuenta un par de cosas extrañas que le llegan periódicamente a su oficina, sobre Dagoberto; nunca le dio preferente atención. Aunque ahora que Zoilo menciona esa posibilidad, duda.

—De cualquier manera, serás testigo directo, porque mañana estás viajando. Ahora date un baño, ponte cómodo en mi casa y yo arreglo todo para que en la mañana salgas.

Zoilo, respira por primera vez hondo. Está en buenas manos. Los amigos de siempre, aún cuando no estén en los velorios, siguen en donde uno los necesita. Prudencio es la prueba, y más, cuando ya puso a Cristina a salvo. Lo bendice. Zoilo ignora muchas cosas de la mafia *yakuza*. Su experiencia ha sido poco feliz y pregunta a Prudencio algunos datos más sobre este tema.

—Mira, Zoilo, puedo darte alguna información que no sea la confidencial, pero se puede resumir en que los *yakuza* son un gran problema en Japón, y su ex-

tensión en los últimos años por el mundo ha sido vertiginosa. Se organizan como clanes, asemejándose a empresas de gran actividad y provecho económico. Mantienen un código rígido e incursionan en prostitución, droga y trata de blancas —así denominada a fines de siglo XIX, por iniciar el tráfico de mujeres blancas para prostitución en Europa, África y Asia—. En los últimos diez años, anexaron el negocio de niños. Se calcula que son unos cuarenta mil miembros distribuidos en el mundo. Se iniciaron al final del siglo XIX con los bakuto, dedicados al juego clandestino. Terminada la segunda guerra mundial, amplían su negocio al tráfico ilegal de mujeres y droga. Extorsionan grupos políticos y policiales, usando las mismas mujeres para esos fines y reclutan samuráis descartados de sus funciones por los daimyo, transformándolos en *ronin*.

—Pero ¿eso será en Europa? —lo interrumpe Zoilo.

—No creas, en América están muy bien organizados. Las mujeres paraguayas son muy cotizadas al igual que las colombianas.

Prudencio se levanta a buscar un vaso de agua y continúa:

—En realidad, Zoilo, Anesina tuvo mucha suerte de haber podido escapar a esta organización y creo que con Dagoberto, al menos, estará cubierta por un largo tiempo. El tiempo juega a su favor, porque el tráfico es con preferencia de menores: entre los veinticinco y veintiocho años. Después pierden valor en el mercado.

Prudencio suspira, tiene más datos sobre estos grupos, pero entran dentro de la confiabilidad policial. Zoilo escucha con atención, y en cierta medida con inquietud.

—¡Pero tú consumes ese producto! —acusa Zoilo.

—Es cierto, pero debes comprender mi situación. Soy el responsable de la seguridad; no puedo tener lazos afectivos que me impidan esta función ni me puedo permitir ser un débil emocional. Acudo, como bien dices, a prostíbulos. Pago y tengo el sexo que quiero, no hay otra relación más que esa. Me descargo y regreso a mis tareas. Ellas, en un momento dado, se convierten en amigas y a partir de esta relación más cercana debes alejarte para evitar involucrarte. En cierto sentido, la libertad que tengo se paga con un alto precio y si le miras la parte buena, a Anesina la rescaté de esa organización a consecuencia, justamente, de esta relación más cercana. Es difícil que ellas te cuenten su vida y más aún, cuando son explotadas sexualmente. Nunca saben con quién hablan. Piensan que cualquiera de nosotros puede llegar a ser un informante de la organización. Si hay una confidencia que los ponga en peligro, desaparecen del mundo. Así de simple, mi querido amigo —Prudencio considera que hasta aquí es lo correcto como información y cambia de tema antes que Zoilo insista en saber más—. ¿Te comento algo más de Dagoberto? —dice cambiando de tema.

Zoilo, con su formación teológica puede aportar algo más a las reflexiones de Prudencio:

—Espera —le dice Zoilo—. Concerniente a lo que ya me comentaste sobre este buen amigo, debes leer algo sobre meditación y budismo para entender las actitudes sufrientes de Dagoberto. Sabes que el budismo no cree en Dios pero sí en el dolor, por el que alcanza el estado de éxtasis. Vacío completo, satori o nirvana, con deconstrucción de la realidad del yo, y la lógica misma, mediante una compleja técnica de meditación interior. Creo que Dagoberto está influenciado con esto. Las tradiciones místicas están en todas las religiones: taoísmo, chamanismo, budismo, el camino sufí en el islam. Dagoberto, por lo que cuentas, ha

tenido esta experiencia mística, tal vez, acosado por su vida y la necesidad de aislarse. Si en esa reclusión voluntaria controla su respiración y pensamiento, ya se considera terreno fértil para sus actividades espirituales.

Prudencio escucha abriendo la boca; nunca nadie le habló así. Zoilo es para él una eminencia.

—¿La respiración? —repite asombrado.

—Sí, la respiración; es el puente entre el cuerpo físico, el estado de ánimo y la mente —refuerza Zoilo su teoría.

Zoilo y Prudencio deciden que, por la hora, deben preparar los detalles de la partida y a eso se dedican. —Mañana, Hércules te acompañará. Él se encarga de todo y conoce el camino a la perfección ||.

XV

El ataque

En esa época —explosiva en tecnología e información—, la lectura sobre civilizaciones, etnias y misiones evangélicas interesa poco. Los afectos, desvalorizados, demuestran fragilidad. Gracián podría sintetizar que *El más poderoso hechizo para ser amado es amar*. Sin embargo, hubo siglos cargados desamores, y una recopilación de consejos justos simula una guía de vida práctica. La Rochefoucauld, considerado perito magistral de pasiones: orgullo, amor, vanidad y pereza, que entiende del tema y ese vértigo de sentimientos cada vez más integrado al pasado, deja caer el peso de su reflexión en la pereza, a la cual calificó como la

más oscura desgracia que le puede ocurrir al hombre. Y ocurrió. Porque los cambios sociales llevaron al mundo a una pereza contagiosa. Dagoberto vivió en algún momento de su vida esa etapa. La superó. Logró amalgamar experiencia con observación y con respecto al amor, pudo considerarse un agraciado. Diferenciar luz de sombra. Poder sondear la intimidad más profunda de lo humano con la sencillez del hombre observador, conocedor de la miseria humana y explicar sus consecuencias, mejor que el exquisito filósofo que invade la humanidad con conclusiones.

No hay en Dagoberto resquicio alguno que debilite la fragilidad de su persona. Debe revalorar el conocimiento, como base fundamental para sobrevivir, desde el nacimiento hasta la muerte. El ciclo de una mortalidad incommovible. Vivir, sentir, poder mirarse a sí mismo: amar, luchar. Todas acuden con prestancia al llamado de quien puede mezclar esos beneficios. Tal vez, la paz buscada por Dagoberto, esté al final y el camino hacia ella esté saturado de cosas bellas y también malas. Esas diferencias multiplican su esfuerzo para nivelarlas solo hacia su persona. -Si debe haber injusticia, que sea total||, afirma en sus sermones. -Solo yo, quien está ungido de gracia por el Señor, debe recibir méritos y beneficios... porque... ¡yo!... soy ustedes|| asegura con vehemencia desde su púlpito. Dagoberto vive en una zona condenada al olvido y abandono. Es cierto, a veces, la desesperación de sus habitantes —poco acostumbrados a trabajar—, esperan una luz divina que les devuelva la dignidad perdida. Ya vimos cómo ese mundo injusto, vació el futuro y dejó marginación, como legado más cruel. Dagoberto, Anesina, Zoilo y Cristina fueron testigos y víctimas. Se autoexcluyeron del sistema de una forma u otra. Escasos fueron quienes acumularon fortunas y bienes, descubriendo que en la abundancia la fuente de una vida eternamente satisfecha es el dinero. Valoran

en esto su propia potencialidad, observando cómo los humildes transformados en piedra resisten sin posibilidad el movimiento y ausencia de fuerzas. Dagoberto se da cuenta de que esa sociedad tiende a explotar. Piensa que sus restos quedarán como el templo de Poseidón, con columnas que aún hoy sostienen estructuras vacías, con resabios de placeres de ricos. Placeres de poderosos, contrapuestos al mundo real donde se arrastra. Dagoberto: El santo Padre, como gusta que lo llamen, trata aún en su delirio místico impedir que la cimitarra de la ambición colectiva cargue contra él y su entorno. Sabe que quedará enterrado en esa misma tierra de sal y arena, pero en sepulcro especial. El mismo silencio eterno se repite. Dagoberto evangeliza. Su férrea ambición mística le permite incorporar discípulos cada vez más cercanos a su verdad y se piensa a sí mismo: eterno. Los enemigos de aquel Galileo crucificado pensaron que al eliminar su figura la influencia devastadora para sus intereses terminaría. Olvidaron sus discípulos. A los cincuenta días de su muerte, estos salieron del silencio a predicar que Yeshuá de Nazaret había resucitado. El sermón del pescador Simón convirtió más de tres mil personas de una sola vez y hubo millones de conversiones más en los siglos siguientes. El efecto fue contrario al pensado. Dagoberto, consciente de que la cuarta parte de la población mundial no conoce a Jesús, busca ese nicho y decide explicitar su propuesta de vida. Y eso hace. El repentino estado místico sumado a la seguridad de objetivos le permite triunfar. El carisma natural —que el señor otorga a sus elegidos— es único. Él lo sabe. El ejemplo de Galileo es su preferido a la hora de descalificar a sus enemigos y proteger a sus amigos. Lo avala. Recibir a Anesina, remarcó esa etapa. La tomó como un envío de Dios. No le interesa la historia anterior de prostituta. Ella escapó de la red de tratantes de blancas en forma increíble: gracias a que entre su clientela estaba Prudencio.

Dagoberto siempre honró esa amistad, por eso aceptó protegerla. En su vida, vio pasar muchos hombres y mujeres que no se destacaron precisamente por su lealtad. El universo y el mundo. El tiempo—momento y futuro. La vida y la muerte. El sentir y desear. La magia lo habita. Tener bienes y deseos de riqueza, más que defectuosa distracción, obedece a una forma de vida distinta, que no es reproducible por voluntad. Es innata. Insalvablemente perenne, con el pesar y a pesar de lo que ello implica. La autoflagelación en su vida tormentosa lo transforma en protagonista de una comedia sin resentimiento. Es una transparente muestra de pensamiento sin barrera y libertad ejemplar. Su experiencia no tiene valor ético alguno; es simplemente el nombre que da a sus errores.

El reencuentro con sus amigos, con sus afectos, con su propia historia, conmociona a Dagoberto; pero no influye un ápice en su decidida vocación mística. Sabe que ese espacio de vida transcurrido entre viaje y asentamiento como sacerdote ya concretado persiste. Y el encuentro con Zoilo y Anesina lo confirma. Es un bache en el silencio voluntario; de tanto olvidar, se borró del recuerdo. Nada le es igual, ni siquiera, los relatos que durante largas noches Zoilo y Anesina tratan de rescatar. Dagoberto ha borrado los episodios cotidianos, como una forma de consolidar su nuevo estado. Anesina, que llegó más tempranamente que Zoilo, comprendió que Dagoberto ha mutado. Está convencido de ello. El Santo Padre, la población urbana y rural, así lo identifican. Nada hay que ellos puedan hacer para cambiar su estado: es imposible. Anesina convertida en una de sus esposas virtuales venera al santo con tanta pasión como deseo. Dagoberto prometió borrar de su mente y de su cuerpo los dolores espirituales de una prostitución forzada y también, regresarla al estado de pureza virginal que él conoció cuando tomaba clases de escultura.

En lo referente a Zoilo, Dagoberto tiene más cosas para extraer de su experiencia sacerdotal y por ello camina con su amigo los jardines de la misión, preguntando y conociendo, la otra cara del evangelio. Nada puede decir de Cristina, a quién recién conoce, pero sabe que Zoilo la venera. Zoilo es contagiado por ese halo místico de Dagoberto. Ayuda en la misa con fervor y convive con Cristina en un matrimonio bendecido por Dagoberto. Anesina permanece atada al Santo Padre y se esfuerza por estar cada vez más bella y pura. Escucha los espontáneos sermones de Dagoberto, que transforma su mente sufrida en persona feliz. Liberada de ese mundo rechazado y con un futuro de gracia, garantizado por Dagoberto, que no se cansa de advertir que él también va a resucitar, cuando llegue el momento de su muerte. Confeccionó un sudario, impactando su rostro pintado con acrílico negro en la tela blanca. El género blanco que refleja casi fielmente su rostro es colocado en una enorme caja de cristal para ser venerado por fieles de su iglesia. ‘El Sudario del Santo Padre’ reza la leyenda en la placa de bronce en la base del cristal. El Santo Padre mantiene su ritmo vertiginoso de vida y bendice multitudes que acuden a conocerlo y curarse. Dagoberto dejó de ser un anónimo sacerdote misionero, para trascender también como Sanador. El hombre santo, el bendito, el hombre del sudario negro: todos esos títulos fueron presentados en el obispado por la delegación de misioneros, pidiendo remoción del hereje y castigo.

—¡Nunca podrán sacarme de este reino!‖, sentenció Dagoberto cuando recibió la delegación misionera antes que ellos obtuvieran cita con el obispo. Se fueron convencidos de que ese hombre estaba loco. La delegación pretendía ahora concretar su imaginación perversa: llevarlo a la altura de un poste de madera, de cuya punta pende la cuerda del castigo, que laceraría la garganta de quien siempre en una época tuvo palabras de aliento para cada uno de ellos. Querían que ese

hombre no tuviera oportunidad de defenderse. Esperaban que llamas de acusaciones perversas quemasen su piel y músculos cansados, hasta arrasar el rostro, asfixiarlo de dolor. Borrar también, esa falsa cara sufrida, dibujada en el tiempo. No importaba que los leales a su ejemplo, empuñasen interesadas defensas. Había espacios suficientes para elevar calumnias y detracciones graves, y el convencimiento inducido a otros para llegar antes de la razón, haciendo de ellos ciegos; caminando calles, veredas, orillas de ríos, piedra y arena envueltos en fantasía destructiva interminable. También pretendían prohibir su nombre; imágenes, obras y su recuerdo. Derrumbarían el poder con golpes e intrigas. Querían borrar su existencia y su historia. También los gestos, porque pensaban que así, no tendrían más culpa que el verdugo, cuando corta el cuello de su víctima. Quien escuchase voces de infamia, sentiría la frustración generada días antes, en mesas de intriga. Unas luces tenues, permitían leer palabras escritas para sentir menos culpa. No había sol que iluminase la infamia. Miradas absortas cruzaban sonrisas cómplices en gesto afirmativo. Ellos fueron, en vida, amigos; consejeros en momentos difíciles, bendecidos por amistad, entrega y bonhomía. Se cansaron de hablar de él como un ejemplo y, también; ofrecieron sus espaldas alguna vez, para cubrirlo en épocas difíciles, de flechas de injuria y calumnia. Ahora lo niegan y lo traicionan. Dagoberto es perseguido por quienes asumen el rol legitimado por la Iglesia.

XVI

El Reino con traidores

En los sueños tumultuosos de Dagoberto, lo invade un fuerte temor. Los fantasmas aparecen —muchos de ellos— en noches de pesadillas, donde las imágenes confunden misteriosas figuras que lo acechan, lo insultan. Se ve sudoroso, invadido por miedo. Lágrimas negras. Ve los mismos hombres que junto a él conspiraron contra la historia del lugar, en actitud siniestra. Comienza a temerles en forma distinta. Los rostros de quienes en su momento acompañaron su misión cambiaron de expresión, los cubre una sombra extraña que impide reconocer el rayo de sol incandescente que los ciega. Desespera, refriega una y otra vez sus párpados, intentando quitar imágenes vividas en conspiraciones pasadas. Siente, como propias, las palabras más crueles del dolor, ve en la oscuridad almas encendidas que fue dejando en su camino. Los cuerpos han perdido sus formas exactas, sus límites externos. Aún así, puede distinguir las caras de lamentos. Ojos de terror. Gargantas silenciadas, miles de manos que se levantan, tratando de llegar a su cuello. Manos deseosas de reeditar el inmenso poder ejercido que dejó tantos heridos de humillación. Manos moviéndose al compás de tiempos pasados. Tinieblas de sueños. Y aparecen también los eternos traidores. Personajes que viven esclavos de beneficio. Las humanas miserias confundidas en sombras. Misterios de parejas pinceladas de gris; una única luz permite ver rostros angulosos, conspirativos, labios sellados ante comentario y sospechas ajenas. Hombres señalando con sus dedos la conveniencia del silencio. Voz inaudible de mensajes subterráneos, como oleadas de mar, barriendo playas de arena. Los años dejados en ese reino

fabricado a su voluntad pesan. Dagoberto ha logrado dominar el alma de pobladores; llevándolos a percepciones desconocidas. Sus milagros obran como eje de credibilidad. Anesina y Zoilo se entusiasman. Uno regresa a la fe, otro justifica su pecado y pide redención. Cristina acompaña. Imita lo que Anesina concretara meses antes de su llegada: se consagra al Santo Padre. Lo ama. Lo lleva en su corazón en cada momento de su vida. Zoilo es un recuerdo, pero también, su compañero. El grupo permanece unido por tres años. Rezan, bautizan, oran en grupos y en soledad. Presencian milagros de Dagoberto con asombrosa admiración. Iluminan sus rostros, cuando él les habla, y el contacto de la piel del santo padre se transforma en fuego. El pueblo sometido venera al Santo viviente que promete vida plena más allá de la Tierra. –¡Tendrán paz celestial, mientras más sufrimiento tengáis! ||, repite en consagraciones. Viven en un mundo liberado de estructuras formales. Espacios de paz, como trampolín a una libertad. El miedo, el temor al abandono subsiste ante cualquier cambio, con esa necesidad de penetrar profundamente en el interior del ser. Una mirada divina inculca temor de su juicio. El Santo Padre logra con férreo puño y solemnes palabras lo que nadie hasta esa fecha pudo: someterlos.

La fiesta y la piedad alterna en el pagano abnegado. El culto es la fiesta de dioses complacidos. Dagoberto dibuja un final sin tener en cuenta hordas de mendigos implorando justicia para luego aplastarlos con la furia de su poder oculto. Cientos de víctimas con rictus de dolor; sangre en rostros; reclamos dispersos en polvorientos suelos de injusticia, abandonan luchas y reclamos. Acuden, también presurosos, los hombres que aconsejan, en momentos de tranquilidad, liberar impulsos de violencia. Y en momentos de violencia, el final; la brutal represión, sin importar cuántos caen. Sostiene Dagoberto que la paz se construye en el silencio;

sin importar que sea silencio por temor o muerte: solo silencio. Después. Después no importa cuanto reclamo exista. Serán reclamos de pancartas, de hombres y mujeres, llevando el temor oculto bajo caretas y disfraces. Y todo termina en sus pesadillas. Escuadras de escudos afilados, machetes; palos encerados listos para el golpe, dejan desierta la calle. Sombra y columna desnuda, sin abrigo a quien hasta ese momento ose pedir justicia. Un cuadro de triunfal sumisión que hace siglo y medio vaticinó modelos represivos; representados por corceles lánguidos de costillas, secos, presurosos; llevando al dominado atravesado por una lanza y la espada sostenida por huesos articulados sin carne. Contagia. Levantan cientos de espadas de filoso acero con puntería ensangrentada a gargantas vacías. Avanza la miseria y el hambre. Pero la fe subsiste incólume. Dagoberto es quien ordena ese reino. En ese espectáculo dantesco, el placer se convierte en pasión, cuyos excesos condenan sabios y cristianos; pero no, Dagoberto, que los estimula e incentiva hasta el grado extremo de la lujuria. Y en ese estado de desvío encuentra a Cristina, en la mañana del domingo, ahorcada. Pendula en silencio. Un cuerpo inmóvil, frío, morado en su rostro, con una expresión de ausencia total e inocencia de intención. Una muerte inesperada, con un solo detalle presente: el meñique de la mano izquierda ausente, sumergido en un frasco de vidrio a sus pies. Flota en la pócima mágica, que utilizan para provocar el deseo; las reglas o la producción de esperma del hombre y también orina. Esa mañana, Dagoberto es presa por primera vez de una sensación extraña de pánico.

Anesina descubre el cuadro macabro y alerta a Dagoberto, interrumpiéndolo en pleno ritual de madrugada, flagelándose. Un cuerpo péndulo en la viga centinela, despliega sus enormes alas, como una águila bicéfala, alejándose lentamente con una majestuosidad desesperada, llevando en forma simultánea muerte y

vida; el ayer y el mañana. Aquella ausente águila emblemática de Zeus—Júpiter, la principal de las deidades ya no está. Es ahora esa imponente ave la que se aleja con destreza, hiriendo un cielo encendido de rojo. Si no fuese por el meñique abandonado, hubiese pensado Dagoberto que era el destino trágico de un final. Pero fue Zoilo quién advierte tal despojo, para reafirmar la teoría de venganza *yakuza*. Tembloroso, asustado, increíblemente conmocionado, Zoilo sube a la escalera para liberar el cuerpo inanimado. Un sudor frío moja su rostro; sus manos trémulas desatan la soga del cuello. El cuerpo, que supo ser la estrella de su alma, se desploma, abandona su peso en brazos de Zoilo, que baja lento, como un ritual mágico sobre escaleras invisibles. Una luz tenue dibuja esas dos figuras unidas por sus cuerpos y dos cabezas separadas, nuevamente aparece el águila bicéfala que abandonó los cielos. Zoilo deposita el cuerpo de Cristina sobre una mesa de vieja madera; con prolija actitud, acomoda el cabello y la ropa. El rostro morado ha iniciado un camino de decoloración lenta, pero la piel tiene el frío de la muerte. Ninguno de ellos comprende la razón por la cual Cristina fue destinataria de esa venganza y temen por su propia seguridad. Es difícil llegar a ese reino, y más aún, entrar en esos recintos privados sin haber alterado la paz de la noche. Zoilo, Anesina, Cristina y Dagoberto son los únicos habitantes estables en ese lugar. Las puertas están intactas. No hay signos de violencia en ninguna de ellas. Las ventanas permanecen cerradas. Esa noche se dedicaron a un velorio informal. Los presentes en silencio. Las miradas mirando el suelo; cerradas a cualquier intención de contacto. No hay palabras en el ambiente y se oye el tenue golpeteo de la brisa sobre los irregulares marcos de las ventanas.

Un sonido, que en circunstancias normales nadie podría escuchar, aparece. Dagoberto siente un cimbronazo, una descarga extraña de energía recorre su cuer-

po, aparecen manchas oscuras que trepan desde sus manos y pies a brazos y piernas, serpenteando músculos y venas, salvando articulaciones. Todas confluyen a su pecho donde, súbitamente, se cruzan provocando una herida sangrante en forma de cruz. En ese momento, levanta su vista y extiende sus brazos para darles señales de fe a sus vecinos sentados: Anesina y Zoilo, quienes toman su mano. La sienten fría, húmeda. Un bienestar los invade; entran en un trance de impactante contagio. Permanecen así, horas enteras ignorando el anuncio del día. El paso de horas y los golpes en la puerta cada vez más estruendosos por parte de sus fieles. Piden misa de la mañana; la oración del inicio del día y la bendición prometida. Las heridas de Dagoberto van cerrando; cicatrizan, borran marcas y sangre de la cruz. Las manchas abandonan brazos y piernas y los cuerpos de los tres se separan; regresan a la realidad concreta, Cristina muerta. Cristina sobre la mesa, abandonada, duerme para siempre. Hay un asesino entre ellos.

XVII

Reencuentro

Prudencio llegó en la mañana. Si bien tenía conocimiento de la muerte de Cristina, no sabía los detalles, claves para un investigador. El viaje lo había cansado, pero estaba dispuesto a dar nuevamente una mano a sus amigos.

Últimamente Piedra Linda había sido agraciada con inversiones y el contagio del mundo exterior se había ido filtrando sin que su población se diera cuenta. Adquirieron hábitos modernos y la mayoría de sus vicios. Mal momento para Prudencio que extrañaba esos años de tranquilidad pueblerina, pero estaba cercano

a jubilarse. Siempre se extraña lo perdido. Ese nuevo estado lo preocupaba sobremanera, porque su vida se había desarrollado tempranamente en medios de comunicación, pero se consolidó en la policía, donde descubrió que ese era su mundo. Este presunto homicidio en el reino de Dagoberto lo trajo a una realidad que él disfrutaba: investigación, análisis, conclusión. Era un hombre prolijo y metódico. Encontró a Dagoberto reunido con Anesina y Zoilo. Saludaron ansiosos a la autoridad, más que al amigo. Los relatos coincidían en que alguien la había matado. Al preguntarse el móvil, surgían tres incógnitas: ¿Por qué Cristina?, ¿quién? y ¿cómo? Mientras los tres se quitaban la palabra, Prudencio trataba de observar conductas y rostros. Dagoberto se mostraba sereno: rostro demacrado y por momentos una mirada ausente, extrañamente ajena a su fuerza divina. –Ha perdido brillo‖, pensó Prudencio. Las manos entrelazadas tomaban su cruz de pla-

ta colgada de su cuello, con una cadena grotescamente gruesa. Zoilo era el más afectado. Balbuceaba, lloraba, se enfurecía. Tenía una soga como cinturón. Anesina, compungida, dolorida y temerosa. A pesar del sufrimiento, Prudencio la veía mejor que cuando la había traído en aquel estado deplorable de abandono y explotación. Había engordado y su cuerpo había recuperado la belleza. Se conmovió, porque no podía separar el recuerdo. Esa mujer capturaba parte de su cariño postergado, sentía aún atracción por ella. No podía sostener su mirada. Rehuía el contacto.

Cuando terminaron de explicar algunos detalles, Prudencio sugirió ir al lugar donde encontraron a Cristina, escena del crimen o del suicidio. La habitación no era más grande que las normales. Su mobiliario era modesto, humilde: una cama de plaza y media, paredes desnudas, un espejo circular colgado encima de un pequeño mueble de mimbre viejo donde se veían un peine, dos cepillos y algu-

nos rosarios gastados. El ropero antiguo, cerrado, era un mueble pesado. En el techo, tres vigas cruzaban mostrando vetas añosas. La del medio tenía dos ganchos muy antiguos de acero oxidado. —De esos ganchos colgaba Cristina —afirmó Anesina temblorosa, pegada al brazo de Dagoberto—. Estaba rígida y fría, su rostro morado y los ojos abiertos, duros. Una soga apresaba el cuello ‖, y rompió en llanto. Su relato era lento y entrecortado. Todos miraban el gancho vacío e imaginaban a Cristina colgando; péndula, como había declarado Anesina en la denuncia. Esa figura ausente estaba en el imaginario de cada uno. Prudencio calculaba que la distancia suelo—techo no era más de dos metros cincuenta. La cama estaba a la derecha, pegada a la pared, el ropero en la pared opuesta. El pequeño mueble debajo del espejo no resistía una persona adulta; era de mimbre viejo. —Esa mujer nunca pudo suicidarse; alguien la colgó, es obvio ‖, afirmó Prudencio en voz alta, quien además sostuvo que ni aún colocando el mueble de mimbre, Cristina hubiese alcanzado el gancho. Menos aún ser ella misma la que se mutilara el dedo meñique, detalle que recién conoció cuando llegó al reino de Dagoberto.

—Bien, —afirmó Prudencio—. Estamos ante un asesinato y una venganza. Tenemos el cuerpo, el meñique de la víctima. Ahora debemos buscar al asesino — resumió mirando alternadamente a los tres. Ellos no se movieron. Apenas atinaron a cruzar una mirada.

Dagoberto recordó cuando, mirando la ventana de su casa, sentenció al penitente a una muerte segura, por venganza. Tenía la particularidad de mostrar un rostro sereno, frío y no demostraba dolor. Se refugiaba en el silencio. Zoilo repasó su vida en común con Cristina. Las imágenes lo invadían desgarrando más sollozos y se preguntaba a sí mismo: —¿Por qué no a mí? ‖. Anesina no podía salir del impacto de haber sido ella quien la encontró en esa habitación. Prudencio pidió

autorización para revisar solo la habitación. Los tres abandonaron la sala. Prudencio repasó cada rincón con minuciosidad; encontró algunos mechones de pelo que guardó en una bolsita de polietileno, restos de barro y polvo; dos botones. Colocó el peine y cepillos en otra bolsa. En la llave de luz había una mancha de sangre. Desarmó el plástico y lo guardó en otra bolsa. Revisó el ropero: ropa usada, humilde y gastada; unas baratijas ensobradas y documentación personal. Se retiró luego de cerrar con llave de la puerta. La ventana quedó herméticamente cerrada. Se fue a un hospedaje. Previamente pasó por la comisaría local y entregó los sobres para mandar a Piedra Linda. Desde esa localidad debían mandarse al departamento forense de la ciudad. No quería comprometerse en ese caso aún, mientras se pudiera considerar amigo de los tres. Un muerto y tres sospechosos. Prudencio se dio una ducha de agua fría. Tomó una media botella de vodka y sobre la mesa comenzó a hacer un diagrama con las características de cada uno de los sospechosos. Le era difícil encontrar el móvil. Zoilo la amaba. Anesina era incapaz de levantar el cuerpo. Y Dagoberto le había dado refugio aun sin conocerla. Las horas pasaron sin que se diera cuenta. Se estiró en la cama, a los pocos minutos quedó dormido. Lo despertaron las campanadas de la iglesia. Miró el reloj: las seis treinta de la mañana. Se levantó velozmente. Quería estar en la misa de las siete. No era un militante católico; nunca lo había sido, pero quiso observar en forma personal a los feligreses. A las siete en punto comenzó la misa. Dagoberto ofició y en la hora del sermón se ocupó de hablar del amor y la solidaridad. Anesina sentada en la primera fila. Zoilo ayuda en la ceremonia. El público en silencio. Sabían de la muerte de Cristina; todo el pueblo hablaba de ese acontecimiento. Para ellos era toda una noticia. Las dos radios locales se habían ocupado de hacer sus propias investigaciones. Una de ellas afirmaba contundentemente que era un crimen pa-

sional. La otra, hablaba de un inverosímil suicidio. Sin embargo, las dos coincidían en que el asesino había tenido relaciones con Cristina. Las descripciones desproporcionadas del cuarto en donde se encontró el cadáver abundaron en detalles inexistentes. Las entrevistas a los allegados y conocidos de la víctima inventaron historias a veces ridículas. Prudencio escuchó atentamente el sermón. Dagoberto tenía fuego en su boca. Sus conceptos se acompañaban de gestos y movimientos de brazos y manos para darle énfasis a las sentencias. El público lo miraba con envidiable respeto. Anesina pasaba por las filas de bancos pidiendo limosna. Prudencio observó que le faltaban dos botones en su camisa. Cuando Zoilo se arrodilló, sus zapatos se vieron embarrados. La mano derecha de Dagoberto tenía una tela adhesiva blanca en su dedo índice.

Terminada la misa, Prudencio se quedó en la puerta. Miraba al público sin saber lo que buscaba, pero quería encontrar el móvil de ese asesinato. El correo le mandó con un empleado una carta de la central de policía con datos que había pedido en la nota de envío del material que remitió. Acusaban recibo de las muestras y documentaban algo más sobre los *yakuzas*. Relataban la gran conmoción que habían tenido en Japón la semana anterior con la explosión del edificio Estrella Resplandeciente 56 ubicado en el barrio de diversión nocturna de Kabukicho, donde murieron cuarenta y cinco hombres y doce mujeres menores de veinte años, de distintos países y que estaban en el circuito de la prostitución de los *yakuzas*. También le daban datos de cómo identificarlos en la calle, en los bares y en las reuniones sociales. Prudencio prefirió retirarse solo y caminar. Tenía in mente los tres detalles observados. Si Dagoberto tenía herido el dedo índice, la sangre de la llave de luz podría ser un indicio. Conocía a su amigo y sabía que su estado mental no era el normal, pero le incomodaba pensar que Dagoberto fuera un asesino.

Por otra parte, a Cristina no la conocía como para que no hubiera sido un crimen pasional, como se explicitaba en el pueblo. El barro de las botas de Zoilo correspondía a un barro especial con bastante salitre. Y si fuese el asesino, no podría aparentar tanto dolor a menos que fuera un profesional del teatro. Le quedaba Anesina, la mujer que había atravesado en sus últimos años situaciones límites. Aunque difícil era que con su contextura física hubiese podido levantar el cuerpo de Cristina en contra de su voluntad. El círculo se iba cerrando, pero había dos detalles importantes: los meñiques de Zoilo y de Cristina. Prudencio sabía que era el método habitual de los *yakuzas*: el sello, la marca y el anuncio. Pero pensó que no había relación entre Cristina y los *yakuzas*; el contacto había sido básicamente en función del secuestro y posterior liberación de Zoilo. Ella en ese momento había sido un testigo secundario, porque no podía ver más allá de las sombras. De cualquier manera, estaban los tres en la lista de sospechosos.

Decidió regresar al hospedaje. Prefirió hacer el organigrama del lugar del crimen, los sospechosos y los motivos. A media noche llamó por teléfono a la central y pidió las novedades del día. Luego de organizar algunos asuntos administrativos con órdenes claras, bajó al comedor a cenar. Sabía que era el foco de atención de todos los presentes. Se sintió incómodo, pero soportó que así fuera: un crimen de esa naturaleza no era frecuente en esos lugares tan pequeños. La periodista de la radio se abalanzó sobre Prudencio no bien terminó el postre y no tuvo más remedio que aceptar la entrevista.

—Inspector —dijo la periodista—, se dice que la señora Cristina se suicidó. ¿Usted cree en esa versión?

—Mire —respondió Prudencio. Si usted considera que su muerte corresponde a un suicidio, tendría que explicar dos cosas: la primera, si un suicida es

capaz de mutilarse primero antes de eliminarse... de ser así, habría sangre en el piso, cosa que no encontramos en absoluto. La segunda es ¿cómo se pudo enganchar a tanta altura sin ayuda de algún objeto que le permitiera estar a más de dos metros del piso?

La periodista lo miró como si aceptase su razonamiento y cambió rápidamente de punto de vista:

—Pero, entonces si fue asesinato, en esa casa solo vive el Santo Padre y sus invitados... ¿Cree usted que alguno de ellos pudo realizar ese acto tan cobarde?

—Es parte de la investigación. Hemos tomado muestras, el informe de laboratorio no lo tendremos hasta dentro de unos treinta días —respondió serio y seco Prudencio. Estaba acostumbrado a que la gente y, sobre todo, el periodismo se convirtieran en detectives. La periodista quedó pensando y no pudo soslayar la mutilación del dedo meñique de Cristina.

—Su meñique ha sido seccionado, ¿correcto? ¿Esto es obra de algún delincuente o de un mensaje mafioso?

Prudencio la miró. Estaba convencido de la estupidez de esa joven mujer, pero no le faltó el respeto y asintió con la cabeza. Alejándose de ella, meneaba la cabeza y solo dijo:

—Puede ser... estamos investigando.

Prudencio se retiró pensando que ese detalle del meñique se suponía que estaba solo entre los testigos. Pero era indudable que la información se había filtrado. En su habitación destapó la botella de vodka y se sirvió generosamente un trago largo. Pegado con cinta adhesiva sobre la pared tenía el organigrama desplegado. Las fotos de los sospechosos, flechas, horarios y las primeras declaraciones

en su parte medular. En el lado derecho de la pared se leían los interrogantes ¿por qué?, ¿quién?, ¿cuándo? y ¿cómo? Programó el día siguiente. Tomaría declaración primero a Dagoberto; luego a Anesina y por último a Zoilo. Llenó otro vaso de bebida, la tomó de un sorbo y se acostó vestido. Estaba cansado. -Debe ser la edad||, pensó y se durmió profundamente. Lo despertó el ruido de una muchedumbre. Al grito de -Justicia y juicio al culpable||, acompañado del ruido seco de tambores viejos. Se dio un baño. Quedó unos minutos poniendo el rostro en la ducha, mientras pensaba en la citación de los tres sospechosos en la misma mañana.

La oficina que le preparan es modesta: un grabador en el medio de una mesa, tres sillas y una lámpara potente que cuelga del portalámparas, cuya luz blanca e intensa hace entornar sus párpados para acostumbrarse. Dagoberto aparece en medio del marco de la puerta. Su túnica blanca y la cadena con la cruz resaltan. Prudencio hace señas de que se siente al otro lado del escritorio. Observa que el Santo Padre tiene ojeras y su gesto no es el de aquél que él conoció algunos años atrás. Luego de tomar los datos de rutina comienza a grabar las respuestas. Pudo determinar los horarios, los lugares en las horas claves en dónde su coartada se podía verificar, el desconocimiento sobre la mujer asesinada y lo que es más importante la pequeña herida que se produjo en la sacristía cuando buscaba el frasco de hostias, cuyo borde estaba roto y era afilado como una navaja. Prudencio corrobora cada uno de los datos y reafirma en su interior que ese hombre entregado al bien común —a su modo— es inocente. De cualquier manera, tendrá que cotejar la sangre de la llave de la luz una vez que se tengan los resultados. Estrecha a su amigo en un abrazo correspondido y le desea suerte.

Anesina es una hermosa mujer. Frente a frente, mirando profundamente sus ojos, Prudencio lleva el interrogatorio con suavidad, evitando descubrir la atracción que esa mujer le provoca. No tuvo una sola duda. Su coartada se puede considerar sólida y los dos botones, similares a los encontrados, se explican porque horas antes Anesina visitó a Cristina y en una situación de violencia física ella trató de tranquilizar a una crispada Cristina que arremete contra ella sin otra intención que recriminar una situación personal. –Problemas de celos, Prudencio; no hubo otra cosa. || Prudencio le cree; es más, le muestra los botones y Anesina afirma que son suyos.

Zoilo es un deshecho de hombre. Sentado al frente de Prudencio parece más insignificante aún, está consumido. Prudencio calcula que ese hombre lleva muchas horas sin dormir ni comer. Zoilo detalla minuciosamente su recorrido por ese mundo de mendigo, el encuentro con Cristina, sus virtudes para conquistarla y su vida con ella a la que califica como la etapa más importante de su vida. Mientras habla juega sobre su pequeño muñón. Es un hábito adquirido luego de perder el meñique. También comenta detalladamente lo vivido con los *yakuza* y prácticamente no le aporta nuevas informaciones sobre la mafia que las ya conocidas. Prudencio se siente culpable una vez más por haber identificado erróneamente a Zoilo con el cadáver encontrado en el río. Para terminar ese interrogatorio le pide que le muestre sus botas y con un cortaplumas toma muestras del barro residual y las coloca en una bolsa de nylon. Prudencio no puede asegurar que ese hombre tenga el perfil de un asesino, pero sí cree que es un hombre terminado.

Prudencio regresa al hospedaje disgustado por haber interrogado a tres personas que considera inocentes. Sin embargo, alguna de ellas debe haber sido, porque en la casa las cerraduras, las ventanas y las puertas nunca fueron violadas

ni forzadas. Un muerto, cuatro convivientes con una casa integra. Poco es lo que se puede dudar. Los tres fueron imputados con prohibición de abandonar el lugar. Prudencio espera resultados de las pericias que recién en veinte o treinta días tendrá en su poder; está seguro que ninguno de los tres intentará huir. Zoilo y Anesina, por estar perseguidos por los *yakuza* y Dagoberto, porque mantiene su absoluta fidelidad a su misión. Aun así, pone dos custodias en la casa y regresa a Piedra Linda.

XVIII

Ingenuidad burlada

Zoilo es una sombra más. Qué triste es la tristeza. Esa sombra inmóvil. Solo inmóvil. Tiene que evitarla, huir de ella. Contagia. Asfixia. ¿Habrà futuro en el pasado? Tal vez. Cuando un pasado ignorado aparece imprevistamente puede llegar a cambiar la persona. Su vida, aspiraciones. Sus sueños. Ese pasado no registrado inmoviliza. Ciega los ojos como con un destello de luz incandescente. Hierde el color. Al comienzo genera una profunda duda con un vertiginoso recuerdo de imágenes. Busca el momento, el lugar, la persona o los actos, las fechas, las coincidencias. Hay una necesidad de detectar una equivocación, una confusión o, tal vez, una intención.

Ingenuidad burlada. De la duda Zoilo pasa a un rencor creciente. Su alma vaga perdida sin respetar días, horas o minutos. El hondo crimen de Cristina somete a todos al escarnio. Todo gira alrededor del hecho. Las preguntas; detalles,

suposiciones. La verdad. O tal vez, una cruel mentira. Quién sabe cómo regresa ese pasado que corroe lentamente la tranquilidad ganada después de tantos años. ¡Oh... qué fácil! Con qué rapidez desmorona sueños. Parece ganarle el desaliento, como si fuese el anticipo de una derrota consumada. Un solo culpable, sin excusas, sin lamentos. Solo queda compartir esa sensación tan profundamente cierta. Después, las decepciones futuras, amistades defraudadas. Un dolor desparamado sin contención, como lava incandescente derramada y abandonada.

Un pasado desconocido aparece, irrumpe con una sentencia. Lo que fue silencio, se transforma en pesada culpabilidad. Se siente como el águila herida. Ese monarca del cielo que cae abruptamente por un traicionero y certero tiro de cazador. Un pájaro muerto por un lirio, diría Alberti. Es la imagen más cercana a esa sensación que invade a un Zoilo seco de emociones. El hombre animal derribado sin conciencia de su abismal estado. Un alma dolorida sin gozo, buscando libertad en consciente inmovilidad del cuerpo en vertiginosa caída. Un abismo de desilusión. Un corazón envuelto en sosiego de resignación. ¿Quién será después de encontrarse el asesino? pregunta en silencio. Es allí, cuando aparecen fantasmas en noches lóbregas, cargados de espesas nieblas. Una inmensurable soledad adusta. Un hielo desprendido de glaciares contagia con frío el alma y decreta: la inmovilidad del tiempo. Solo rasgando activamente el velo del misterio, quizás encuentre repuesta adecuada. Mientras tanto, habrá una herida sin cerrar para cargar solo su dolor. Como corresponde y como debe. Zoilo, un hombre sin fuerzas.

Durante ese mes, Prudencio se dedicó a investigar y corroborar datos de cada uno aportados en declaraciones. Viajó a entrevistar a McBrolí. En la misma biblioteca Prudencio pudo entrevistar al hombre culto; los estantes florecidos de libros; la mesa con anotaciones en papeles y cartones. McBrolí es un hombre si-

lencioso, desconfiado. Expectante, mira a Prudencio con disimulo. Trata de establecer si este hombre es uno más del sistema. Poco le interesa la chapa de policía. Hay miles de ellas falsas. Pero el conocimiento sobre Inocencio y Prudencia lo desarma. Prudencio relata, como es su costumbre, el presunto asesinato de ambos, mirando fijamente a McBrolí, buscando los detalles que solo él puede captar. La expresión de McBrolí es indiferente hasta que la mención de la muerte de Cristina lo conmueve;

—Inocencio y ella eran dos rebeldes del sistema. Cristina era una joven hermosa. Ella solía concurrir con Inocencio frecuentemente a este lugar. Largas horas de pláticas, muchas preguntas. Los dos tenían convicciones muy fuertes. Inocencio tenía arranques violentos, pero Cristina era pura dulzura. Esto no quita que si yo fuese el sistema, los mandaría a matar. ¿Se da cuenta, señor, el peligro que ellos representan? No, no tiene ni idea.

Prudencio está sentado en la silla frente a McBrolí. Los separa una mesa de trabajo. El anciano parece hablar con absoluta convicción de la inocencia a pesar de que declara que él podría ser el asesino si perteneciera al sistema.

—¿Y cómo sé que usted no pertenece al sistema? —le pregunta Prudencio.

McBrolí guarda silencio. Escupe una saliva espesa. Mira al policía con un leve desprecio en sus ojos.

—Y si fuese yo, ¿cree que este anciano podría matar a dos jóvenes sin resistencia alguna?

—No lo sé.. —contesta Prudencio pensando que efectivamente no lo encuentra tan fuerte como para levantar una mujer del peso de Cristina—, pero pudo usted mandar a matarlos —contesta Prudencio, tratando de inquietar al anciano.

—Difícil, hombre... Difícil. ¿Sabe que para enviar asesinos hay que tener dinero? Aparte de este detalle, ¿cree que yo puedo ser del sistema?... No estaría aquí mi estimado inspector —y ríe con gracia.

Prudencio elabora mentalmente algunos interrogantes sobre procedencia, trabajos de los finados, relaciones, amistades. El anciano no le parece un sospechoso de peso, pero tiene un motivo: es el único que conocía a Inocencio y Cristina como personas no sometidas a la tecnología del dominio. Pero para esto, McBrolí tendría que pertenecer al mismo poder y así lo parece. McBrolí también es un rebelde.

—Tampoco he visitado esa localidad de la que usted habla. Si yo fuera usted —dice McBrolí, dirigiéndose a Prudencio— buscaría por esa mafia que acaba de mencionar.

—Lo hice, pero el problema es que Inocencio es absolutamente extraño a esa historia. Fue asesinado antes y encontrado con una piedra en el fondo del agua —asegura Prudencio compartiendo la duda.

—Mmm... Eso ya es más raro... ¿y amantes anteriores de Cristina? —pregunta el anciano.

—No conocemos a ninguno concretamente. Ni siquiera por referencias.

McBrolí queda callado y luego agrega:

—¿Sabe que Inocencio se volvió loco después de la tortura y el encierro?

Prudencio se paraliza. Es un detalle nuevo, porque lo de Cristina es más factible a la hipótesis de la mafia; pero de Inocencio, las cosas no coincidían si estaba cuerdo. Prudencio toma nota en su pequeña libreta de los datos más importantes y coteja con otros anotados tomados de las declaraciones de Zoilo que es el único nexo entre McBrolí, Inocencio y Cristina.

—No sé quién es Zoilo y tampoco escuché de él nada —cierra así la conversación.

McBroli, levantándose y dirigiéndose a la puerta le hace señas a Prudencio de que es hora de retirarse. Prudencio se dirige a la puerta y antes de saludar, le pregunta por un solo detalles que había olvidado

—¿Usted tiene un perro llamado Mocho?

—Sí, tengo uno —contesta McBroli, y luego se contradice—: En realidad tenía un perro llamado Mocho; pero ya murió.

—¿De viejo? —pregunta Prudencio.

—Mm... no. Fue un accidente —contesta, dudando el anciano, sin dar mayores explicaciones y le cierra la puerta en su nariz.

XIX

Interrogatorio

Prudencio está en su cuarto. Repasa la entrevista con McBroli. Siente un deseo exagerado de beber, toma la botella de vodka y se sirve generoso tres medidas. Sobre la pared ya colocó datos sobre Inocencio. ¿Era loco?; un detalle desconocido. El primer encierro fue para evitar ser apresado, pero al salir era otro hombre. ¿Adónde fue? ¿Con quién estuvo? ¿Quién y por qué lo tatuó? Las fotografías fueron enviadas al laboratorio de identificación, a los fines de realizar pruebas para determinar correctamente esas imágenes difusas. McBroli no puede estar

entre los sospechosos, es un anciano débil. Imposible que pueda levantar una persona dos metros, ni aún con ayuda de una escalera.

Planificó la entrevista de la mañana siguiente. Primero tomará declaraciones a Anesina, posteriormente a Dagoberto. Un nudo en la garganta y una sensación de angustia lo invade. Dagoberto; casi su hermano. El solo hecho de someterlo a un interrogatorio lo avergüenza. Pero este es su oficio y así debe hacerlo.

Anesina lo recibe con tranquilidad. Es una mujer muy bella a pesar de todo lo que sufrió en los últimos años. Prudencio no puede escapar al recuerdo e imagina esa mujer desnuda a su lado. En su tormentosa y agitada vida, ella ha logrado conmoverlo. Pero sabe que pertenece a otro hombre, del cual no solo está enamorada; tiene una extraña adoración y sumisión. Trata de comportarse poniendo una barrera entre su pensamiento y también su vista. La elude cuando puede y las preguntas logran repuestas coherentes. Prudencio sabe de su limitada fortaleza y puede dar fe de esto. Pero es su deber investigar a todos los sospechosos. Ni Zoilo ni Anesina pueden solos, pero juntos, mmm... duda. Anesina le relata todo lo acontecido desde su llegada, le habla de su agradecimiento por haberla rescatado, de sus temores y también de sus sentimientos.

—Yo te entregué el cuerpo como a nadie esa última vez Prudencio y si bien esto no puede considerarse un pago, al menos ha sido el regalo más importante de los últimos años. Con Dagoberto es otra cosa. Es amor. Una extraña sensación más placentera que un orgasmo. Hay una completud en ese acto y se debe sumar la necesidad de compartir cada momento de mi vida con él. No puedo diferenciar otra cosa, necesito estar a su lado. Hasta sus palabras, por más elementales que sean cuando no da el sermón mágico, son más que suficientes para llenarme de gozo, es difícil describirlo, Prudencio, pero es así —Anesina trata de justificar

sus sentimientos, porque percibe la lucha interna del policía. Sabe que él la ama, pero ella no.

Prudencio estuvo unos minutos más, los suficientes como para hablar de otras cosas y de anoticiarla sobre Inocencio. Ella sabe de los *yakuzas* e intuye el peligro.

—¿Pero hay *yakuzas* en esta zona, Prudencio? ¿Me extraña que supieron en dónde estaba Cristina?, ¿y si lo sabían... por qué no a mí en lugar de ella?

Prudencio se levanta, luego de despedirse se dirige a la Capilla. Ha llegado el momento de indagar a Dagoberto. Pero la última reflexión de Anesina lo deja inquieto. Dagoberto está, para variar, lustrando imágenes de plata. Santos, santas y hasta la imagen que él mismo esculpió en plata de su propia figura. No le sorprendió sentir la voz de Prudencio.

—¿Me toca a mí, Prudencio? —pregunta Dagoberto con vos serena y confiada.

Prudencio se sienta en el primer banco de la iglesia y comienza a interrogarlo. Dagoberto no es un hombre atlético, pero sí fuerte. Lo suficiente como para elevar un cuerpo hacia la viga y colocarle una soga. Es más, considera que si algo puede hacer este hombre, seguro que cuenta con ayuda inmediata de Anesina u otras mujeres que le son absolutamente leales y fieles, de manera que trata de escuchar la coartada y dudar de ella como profesional. Dagoberto es contundente en sus repuestas; esa noche él estaba con dos mujeres: Anesina y una virgen. Ambas pueden dar su testimonio. Prudencio ya tiene el de Anesina, falta la otra mujer de la que le pide datos concretos y el domicilio. Le pregunta también sobre la herida que tiene cubierta con una tela adhesiva. Dagoberto explica con lujo de detalles cómo y dónde. También le pide si puede hacerse un ADN, para cotejarlo con las

manchas de sangre halladas. Dagoberto no tiene ningún inconveniente y agrega que está dispuesto hoy mismo hacerlo.

—¿Dudas de mí Prudencio? Yo recibí a esa mujer a costa de ser señalado por los *yakuzas*. Expuse mi misión por tu pedido y sabes que no sería capaz de matar. Ya he tenido muchas muertes en mi vida —queda en silencio y aclara—: de mis esposas, por supuesto.

Prudencio queda pensativo. No responde. Esa aclaración le duele. Se despide y regresa a su hospedaje. Los datos registrados durante el día los coloca en la pared y en un papel escribe un gran signo de interrogación separado de todas las otras anotaciones.

Esa noche Zoilo sufre un atentado del cual pudo zafar por esas casualidades de la vida. Una sombra encapuchada se abalanza sobre él. El forcejeo desigual facilita su escape cuando el encapuchado cede su fuerza en el brazo derecho, al escuchar un sonido de llave en la puerta. En ese momento Zoilo escapa y el encapuchado huye por la ventana. Prudencio llega a la media hora alarmado, luego que Dagoberto le llama por teléfono. Los cuatro, están en el living, café de por medio y Zoilo relata detalladamente el atentado:

—¡Me quería ahogar con el brazo... me quería ahorcar!

Prudencio observa a los tres. No hay huellas de lucha y según la descripción de Zoilo, el encapuchado es un hombre alto y fornido, lo cual no coincide con las características de los *yakuzas*. Un nuevo atentado frustrado, con tres habitantes en la casa. Esta vez, la ventana forzada y un encapuchado. Prudencio se queda unas dos horas revisando cada detalle de la casa, la ventana y el jardín, luego, casi al filo del amanecer decide regresar al hospedaje y descansar. Por primera vez, el recuerdo de una de las declaraciones que tomó, le permite sospechar de

una pista concreta. Apura su paso, entra en su habitación, descuelga el papel con signo de interrogación, lo rompe y se sirve media botella de vodka y en voz alta dice : -¡Te tengo!||. Esta vez, durmió hasta el mediodía.

XX

Una mirada cansada

Con pequeños pasos, acariciando un suelo sin huellas, camina Linda Mapala; lleva años sobre su espalda arqueada. Tiene manos pequeñas con dedos afilados, cubiertos de piel manchada con irregulares islotes marrones. Lagunas de años floreciendo sin permiso. Sus frágiles huesos muestran pronunciadas articulaciones rígidas. Las uñas en platillos de tambor, están estriadas y opacas. Una piel seca y apergaminada, hace que este personaje pequeño a las once de la mañana salga a caminar. Camina ausente, orgullosa; con pasitos silenciosos sobre las almohadillas del calzado gastado, mueve con lentitud los brazos que a veces buscan afirmarse en paredes, o en bordes de barandales. Linda no demuestra más edad que la suma de incógnitas de curiosos por adivinar. Delgada, frágil, con una cabellera raleada y desordenada. Una mirada cansada de vida le da a su humanidad características de una mujer que ha sufrido mucho en la vida. Esa angustia pasada, quedó grabada en el rostro con surcos descolgados de párpados que simulan lágrimas secas. La frente surcada por líneas horizontales paralelas acusan con admiración haber llegado a esa edad sin años. Linda busca la luz del sol, distraída, se

sienta en el borde de un cantero esperando cumplir su rito. Luego queda en posición de descanso, la mirada perdida en espacios infinitos. Los vecinos saludan a su paso. Ella no responde porque tal vez sus oídos están ausentes. Mira sorprendida la gente que no puede identificar por su nombre, tampoco sabe dónde viven. Mujer, cantero y mujer; algo indivisible, permanente, casi eterno. Esa tarde, pasando a su lado, alguien la elogia. –¡Que hermosa abuela! ||, comenta el transeúnte. Linda se para en un solo mosaico, gira su cabeza y contesta: –¡No soy abuela! ||, mira al frente y parte orgullosa a su casa. La puerta de entrada, allí, espera sin aliento que alguien abra la puerta pesada de vidrio. Todos los que la cruzan perciben cierta tristeza digna y vencida. El día anterior se la notaba más pálida que de costumbre; con la piel seca, muestra más surcos y el andar lento está más pronunciado.

Esa mañana no hubo una puerta de vidrio abierta para que saliera a tomar sol. Linda descansa por fin sus años sin queja. Sin una sola manifestación de protesta. Ella ha dejado de soñar y una sombra de silencio cada vez más tenue descansa sobre el cuerpo inmóvil de frío eterno, porque se ha declarado la ausencia del alma. Dejó sin palabras un pensamiento cansado. Ha perdido el presente sin querer. Y sus afectos, liberados de culpa. Hoy descansa, cubierta de luces blancas. Linda Mapala, está finalmente quieta por muerte súbita. Unos hombres de blanco certifican el sueño eterno. Allí queda Linda Mapala, muerta por tristeza y puede ser que se hubiese negado a ingerir alimentos o agua. No fue una huelga de hambre. Sí; una huelga de amor. No valía la pena continuar largos años sufriendo ausencia sola.

Prudencio acude al domicilio para certificar esa muerte rutinaria de vejez; hace examinar su cuerpo. Observa en su espalda un tatuaje de un guerrero con tres

colores diferentes mezclados por las arrugas de la piel deshidratada. Piensa que está en el camino de la verdad. Convoca a McBrolí, necesita profundizar algunos datos que ya dejan de ser casuales. Las fotos de Inocencio cuyo cuerpo también está tatuado llegaron con algunas mejoras en la definiciones de los dibujos. A grandes rasgos, hay cierta similitud con los de Linda Mapala, lo cual le llama la atención. McBrolí se presenta desgano; es una característica del anciano y Prudencio sabe que el trato con este hombre debe ser especial por la filosofía de vida que Alfonso practica. El saludo tiene las características de cortés y respetuoso. Los dos se sientan en los sillones de la oficina y Prudencio le ofrece un café que McBrolí acepta.

—Verá, Sr. Alfonso —inicia la conversación como si le informara de los últimos acontecimientos—, Linda Mapala, apareció muerta, creemos que de muerte natural. Linda, para que usted se dé cuenta de quién hablamos, tiene una historia muy larga en Piedra Linda. Cien años no es poco para haber recorrido la vida de la mayoría de nosotros. El examen de su cuerpo revela en su espalda un tatuaje fuera de lo común para nuestra idiosincrasia, y si bien hemos enviado a los mejores expertos para que —estiren || la imagen por los defectos en la piel arrugada, deshidratación y desnutrición, coinciden en lo macro con el que encontramos en Inocencio. Ahora bien, usted ha conocido a Inocencio por mucho tiempo y nunca vio a Linda Mapala. Yo al contrario, conozco a Linda y nunca pude ver o hablar con Inocencio, de manera que debemos cruzar información para iniciar la investigación sobre estos dos casos, que si bien uno es asesinato, el otro es presuntamente muerte natural. Pero estoy seguro de que alguna relación entre ambos hay y usted es clave para orientarnos.

McBroli no se mueve de su lugar y escucha con atención. Le impacta la información sobre los tatuajes. Alfonso sabe algo sobre el tema y si bien siempre tuvo temor de hablar, esta vez, siente que su aporte puede ser importante para descubrir la muerte de Inocencio, con quien tuvo en su momento un acercamiento intelectual destacado.

—Mire, inspector. Hace poco usted fue a verme pensando que yo era un sospechoso del crimen. Cuando me vio, seguro que me encontró débil, viejo y muy limitado para matar y más si esto requería fuerza física. Me alegro de que me haya sacado de esa lista y estoy dispuesto a colaborar, siempre y cuando respete mi elección de vida y mantenga el anonimato de mis declaraciones.

—Delo por hecho, Alfonso —responde rápidamente Prudencio.

—Bien —responde McBroli más tranquilo—. Los tatuajes tienen una historia milenaria. No es algo nuevo. Ya se hacían para identificar los criminales y esclavos. En esa época por supuesto no había huellas dactilares y menos aún esos análisis que hoy hacen como si el misterio de los actos se demostraran por la química y la genética. En el siglo VI ya los emperadores los utilizaban como decoración ornamental. En Japón las geishas los hacían representando la propiedad de sus amantes fijos o queridos como usted quiera llamarlo. Alguien lo denominó simbolismo mágico Siglos más tarde la mafia *yakuza* los incorporó como la marca personal de la organización. Fíjese que son los dibujos, los más cercanos a guerreros o Samuráis sin trabajo que pasaron a denominarse *ronin*.

—Sí, eso lo sé porque hubo cuatro en la zona y justamente Dagoberto los echó —interrumpe Prudencio.

—En realidad, quienes lo inician fueron los *bakutos*, que son nada menos que el embrión de lo que sería más adelante los *yakuzas*. Ellos se dedicaban solo a

las apuestas clandestinas. Los de ahora están en todos lados, política, justicia, policía, sociedades, economía etc. Son producto de esta globalización a la cual ya me he referido y rechazo absolutamente. Y así me fue. Pero no es momento de quejarme. Inocencio no tiene las características de un *ronin*, pero en varias oportunidades observé algunas conductas raras en su personalidad. Agresividad por pequeñas cosas, insensibilidad ante la muerte. No olvide que Inocencio y Cristina fueron perseguidos para cambiarles los chips de la lealtad y sometimiento y por casualidad fallaron, pero hay algo importante. Estas personas tienen en algún momento posibilidades de ser enviados a ejecutar actos de este tipo sin que ellos mismos tengan posibilidad de rechazar. Ejecutan sin más la orden. Entran en una especie de trance inconsciente. Esto que le digo no es para justificar nada, pero es un hecho importante. Ahora bien. Cuando muere un *yakuza* por traición o falta grave, le cortan el meñique como sello de la organización, y a Inocencio indudablemente lo mató esta organización, pero lo extraño es el por qué —Alfonso interrumpe su exposición y toma café. Mira a Prudencio con curiosidad, porque este hombre no es un barredor del sistema y sin embargo ha llegado a ese cargo y lo que le es más curioso, no cambió su libertad de pensar y razonar—. Y vuelvo al comienzo, Inspector —dice Alfonso con voz segura—; cuando hablamos la primera vez, le dije que si bien un *yakuza* puede matar por decisión propia, generalmente lo hacen por indicación de un superior y por razones graves. Le dije casi textualmente que si yo no mato, puedo mandar a matar, pero para eso necesito dinero. Creo que este caso es así. Alguien mandó a matar a Inocencio y a Cristina. Inocencio cambió mucho cuando lo oculté un par de años en mi casa después de ser detectado por el sistema y con orden de —tratarlo para que regrese al estado de sometimiento ||. Después que se va de mi casa, sé que tuvo malas juntas y que su

estado mental no era el mejor. Pero de esto ya no puedo hablar porque lo desconozco. De Cristina lo único que puedo decirle es que trabajó en la NASA, y disimulaba muy bien su estado de conciencia y libertad para sobrevivir. Creo que ambos pueden haber compartido una información importante. No dejo de pensar que si hay otros factores, le toca a usted descubrirlos. El sistema que emplean para adoctrinar es el *sempai—kohai*. ¿Y sabe qué significa en términos prácticos? Obediencia ciega y absoluta lealtad. Hay mucho dinero de por medio Inspector, entre diez a quince mil millones de dólares anuales, más de cien mil personas involucradas y muchas sectas confluyendo hacia el poder central. Debe andar con prudencia inspector. Esto no es un juego. Mi pregunta ahora hacia usted es por qué Inocencio y Cristina...

—Es la pregunta del millón Alfonso —contesta Prudencio que permanece en su sillón tomando apuntes de la información—. Mi otra duda, Alfonso, es si estos hombres pueden actuar en algún momento solos, sin haber una orden de por medio.

—Ridícula observación Inspector. ¿Usted no actúa solo en algún momento de su vida independientemente de la policía? —pregunta McBrolí.

—Sí —asegura algo avergonzado Prudencio—. Pero estamos hablando de asesinato, señor.

—Es lo mismo inspector, es una muerte, la muerte es para todos igual.

Prudencio hace una pausa. Piensa que el anciano tiene razón y si bien los datos aún son insuficientes, el rompecabezas comienza a tener sentido. En ese momento decide regresar a la morgue para verificar unos datos. El cuerpo de Linda Mapala está en la heladera de la morgue, el número 11, la bandeja de aluminio la mantiene intacta. Prudencio hace que la den vuelta y observa los dibujos. Luego

saca las fotos de Inocencio y compara los tatuajes. Hay coincidencias en algunas cosas, pero las diferencias son pocas. Un ayudante se acerca a Prudencio y le entrega un sobre cerrado:

—Esto estaba en un cajón de Linda Mapala, oculto entre la ropa, Inspector.

Prudencio lo observa, el blanco original ya está amarillento y escrito de puño y letra se lee: -A quién corresponda||. El testamento, piensa inmediatamente Prudencio. Y se pregunta qué herencia puede dejar una mujer que nunca tuvo nada y que nació en los pantanos. Guarda el sobre sin abrir y se retira a su casa. Tiene que pensar qué otra relación existe entre un asesinato y una muerte natural, que comparten un tatuaje.

El informe de la NASA es contundente. Cristina trabajó de traductora y tuvo acceso a los planes de seguridad. Su último contacto quedó registrado —de acuerdo al seguimiento rutinario— con un hombre oriental, cuya foto adjuntan. Los servicios de inteligencia investigaron a su hermano Inocencio que registraba actos de violencia. Pero el rastro termina justamente cuando ambos desaparecen. La ficha de McBrolí, el resumen como un hombre sin posibilidad de recuperarse a quien por su edad lo dejaron libre bajo custodia.

Prudencio acude al entierro de Linda Mapala. La ausencia de todos es notable. Hércules, él y tres oficiales más son los únicos testigos. Hércules cumple su rutina mecánicamente, pero se lo ve afectado. Terminada la ceremonia, Prudencio se retira y regresa a su domicilio. La pared de las pruebas y sospechosos creció, pero le falta un solo dato para cerrar el caso. Decide recuperar su hábito y toma la botella de vodka, pone música regional y se estira en el sillón. Toma un tercer vaso de vodka. Prudencio cae vencido por el alcohol; duerme profundamente.

En la madrugada, despierta sobresaltado: la carta de Linda... la abre. Es de fácil lectura. Solo unas líneas que nada tienen que ver con un testamento. Prudencio se baña apresurado y marcha a su oficina, convoca a sus segundos e imparte dos órdenes claras, una de ellas de arresto. Luego decide viajar al reino de Dagoberto. Está exultante. A las ocho de la mañana se presenta en la casa de Dagoberto. Anesina abre la puerta y no tardan en aparecer Zoilo y Dagoberto. Prudencio los hace sentar y comienza a detallar su investigación y va mostrando las pruebas. Los ADN llegaron esa mañana y no tardarán en ubicar a quién estuvo con Cristina el día de su asesinato.

—He descubierto al asesino —fueron sus primeras palabras—. De cualquier manera debo cotejar unas muestras para certificarlo, pero pueden dar por hecho que es así.

Luego ante el asombro y ansiedad de los convocados, relata el secreto de la carta:

—Linda Mapala es madre de Hércules —muestra la carta manuscrita—; su padre fue Custodio, ella perteneció a los *yakuzas* con un trabajo territorial de protección. Su hijo Hércules resultó ser un militante activo y obediente. Asesinó a Cristina por equivocación. En realidad, la víctima debía ser Anesina. La oscuridad y la urgencia de ejecutar la orden terminaron con la vida de Cristina. A Inocencio lo mató el servicio de inteligencia cuando fue sorprendido traficando droga, en un estado mental absolutamente alterado luego de ser interrogado. El intento fallido de asesinar a Zoilo fue realizado por Hércules, quién en sus tres viajes logró duplicar la llave de la casa y de esta manera entrar sin violencia. Los *yakuzas* no podían permitir que Zoilo y Anesina los burlaran. En estos momentos están deteniendo a Hércules y le están tomando una muestra de sangre para cotejarla con las

encontradas en la habitación de Cristina. No tenemos duda de que será positivo. Por otra parte, la espalda de Hércules tiene el tatuaje más claro que he visto hasta ahora, y un dibujo al mérito, reflejado en agregados en la piel de los hombros.

Prudencio, como fue siempre su rutina al llevar este tipo de noticias, sentíase pleno. Al menos, su amigo de infancia era inocente y la mujer que él amó tardíamente prefirió seguir un camino distinto. Dagoberto permanecía estático. Una intensa conmoción lo invadía; perdió el habla. Su vida sería de ahí en más un apostolado hasta su muerte, ocasionada por la fiebre amarilla contraída en la vejez.

Anesina, la mujer que acompañó por años a Dagoberto, siguió viviendo en el reino. Y Zoilo, al fallecer Dagoberto, continuó su obra hasta lograr que fuera reconocida por el obispado.

McBroli hizo una visita al inspector dos meses después del encarcelamiento de Hércules y con el caso cerrado. Se presentó en la oficina de Prudencio. –He pensado mucho, Inspector, sobre este caso; no solo porque yo tenía un afecto especial por Inocencio y Cristina, sino también por la necesidad de pedir una justicia real. Usted me utilizó para sacar los datos que necesitaba sobre los *yakuzas*, porque usted sabía que Hércules pertenecía a esa mafia. La muerte de Cristina pudo ser una equivocación, pero cuando me di cuenta que hubo un detalle que a todos pasó desapercibido, sospeché que algo más había ||, explicó. Prudencio lo escuchaba con sumo interés, observaba a este pequeño hombre con detalle, entusiasmado por el razonamiento y a su vez sorprendido en la cronología del relato. Prudencio mantenía su habitual serenidad y calma. Le interesa sobremanera esta nueva versión y pensaba que había subestimado al pequeño hombre de biblioteca. El caso, ya estaba cerrado y no comprendía Prudencio la razón de estas observaciones y

sobre todo la oportunidad que McBrolí había elegido. Piedra Linda había sido desde el inicio su territorio, y durante toda su carrera creía que había sabido defenderlo de todos los conflictos y situaciones difíciles por las que toda sociedad atraviesa. Su vida solitaria lo había llevado muchas veces a renunciar a su propia felicidad a favor de esos vecinos que él amaba y protegía. El reconocimiento público, en muchas oportunidades, le dio el prestigio que todo funcionario desea y merece. Prudencio sabía que Hércules estaba de alguna manera relacionado con una organización mafiosa, pero consideró siempre que bajo su control, ese oscuro hombre de las tumbas no era un peligro para nadie. Siempre lo tuvo bajo vigilancia y de alguna manera, la paz de esa ciudad estaba garantizada. De manera que aceptó la primera hipótesis.

—Puede ser, señor McBrolí, que yo supiese algo sobre Hércules, pero siempre lo consideraré un hombre extraño y débil; pero ya está preso por ese crimen y eso me llena de satisfacción.

McBrolí le miró fijo. Sus manos tenían un temblor fino, se lo notaba muy nervioso.

—¿Sabía usted que Linda Mapala era su madre, Inspector?

—Ni la menor sospecha Alfonso, fue una real sorpresa, sobre todo porque ella era una mujer a la que yo apreciaba mucho. Fueron muchos los años en que estuvimos en contacto, desde mi propia infancia, porque ella cuidaba a Dagoberto de una manera muy especial —contestó Prudencio.

—Sí, es cierto, Inspector, por lo que uno se enteró es así. Creo que era una mujer enferma y su relación con Dagoberto muy extraña —reflexionó McBrolí y quedó pensativo mirando el escritorio con una mirada lejana, ausente y muy triste.

—Extraña no, Sr. McBrolí, era una relación enfermiza, Linda Mapala siempre estuvo enamorada de Dagoberto. A mí me odiaba... en cierto modo odiaba a todos los que de una manera u otra rodeábamos a Dagoberto... era una psicópata y esto no lo digo yo, lo dicen los peritajes forenses cuando investigaron las muertes de las tres esposas de Dagoberto —aseguró Prudencio levantándose y sirviendo dos medidas de vodka en dos vasos—. Tome, Sr. McBrolí, nos hace falta un trago.

Prudencio se sentó nuevamente, la paz interior lo reconfortaba, en tanto que notaba que McBrolí estaba excitado. Aún así aceptó la invitación y en dos tragos, Alfonso terminó la bebida y tosió al final ahogado. Los dos hombres quedaron en silencio, como si ambos hubiesen decidido una tregua en ese interesante diálogo, hasta que Prudencio preguntó:

—¿Y qué dudas tiene, señor McBrolí?... porque si usted me vino a ver, algo más podrá aportar en este tema o al menos informarme sobre algo que yo no conozco —afirmó Prudencio.

—¿Las muertes de las esposas de Dagoberto fueron por muerte natural, Inspector? —preguntó McBrolí casi con una ingenuidad infantil.

—accidentales, señor Alfonso —contestó Prudencio, bebiendo un trago a modo de resignación. McBrolí quedó pensativo, había un rictus de dolor en su rostro, sin embargo se recompuso.

—Es extraño, Inspector, tengo la sensación de que todas estas cosas que han pasado en Piedra Linda no son muy normales que digamos —reflexionó McBrolí.

—No es normal la vida de un pueblo chico, Alfonso; porque en definitiva la historia de cada uno pasa a ser historia de todos —contestó Prudencio, sabiendo

que McBrolí podía dar fe de ello por su propia historia. McBrolí llevó su mano derecha al pecho y un nuevo rictus de dolor le invadió.

—Siento un dolor aquí —señaló el corazón—, es extraño, nunca lo tuve —comentó Alfonso y pidió un vaso de agua fresca. Prudencio se levantó y trajo un vaso de agua—. Inspector, creo que esas mujeres también fueron asesinadas —añadió convencido mientras bebía el agua. Prudencio seguía atentamente el razonamiento de ese hombre. Tiene la certeza de estar escuchando una nueva versión, con un argumento distinto al que por años había mantenido Dagoberto.

—¿Cree que Dagoberto las mató? —preguntó Prudencio, inquieto. Alfonso permaneció callado. Había un sesgo de duda, pero también un convencimiento en lo que afirmaba. Prudencio le sirvió otra medida de vodka y le aconsejó tomarlo para que ese dolor desapareciera— Ya estamos viejos, Alfonso; los dolores en el corazón ya no son los de la juventud.

—Es cierto, Inspector,... no son iguales. Sobre todo cuando uno tiene una duda profunda —afirmó McBrolí—. Creo que voy hacerle una confesión, Inspector: este último tiempo estuve pensando en lo que pasó y hay cosas que no me cierran. No tengo dudas con respecto a la pertenencia de Linda Mapala e Inocencio a los *yakuzas*. Tampoco pongo en duda que Hércules mató a Cristina. Pero hay otros datos que no coinciden con esta historia, por ejemplo la muerte de las tres esposas de Dagoberto; la relación enfermiza de Dagoberto con Linda Mapala; el amor intenso casi obsesivo de Anesina con Dagoberto. El acto fallido contra Zoilo es insólito, teniendo en cuenta la fortaleza de Hércules. Él no hubiese fallado. De manera que solo me quedan dos personajes para explicar esto: Dagoberto y Anesina. De Anesina, no puedo afirmar que tenga capacidad física para levantar una persona de sesenta o setenta kilos. Pero puede hacerlo con ayuda. De Dagoberto

me queda la duda de sus tres esposas. Me resulta poco creíble que un hombre consagrado a una misión como la de él pueda asesinar —razonó Alfonso, demostrando cansancio Alfonso.

—Mmm, si usted cree que Dagoberto asesinó, su misión ¿puede ser una especie de enmienda posterior, un acto de arrepentimiento o penitencia? —intervino Prudencio siguiendo el razonamiento de Alfonso y mostrando más interés que antes.

McBroli, lo miró fijamente, en medio de una extraña sensación de agobio, el sudor frío cubrió su cuerpo.

—En realidad eso tampoco se ajusta a la realidad, Inspector. Definitivamente puedo asegurar que el asesino es un psicópata, un hombre que goza matando y no tiene remordimiento alguno, es más, se puede jactar por su inteligencia y perversidad y subestima a quienes le rodeamos. Hay en él una actitud enfermiza y mucha crueldad y las ex esposas de Dagoberto entran en esta historia —resumió McBroli, evidentemente emocionado y descompuesto.

Prudencio se había mantenido en silencio, le interesaba el punto de vista de ese hombre. Es más, lo subyugaba, lo encontraba contundente y digno de elogio y observaba cómo se iba desmoronando en el sillón con lentitud digna. Se levantó y acudió rápidamente para ayudarlo, le aflojó la ropa, lo acomodó y le ofreció agua luego de apantallarlo.

—¿Se encuentra mal, señor McBroli? —preguntó angustiado.

—Creo... creo que estoy muriendo, Inspector, pero acerque su oreja, tengo que decirle algo —y comenzó a toser con dificultad. Prudencio inclinó su cabeza muy cerca de los labios de McBroli para escucharlo—. Inspector —dijo con dificultad—, el asesino... odia a Dagoberto; el asesino es usted.

Prudencio levantó la cabeza, miró al hombre de la biblioteca en detalle, como si quisiera registrar esa acusación en toda su dimensión y sonrió, suspiró, tomó aire lentamente... Inclínó la cabeza esta vez sobre el pabellón del oído izquierdo de Alfonso y comenzó a pronunciar palabras en forma lenta, como a él le gustaba cuando acudía a presentar una muerte o un accidente:

—Señor McBrolí, es usted muy inteligente, pero este secreto quedará entre nosotros dos. Tiene usted razón; pero esta razón llega tarde porque usted ha bebido las especialidades de Linda Mapala: portutarca y cerdennio junto al Vodka. Le quedarán unos minutos, o tal vez poco más, pero usted ya no puede hacer nada más que escuchar.

McBrolí se iba desvaneciendo lentamente, y solo escuchaba las últimas palabras de Prudencio: –...Ya no puede hacer nada más que escuchar||. Palabras en eco que se repetían difusas, debilitadas; que se perdían en un vacío desconocido y luminoso.

Alfonso McBrolí fue condenado a la inmortalidad por una ciencia sin etiqueta y al silencio por Prudencio. La única frustración de Prudencio era que no podía anunciar esa muerte a nadie: McBrolí no tenía familiares cercanos. Se levantó, miró por la ventana, el día realmente era hermoso. Decidió regresar a su oficina, estaba exultante y feliz.

Gustavo Vaca Narvaja. Es un médico cirujano argentino autor de otros títulos, como 'Impactos y estrategia en salud' (1991), 'Cono Sur' (1997), un ensayo documentado sobre dictaduras latinoamericanas, 'Hijos Bastardos I y II', un ensayo sobre crisis política neuquina, 'Guantes blancos' (1999), un ensayo documentado sobre corrupción en Neuquén, Argentina, 'Con igual ánimo' (Ed Colihue, 2002), un ensayo sobre la violencia en 1970 en Argentina que adjunta biografía de Fernando Vaca Narvaja, 'Jonás, el pintor' (2003), una novela y 'Las puertas del poder' (2004), una novela. Como publicaciones, tiene: poesías en los diarios La Nación (Argentina) y El País (España) y artículos en Diario Río Negro (Argentina). Publicaciones en Revista Voces de Madrid, Poesías y Cuentos cortos.